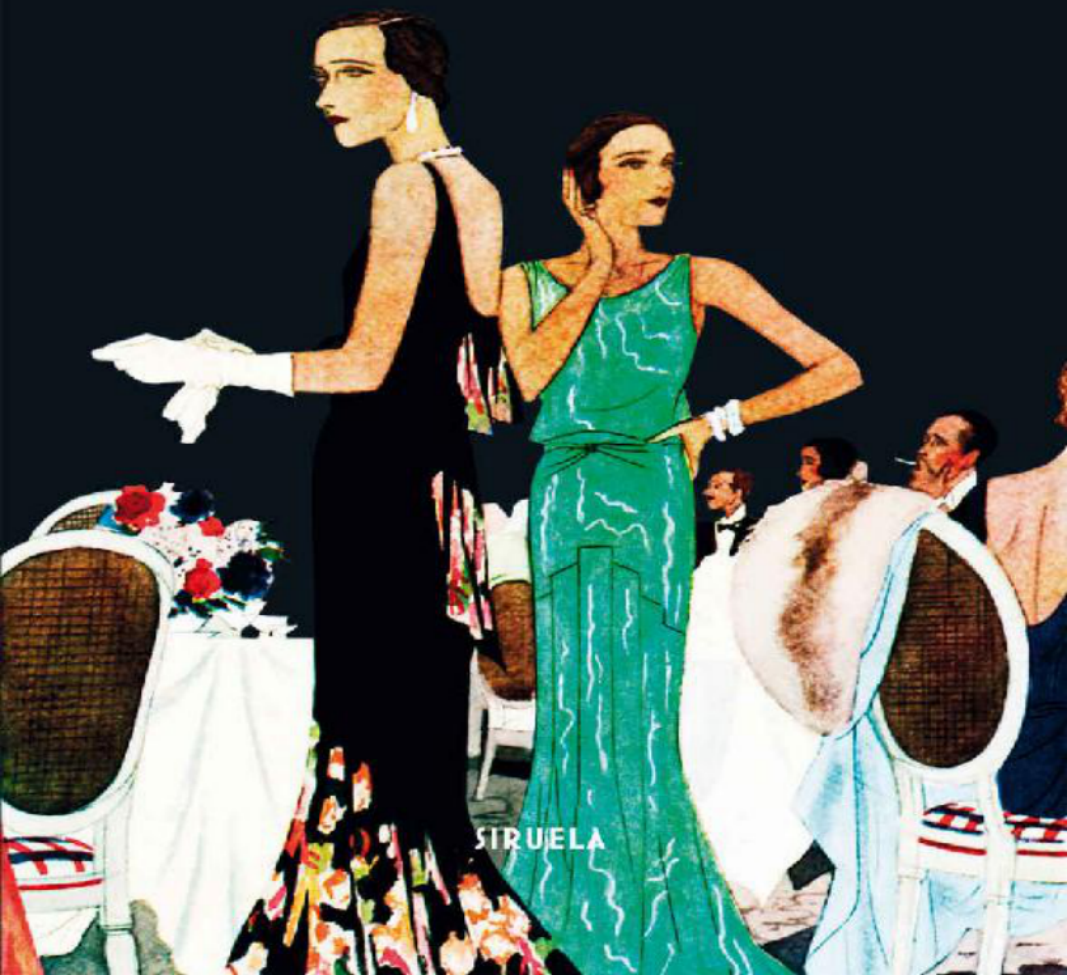
A. G. MACDONELL

LOS ASESINATOS SILENCIOSOS



SIRUELA

A. G. Macdonell

LOS ASESINATOS SILENCIOSOS

Traducción del inglés
de Pablo González Nuevo

Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

Edición en formato digital: marzo de 2022

Título original: *The silent murders*
En cubierta: imagen de © Lordprice Collection/Alamy Stock Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la traducción, Pablo González Nuevo
© Ediciones Siruela, S. A., 2022

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19207-28-9

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

1 Sam el Engreído, número tres; Aloysius Skinner, número cuatro
2 Oliver Maddock, número cinco
3 El inspector Dewar de Scotland Yard
4 Escarbando en busca de pruebas en África y Batavia
5 Investigando el pasado del señor Aloysius Skinner
6 La vida extraordinariamente discreta del señor Aloysius Skinner
7 La conexión canadiense, números uno y dos
8 El ataque contra Henry Maddock
9 El misterioso Peter Hendrick
10 Una casa sospechosa
11 El cuerpo bajo los arriates
12 Pobre Jan Hendrick
13 La desaparición de Henry Maddock
14 El hotel de Euston Road
15 Frinton-on-Sea
16 Desenlace en Southend-on-Sea
17 Número nueve en Reading
18 El misterio de Albert Cullen
19 Desvelando el apacible pasado de Oliver Maddock
20 El embrollo sudafricano era una pista falsa
21 Harry Box
22 Sir Harold Crawhall, número diez
23 ¡La moneda deja de girar!
24 El nervioso señor Field
25 Engañado
26 Número once
27 La trampa está lista
28 Amada esposa de H. B.

1

Sam el Engreído, número tres;
Aloysius Skinner, número cuatro

El asesinato de un vagabundo entrado en años, cuyo cadáver apareció en la carretera entre King's Langley y Berkhampstead, no suscitó demasiada curiosidad. Los vagabundos suelen tener pocos parientes que les lloren y aún menos herederos que muestren algún interés por su destino. El cadáver fue encontrado en una cuneta, contorsionado como si se hubiera derrumbado exhausto o completamente borracho. No había sucedido ninguna de las dos cosas. Había sido apuñalado entre los hombros y debía haber muerto casi al instante. Había un cuadrado de cartón atado al único botón que quedaba en su raído abrigo, en el cual habían escrito la palabra «Tres». Incluso el leve interés suscitado por lo anecdótico del hallazgo declinó en cuanto se llegó a la conclusión de que no había pruebas de que el recorte de cartón tuviera relación alguna con el asesino. Los vagabundos son una raza de coleccionistas y a lo largo de sus idas y venidas suelen reunir extraordinarias colecciones de objetos que atesoran hasta estar seguros de que carecen por completo de valor. De modo que en este caso no había motivos para suponer que un pedacito de cartón pudiera ser otra cosa que uno más de los diversos trastos que la víctima llevaba consigo.

Naturalmente, el interés oficial en el caso duró más que el interés público. La influyente sección de la hermandad de vagabundos que se extiende desde Watford hasta Banbury fue arrestada del primero al último miembro. No se encontró ninguna prueba en su contra, aunque sí fue posible reunir cierta cantidad de información acerca del vagabundo asesinado. Era universalmente impopular entre sus colegas por la simple razón de que sospechaban que había sido un hombre

acaudalado y venido a menos. Tenía una lengua afilada y sarcástica y solía burlarse de forma especialmente mezquina de los demás vagabundos por el modo en que compraban y vendían los artículos que encontraban. Además, sus pequeños hurtos perjudicaban la imagen de todos en la carretera. Era conocido como Sam el Engreído, o el Caballero Venido a Menos, dependiendo de la ocasión, y corría el rumor de que sabía leer y escribir.

Entre sus pertenencias se encontraron dos mazos de cartas marcadas, un alicate, un surtido de instrumentos para abrir cerraduras y un libro de oraciones en cuya guarda se podía leer, en tinta desvaída: «A mi querido Sammy, de su madre, en su séptimo cumpleaños. 2 de mayo de 1863». Suponiendo, aunque quizá sea mucho suponer, que dicho objeto fuera de su propiedad, el finado tendría sesenta y seis años, se confirmaría el nombre de Sam el Engreído y apoyaría la teoría de que había vivido tiempos mejores.

No obstante, si bien los indignados hombres de la carretera que fueron arrestados condenaron moralmente al fallecido por unanimidad, todos declararon con vehemencia que las críticas a su carácter en ningún caso los habrían llevado al asesinato. Había que establecer algún límite y ese era el suyo...: no querían ni oír hablar de asesinatos. La policía los creyó. Las puertas de la comisaría se abrieron y aquella marea de harapienta y maltrecha humanidad de nuevo fluyó con rapidez hacia la carretera entre Watford y Banbury.

Sam el Engreído, o el Caballero Venido a Menos, fue enterrado en una tumba anónima y olvidado inmediatamente. Dos meses después, otro asesinato mucho más satisfactorio desde todos los puntos de vista, exceptuando el del hombre asesinado, claro está, tuvo lugar en pleno centro de Londres hacia el mediodía, frente al edificio del Banco de Inglaterra. El señor Aloysius Skinner, presidente de la compañía Cochinilla Imperial y director de las numerosas filiales del gran conglomerado empresarial, fue asesinado de un disparo durante un trayecto en taxi. Había salido de las oficinas de su compañía para reunirse con el director general del Banco Nacional en la sede de dicha entidad, y se llegó a la conclusión, gracias a las diversas pruebas reunidas posteriormente por Scotland Yard, de que el disparo había sido efectuado con una pistola de aire comprimido a través de la ventanilla abierta del vehículo mientras estaba detenido en un atasco.

El conductor del taxi estaba seguro de que solo se había visto obligado a detenerse por completo frente al Banco de Inglaterra. Tanto más seguro estaba, pues hasta ese momento se había considerado ridículamente afortunado por haber logrado escurrirse a través del tráfico en plena hora punta. La bala había matado al instante al desgraciado, por lo que era altamente improbable que un disparo tan preciso hubiera sido efectuado con el vehículo en marcha. La ausencia de ruido, o más exactamente el hecho de que nadie hubiera escuchado la detonación del disparo, no era sorprendente. No obstante, la ausencia de restos de pólvora en el cadáver constituía un sólido indicio de que habían utilizado una pistola de aire comprimido. La teoría oficial era, pues, que alguien se había acercado al taxi inmóvil en mitad del tráfico y había disparado al señor Skinner en el corazón con una pistola de aire.

El público disfrutó mucho del suceso. El asesinato de un hombre importante y conocido, cuya fotografía aparecía a menudo en los periódicos vespertinos, y poseedor de una fortuna de más de un millón de libras, naturalmente hace latir más deprisa los corazones de los lectores de la prensa sensacionalista. Y la emoción es aún mayor cuando el asesinato es cometido en un taxi, a plena luz del día y frente al edificio del Banco de Inglaterra. No era de extrañar que la gente estuviera encantada. Buena parte del público, aficionada a las historias de detectives y, hasta cierto punto, acostumbrada a la muerte repentina y violenta de millonarios, aguardó, con la sabiduría de la experiencia, el inminente colapso de la compañía Cochinilla Imperial, escenas de caos en la Bolsa, el suicidio de media docena de empresarios y el consecuente y solidario pánico en Wall Street, al otro lado del charco. Sin embargo, para su decepción, no sucedió ninguna de esas cosas. Cochinilla Imperial estaba firmemente cimentada en grandes reservas de efectivo y de otras muchas clases, por lo que ni siquiera se tambaleó ni perdió un solo penique. El comité de dirección eligió por unanimidad como nuevo presidente al actual segundo de a bordo, y la gran compañía continuó su andadura sin inmutarse.

La simplicidad del asesinato dificultó la búsqueda del criminal. La primera y obvia pista necesaria a la hora de abordar un caso así es el motivo y fue precisamente en ese punto donde la policía se topó con un obstáculo nada más empezar. El señor Aloysius Skinner había

comenzado su vida de forma humilde. Eso se sabía. Pero era un hombre tan reservado que incluso sus escasos amigos cercanos desconocían por completo su juventud. Estaba soltero y al parecer no tenía parientes. La nostalgia nunca había sido una de sus debilidades. No obstante, era bastante posible, incluso probable, que un hombre como él, que había ascendido con tanto éxito desde la pobreza a la riqueza, del anonimato a la fama, se hubiera granjeado numerosas enemistades a lo largo de los años. Su camino hasta la presidencia de Cochinilla Imperial sin duda estaría repleto de celosos rivales, amigos decepcionados y rechazados en su juventud, empleados despedidos y especuladores arruinados. Sin embargo, nunca había hablado de ellos. Por lo que sus colegas sabían, su vida había sido un discreto y modesto currículum de continuos progresos sin interludios sensacionalistas. En su testamento había legado toda su fortuna a organizaciones benéficas, lo que eliminaba la posibilidad de que la motivación del crimen fuera económica. De hecho, según reveló la investigación, su vida parecía ser terriblemente melancólica, la vida de un viejo solitario.

La policía se vio obligada a aferrarse a cuatro posibles explicaciones, excluyendo las teorías de que el asesino fuera un loco y que hubiera disparado al hombre equivocado.

La primera era que el asesino debía de conocer con precisión, minuto a minuto, los movimientos del señor Skinner. En otras palabras, que posiblemente trabajaba en Cochinilla Imperial y por ello también sabía que en la fatídica mañana el señor Skinner iba a visitar al director general del Banco Nacional, que tomaría un taxi y que haría el trayecto a solas. El asesino, por ende, habría esperado la aparición del vehículo en el lugar más probable para un atasco. Esta teoría, no obstante, se fue desmoronando por su propio peso a medida que la investigación de los antecedentes y los movimientos de todos los miembros del personal de la compañía reveló que no había el menor indicio de naturaleza sospechosa.

De acuerdo con la segunda teoría el asesino ignoraba cuáles eran con exactitud los compromisos del presidente. De lo cual se colige que habría tenido que frecuentar las oficinas durante días, posiblemente semanas, antes de encontrar la oportunidad perfecta. Suponía una coincidencia demasiado monstruosa imaginar que había llegado al

centro de Londres con intención de asesinar al señor Skinner, y después de llegar al banco había descubierto de repente a su enemigo sentado en un taxi atrapado en mitad de un atasco y había aprovechado la oportunidad sin más para dispararle. La investigación, por tanto, consistió en encontrar a cualquier sujeto ocioso que merodeara cerca de la oficina del señor Skinner durante los días previos. Como era de esperar, dicha búsqueda fue un fracaso. Los londinenses están demasiado ocupados persiguiendo a la esquiva libra esterlina en la City como para fijarse en los holgazanes. La mera idea de que existan basta para hacer que todos esos sufridos profesionales se echen a temblar, en el hipotético caso de que tengan tiempo de hacerlo.

La tercera línea de investigación fue la pistola de aire comprimido, si efectivamente se había utilizado una. El proyectil era una bala de pistola corriente que podía haber sido disparada con cualquier automática del calibre 32. El microscopio reveló una levísima estriación en el proyectil, producida por el roce de una irregularidad infinitesimalmente pequeña en el interior del cañón del arma, suficiente en cualquier caso para identificar la pistola si alguna vez era encontrada, aunque evidentemente no lo bastante para ayudar lo más mínimo en dicha búsqueda.

El cuarto indicio era incluso más nebuloso, pues no había ninguna prueba que desmintiera que no hubiera sido dejado en el taxi por cualquiera de los otros siete clientes que el conductor recogió ese día antes del último viaje del señor Skinner. El indicio en cuestión era un trozo de cartón blanco en el cual había una sola palabra impresa: «Cuatro».

2

Oliver Maddock, número cinco

Alrededor de un mes después del asesinato del señor Aloysius Skinner se celebraba una alegre fiesta con bebidas frías bajo la sombra de un gran cedro, al arropo los altos muros de un jardín en Enfield. Los invitados habían disfrutado de una gloriosa tarde veraniega, el tenis había sido excelente, las tres canchas de hierba estaban en óptimas condiciones y sesenta pelotas nuevas habían facilitado la por lo general penosa tarea de recuperarlas. Todo el mundo estaba acalorado y sediento. La sombra era fresca y el hielo tintineaba en las generosas bebidas. Las sillas de jardín estaban completamente reclinadas.

El señor Henry Maddock era el anfitrión. Los invitados eran, en su mayoría, amigos actuales de su hijo y su hija, todos ellos entusiastas y competentes jugadores de tenis. El joven Bill Maddock ya era considerado un jugador de primera fila y su hermana Julia solo necesitaba mejorar el golpe de revés para alcanzar el mismo nivel. Habían sido admitidos en el torneo de dobles mixtos de Wimbledon, algo de lo que no muchos pueden alardear. Él tenía veinticuatro años y ella veintidós y ambos vivían por y para el tenis sobre hierba, que acaparaba por igual sus pensamientos y sus conversaciones. Es cierto que también les gustaba bailar, y se les daba bien, y lo mismo se podía decir de conducir, si bien es cierto que inspiraban cierto temor en sus allegados cada vez que se ponían al volante; pero ante todo el tenis sobre hierba era su vida. Se rodeaban de amigos, aparentemente indistinguibles entre sí, con gustos y nombres similares. Y las canchas de tenis de Greenlawns resonaban día tras día con los gritos de los jugadores:

—¡Tuya, Bob!

—¡Mía, Bill!

—¡Allá va, Judy!

—¡Fuera!

—¡Falta!

—Déjala ir.

Etcétera.

También el señor Maddock era un apasionado jugador y en absoluto mediocre. Era un hombre alto de unos cincuenta y cinco años, de tez rubicunda y ancho de hombros, que ya se había hecho famoso en el vecindario, a pesar de que tan solo llevaba tres años viviendo allí, por su temperamento violento y el supuesto misterio que rodeaba la adquisición de su fortuna. Extraños rumores, sin fundamento verificable, circulaban sobre su vida salvaje en el continente africano y la supuesta pobreza que devino en riqueza de forma súbita y peculiar. Es cierto que el señor Maddock había estado muchos años en Johannesburgo. Él mismo solía hablar de ello. Y también lo era que un hombre entrado en años, con una fuerte cojera en una pierna y el rostro quemado por el sol, barba apuntada y un extraño acento, había visitado Greenlawns en una ocasión. De camino a la finca había preguntado la dirección al charcutero, y tanto este como dos doncellas que habían conversado con él le habían visto entrar por la puerta delantera y volver a salir escasos minutos después por la ventana del primer piso acompañado de un gran estruendo de cristales rotos. El hombre se fracturó un brazo y un par de costillas al caer al sendero de grava y fue precisamente el charcutero quien lo llevó al hospital. El incidente no trascendió —el barbado desconocido no denunció lo sucedido ni dijo una sola palabra al respecto—, pero una sensación incómoda imperó desde entonces en el vecindario.

También estaba el incidente del airedale terrier, que tuvo que ser sacrificado por el veterinario después de que el dueño de Greenlawns lo pateara de forma despiadada. También sobre este asunto echaron tierra y el amo del perro fue compensado con un billete de cien libras. Pero, naturalmente, los residentes locales hablaban cada vez más acerca del señor Maddock y menos con él. Solo la gran fortuna del incómodo vecino les impedía asumir el riesgo de mostrarse abiertamente desagradables. Uno nunca puede estar del todo seguro de cómo va a vengarse un hombre rico, un hombre rico de verdad.

A los eventos tenísticos, por tanto, no solían acudir vecinos, sino

amigos y colegas de Londres, Oxford, Eton, St. Moritz y Montecarlo. No obstante, en esta ocasión el invitado de honor no era un atleta, sino un anciano académico. Al huir de su hogar con catorce años, Henry Maddock también había dejado atrás a un hermano mayor de temperamento y gustos muy diferentes. Oliver Maddock era un muchacho estudioso que se había convertido en un adulto erudito. En su juventud había vivido de la enseñanza, pero también había trabajado como copista de documentos legales y traductor de novelas del francés al inglés (había aprendido el idioma estudiando por las tardes, al terminar la jornada) y llevado a cabo otras diversas y numerosas tareas relacionadas de un modo u otro con los libros, el estudio y la erudición. Con cincuenta y cinco años había heredado una pequeña renta de su padre y se había retirado para disfrutar una vida tranquila y feliz en una casita de la villa escocesa de St. Andrews. Era su primera excursión al norte del río Tweed, y solía explicar a los pocos que mostraban algún interés el porqué de su elección argumentando que necesitaba vivir en una villa universitaria, y de entre todas ellas St. Andrews le había parecido la más tranquila y remota. De modo que había puesto rumbo al Reino de Fife cargado con un baúl de ropa y diecisiete cajas repletas de libros. Vivía en las afueras de la localidad, leía griego y latín, hebreo y sánscrito hasta altas horas de la madrugada y jamás pisaba los campos de golf. Después de veinte años de tan solitaria existencia, su hermano menor había regresado de tierras extranjeras con una gran fortuna y había insistido en proveer al erudito de dinero suficiente para comprar cuantos libros quisiera y construir una biblioteca adecuada para albergar su colección. Además, una vez al año, el autoritario Henry arrancaba de su santuario al dócil Oliver y lo trasplantaba durante un mes a su palacio suburbano de Enfield. Y lo cierto es que Oliver disfrutaba de estas puntuales incursiones en tan extraño y desconocido modo de vida. Parpadeaba alegremente tras los cristales de sus viejas gafas, bebía con gran placer el oporto de su hermano y pasaba la mayor parte del tiempo recorriendo las librerías de Charing Cross Road y visitando exposiciones. No obstante, había algo a lo que se resistía. Se negaba en rotundo a dejarse atraer hasta las pistas de tenis para jugar con sus atléticos sobrinos. En cualquier caso, disfrutaba viéndolos practicar, y cuando se dejaba llevar hablaba de manera vaga

y algo inconexa sobre escultura griega, los discóbolos o Cástor y Pólux. Por otro lado, a su hermano, su sobrino y su sobrina no les importaban lo más mínimo la escultura griega, los discóbolos ni Cástor y Pólux, de modo que principalmente hablaba consigo mismo, algo que en última instancia resultaba conveniente para todas las partes.

Al principio Bill y Julia y sus amigos habían considerado la presencia del visitante un poco inquietante. Era tan docto y parecía tan viejo y sabio. Con el tiempo, sin embargo, descubrieron que quien estaba terriblemente asustado de ellos era el tío Oliver, que por otra parte no era tan viejo ni tan sabio como parecía. De modo que terminaron catalogándolo como un «viejo inofensivo» y un «decente ancianito» y se dedicaban a jugar al tenis. Pertrechados de un infalible instinto juvenil, habían escogido los tres epítetos que le describían exactamente. Era viejo, decente y del todo inofensivo. Por otro lado, algunos de los visitantes que frecuentaban Greenlawns pensaban —aunque se abstenían de manifestarlo en voz alta— que esos tres calificativos de ningún modo podían aplicarse a su formidable anfitrión. Henry Maddock estaba hecho de una pasta muy diferente. Su estatura, sus pobladas cejas y su cabello de color gris acero, su aterradora y ceñuda mirada cada vez que algo le contrariaba, bastaban para infundir un inconfundible sentimiento de temor en el corazón más desenfadado. No obstante, como anfitrión y maestro de ceremonias no había otro más encantador, hospitalario o afable. Los invitados de Greenlawns siempre podían contar con que habría pelotas de tenis nuevas y en cantidad, impecables pistas de hierba, o de hormigón si el tiempo era lluvioso, y bebidas en abundancia, suaves y fuertes, cuando terminara el juego.

Durante esta velada en particular el grupo se había acomodado en las sillas de jardín formando un amplio semicírculo. El señor Henry Maddock estaba sentado más o menos en el centro, y su hermano en un extremo. Había trece invitados, además de Bill y Julia, lo que sumaba dieciséis jugadores y un espectador. El mayordomo sirvió la segunda ronda del celebrado champán del anfitrión y después atravesó el césped de regreso a la casa. De repente uno de los jóvenes se incorporó en su asiento y dijo abruptamente:

—¿No hay alguien allí, entre los arbustos?

Señaló al otro lado de las pistas de tenis, hacia una esquina del alto muro de ladrillo que rodeaba el jardín. El muro propiamente dicho estaba oculto tras exuberantes arbustos de azaleas que se entremezclaban con laburnos y lilas. Bill Maddock, que tenía la nariz en el interior de una larga copa, ni siquiera se molestó en mirar.

—Supongo que será un perro —murmuró—. O uno de los jardineros.

Su padre prestó más atención y miró fijamente hacia donde el joven señalaba con el dedo.

—No lo creo —dijo, al fin.

—He visto moverse una rama —insistió el otro—. Y no hay ni una pizca de viento.

—Ves cosas donde no las hay, Bob —dijo Julia, y todos rieron tontamente.

Solo Henry Maddock y el joven llamado Bob continuaron incorporados mirando hacia las azaleas.

—Ahí está otra vez —dijo de repente.

Y Henry Maddock respondió:

—Diablos, tienes razón. Ahí hay alguien.

Mientras hablaba, un hombre apartó los arbustos dejándose ver parcialmente. El jardín era grande y el semicírculo de sillas estaba al menos a cuarenta y cinco metros de esa esquina del muro, de modo que la cortina de follaje en efecto impedía que cualquier miembro del grupo pudiera ver con claridad al intruso.

Henry Maddock preguntó alzando la voz:

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

El hombre no respondió.

—¡Eh, tú! ¿Qué estás haciendo ahí?

Esta vez el desconocido dejó escapar una risa breve, terriblemente hosca y desagradable, y después gritó:

—Te quiero a ti, Maddock, y a por ti he venido. Eres el número cinco de mi lista.

Se escucharon dos ruidos sordos, casi como el ladrido amortiguado de un perro o un estornudo contenido a medias, y acto seguido el hombre volvió a retroceder y desapareció tras los arbustos.

—Hay que ir tras él —rugió Henry Maddock, poniéndose en pie de un salto y dirigiendo a la comitiva vestida de franela, que le siguió a

través del césped.

Era veinticinco años más viejo que el mayor de los jóvenes que iban a su zaga, pero llegó el primero a los arbustos. Era demasiado tarde. El desconocido había desaparecido, aunque pudieron escuchar el motor de un coche en la carretera, al otro lado del alto muro, mientras cambiaba de primera a segunda y cogía velocidad.

—No se puede hacer nada —sentenció Maddock—. ¿Qué demonios quería ese tipo? —Y entre dientes añadió con mirada furiosa—: ¿Y quién diablos era?

Las muchachas del grupo atravesaron el jardín para recibir a los caballeros entre admiraciones tras su galante carga. El anfitrión recuperó enseguida la compostura y con su habitual cordialidad respondió alegremente.

—El tipo se ha ido —dijo—. Se ha subido al muro igual que un farolero y ha desaparecido en un coche. No ha habido daños.

Pero sí los hubo. Oliver Maddock yacía inerte en su silla con la cabeza caída sobre el hombro, una plácida sonrisa en el rostro y dos balas en el corazón.

El inspector Dewar de Scotland Yard

El inspector Dewar había sido convocado a una reunión con dos respetados superintendentes de Scotland Yard.

—No hay duda acerca de las balas —estaba diciendo—. Henderson las ha examinado al microscopio y no hay duda de que la misma pistola mató a Skinner y a Maddock.

Con esas palabras el inspector concluyó su informe y aguardó respetuosamente los comentarios de sus oficiales superiores. Durante unos instantes nadie habló y después el superintendente Bone, un hombre grande, orondo y de aspecto tranquilo, empezó a hablar.

—He visto el informe del fabricante.

—No hay gran cosa aprovechable por ese lado —dijo abruptamente el superintendente Lloyd.

El superintendente Lloyd se parecía bastante a un camarón envejecido y arrugado. De alguna manera había conseguido eludir la normativa que regula la estatura necesaria para ser admitido en el cuerpo de policía y era dieciocho o veinte centímetros más bajo que cualquier otro hombre de Scotland Yard. Además de su corta estatura, todo su cuerpo y su cara parecían haber encogido gradualmente hasta alcanzar una extraordinaria delgadez. Sentado junto a su inmenso colega parecía un colegial envejecido de forma prematura.

—No sacarán nada de la pistola —añadió en su habitual tono de voz seco y entrecortado—. Fabricada en Barcelona o en Essen. Producida por miles y vendida a cualquiera con unos pocos chelines en el bolsillo.

—Cierto —respondió Bone—. La pistola no nos sirve. Antecedentes, Dewar, muchacho, necesitamos antecedentes. Eso es lo que ha de buscar.

—Sí, señor —contestó Dewar—. Me parece que debemos buscar alguna relación entre el viejo Skinner y Henry Maddock.

El superintendente asintió y Lloyd comentó:

—Es a Henry Maddock a quien debemos investigar.

—Ya he encontrado algo —respondió Dewar—. Skinner tenía negocios en África y estuvo en el continente en una ocasión, antes de la guerra. Estaba interesado en algunas minas. Es posible que conociera allí a Henry.

—Es un problema de geometría —dijo el superintendente Bone—. Las vidas de Skinner y Maddock han de cruzarse en algún punto. Y justo en ese punto encontraremos a un tercero que se la tenía jurada.

—¿Y dejamos fuera de la ecuación a Oliver Maddock?

—Sí. Fíjese en su historial. Veinticinco años viviendo en una casita con una pequeña finca de St. Andrews. Y, antes de eso, diez años dedicado a la enseñanza, dos de ellos como tutor, etcétera.

—Es imposible.

—Entonces el hombre que le disparó no podía conocer físicamente a Henry —objetó Dewar—. No conoce usted a Henry. Ese hombre es como un toro de mirada torva. Oliver era como un pajarillo inofensivo. Nadie podría confundirlos.

—Sí, eso es raro —murmuró Bone—, aunque explicable, por supuesto. Hay muchas posibles razones.

Los dos superintendentes asintieron mirándose mutuamente y después parecieron entrar en trance. Dewar esperó. Al fin, Lloyd miró fijamente a su soñoliento colega y dijo con brusquedad:

—Si Skinner fue el número cuatro y Maddock el número cinco, ¿dónde están el uno, el dos y el tres, y cuántos más habrá?

—Eso iba a preguntarle, señor —intervino Dewar—. Quería saber qué piensa del vagabundo.

La cuestión pareció despertar la curiosidad de ambos superintendentes.

—¿Qué vagabundo? —preguntó el orondo.

—El vagabundo que apareció asesinado en Banbury Road. Tenía un trozo de cartón con el número tres atado a un botón del abrigo. Rackham me lo estaba contando hace un momento. Él lleva el caso.

—¿Dónde está el informe de Rackham? —preguntó con brusquedad el superintendente delgado.

—Aquí lo tengo, señor.

Lo revisaron en silencio y después volvieron a adormecerse.

—George —dijo al fin Bone— es sospechoso.

—Condenadamente sospechoso, Bert —respondió el otro—. ¿Existe alguna conexión entre el Caballero Venido a Menos y el presidente de Cochinilla Imperial? Bueno, ha de haberla. Para empezar, tenían casi la misma edad. Pero ¿qué relación hay entre el Caballero y Maddock? Por otra parte, si el vagabundo no tiene nada que ver, ¿por qué los números? ¿Se trata de una coincidencia? De serlo, es condenadamente desconcertante.

Hablaba con un aire ensimismado, como si pensara en voz alta. Su arrugado colega tomó el testigo.

—Dewar, ¿Henry Maddock lleva mucho tiempo en Inglaterra?

—Unos cinco años.

—¿Y cuánto estuvo fuera?

Dewar miró su cuaderno.

—Se marchó con catorce años, hace cuarenta y cinco.

—¿Y en todo ese tiempo nunca regresó?

—Dice que no.

—Mmm... Johannesburgo podrá confirmar eso. O tal vez no —respondió el superintendente, y volvió a mirar el informe del inspector Rackham—. Por lo que veo este vagabundo llevaba los últimos diez o veinte años recorriendo esa carretera. No olvide decirle a Rackham que vuelva a interrogar a todos esos vagabundos y que averigüe si el Caballero Venido a Menos habló alguna vez de sus viajes o de Sudáfrica.

—Sí, señor.

—Bien. Y ese hombre al que Henry Maddock arrojó por la ventana ¿quién era?

—Un mendigo al parecer originario del Rand, según Maddock. Es muy discreto con su pasado. Y debe de tener buenas razones, o esa impresión me dio al conocerle.

El superintendente orondo alzó lentamente la vista al techo y dijo:

—¿Piensa usted que Henry cree que los disparos iban dirigidos a él?

—Estoy seguro, señor —respondió Dewar—. El hombre no está asustado. No parece de los que se asustan con facilidad. Pero sin duda

está en guardia. Lleva un arma. Ha puesto alarmas contra robo en la casa y ha comprado un par de perros alsacianos. Tampoco sale mucho. En cualquier caso, no parece dispuesto a rendirse.

Hubo otro silencio y después ambos superintendentes se levantaron a la vez.

—Manténganos informados —dijo Bone.

Y cogidos del brazo los dos salieron, dejando a Dewar a solas con su problema.

Lo primero que hizo fue ir a ver a su colega el inspector Rackham, y conversaron una vez más sobre el caso del vagabundo asesinado.

—Hemos de ahondar en el pasado de estos tres, Rackham —dijo—. El vagabundo, Skinner, Maddock... En uno u otro momento sus vidas tuvieron que cruzarse. Cuando lo averigüemos sabremos a qué atenernos.

—Suponiendo que los números tengan algo que ver —respondió Rackham.

—Sí —asintió Dewar—. Yo creo que están relacionados.

—Pero ¿dónde están el número uno y el número dos?

—¡Ah! Ya que lo pregunta, en Sudáfrica, diría yo.

—Sea como sea, en Inglaterra, no —respondió Rackham enfáticamente—. Lo revisé mientras investigaba el caso del Caballero. No hay un solo registro de asesinatos relacionados con números en ninguna provincia.

Dewar meditó unos instantes y dijo con aire pensativo:

—Creo que la clave de todo está en África. Por alguna razón nada de esto me parece inglés. Más bien me ha hecho pensar en rencillas entre bandas extranjeras...

—No hay que ir más allá de Clerkenwell para encontrar rencillas entre bandas —comentó Rackham.

—No, lo sé. Pero eso es diferente. No es frecuente ver a presidentes de grandes empresas apuñalándose mutuamente en Gray's Inn Road. Pero podría suceder en África. Imagine que Skinner y Maddock y otra media docena de hombres se asociaran para jugarle una mala pasada a otro en Johannesburgo y que ese otro haya salido de la cárcel recientemente dispuesto a vengarse, ¿eh? ¿Qué le parece eso?

—¿Y el vagabundo?

—Uno del grupo original que se quedó sin suerte, un espía o un

soplón. Es imposible saberlo.

Rackham asintió.

—¿Por qué no pone a prueba a su amigo Maddock con una fotografía de Skinner? Aquí tengo una del Caballero. Podría intentarlo con esta también.

—Lo había pensado —respondió Dewar—. Ahora mismo voy a Enfield. Démela. Por Dios santo, guapo no era.

Los dos detectives se despidieron; Rackham para investigar la posibilidad de que el vagabundo asesinado hubiera estado en África, y Dewar para visitar el escenario del asesinato de Oliver Maddock.

Henry Maddock estaba en casa y Dewar fue acompañado inmediatamente a su estudio por un criado. El propietario de Greenlawns había cambiado en los escasos días transcurridos desde el trágico suceso que había tenido lugar en su jardín. Su actitud afable y cordial había sido reemplazada por una desagradable y lúgubre expresión. La sonrisa siempre dispuesta a desplegarse en sus labios ya no aparecía de forma automática. Dewar tuvo la momentánea sensación de que aquel acaudalado y corpulento caballero era en realidad un personaje bastante peligroso y despiadado; y en sus veinticinco años de experiencia en el cuerpo había aprendido mucho sobre psicología. Nada más verlo se fijó en el bulto que deformaba el bolsillo derecho de la chaqueta de Maddock, donde a buen seguro llevaba una pesada pistola.

—Bien, señor —dijo Maddock—, ¿qué puedo hacer por usted?

—¿Había visto antes a este hombre? —preguntó Dewar, sin perder el tiempo en cortesías preliminares.

Empujó hacia el otro lado del escritorio una gran fotografía de Aloysius Skinner y observó fijamente el rostro de su anfitrión. Este cogió la foto y la examinó con aire tranquilo. Su severo y duro rostro no manifestó sorpresa, reconocimiento, ni ninguna otra emoción.

—Sí, lo he visto —respondió—. Si no me equivoco es Aloysius Skinner. Coincidí con él en una ocasión, durante una cena en Pretoria. Poco después de la guerra. Probablemente en abril o mayo de 1914.

—¿Fue esa la única vez que le vio?

—Sí.

—¿Tiene buena memoria para las caras, señor Maddock?

—La tengo. Pero en este caso juego con ventaja, inspector. He

tenido oportunidades de sobra para ver fotografías de Skinner desde que le dispararon e identificarle como el hombre al que conocí en Pretoria.

—¿Hicieron ustedes negocios juntos?

—No.

El inspector hizo una pausa y continuó.

—Señor Maddock, necesito que piense pausada y cuidadosamente antes de responder a mi siguiente pregunta. Es muy importante que recuerde con precisión.

El sombrío rostro de Henry Maddock se volvió aún más lúgubre mientras escuchaba, pero se limitó a decir:

—Continúe.

—¿Puede recordar algún otro momento o lugar en el que su camino se haya cruzado con el de Aloysius Skinner, por breve y trivial que fuera el encuentro?

El rostro de Maddock se iluminó de manera casi imperceptible al escuchar la pregunta y el perspicaz inspector no pasó por alto dicho cambio. «Esperaba otra pregunta —se dijo Dewar—, sin duda algo más desagradable para él».

Maddock apoyó la espalda en la silla y alzó la vista al techo. Transcurrieron al menos dos minutos antes de que respondiera, y en un tono de afable sinceridad respondió:

—Puedo decirle con absoluta certeza, inspector, que nuestras vidas solo se cruzaron en aquella cena del club de Pretoria.

—¿Cuál fue el motivo del evento?

—No recuerdo los detalles. Pero básicamente Skinner estaba allí para visitar algunas minas y la dirección lo invitó a cenar. Yo no estuve en el banquete.

—¿Tenía usted algún interés en esas minas?

—No.

—¿Le supuso algún inconveniente la presencia de Skinner?

—No, que yo sepa. Por supuesto, es posible que los dos fuéramos accionistas de las mismas empresas, pero nunca llegué a saberlo.

—¿Y qué hacía usted en Pretoria en aquella época?

Transcurrió una fracción de segundo antes de que Maddock respondiera:

—Llevaba a cabo prospecciones.

El inspector colocó otra fotografía sobre la mesa.

—¿Le había visto antes?

Maddock observó la fotografía un instante y entonces alzó las cejas y miró al detective.

—Viejo y feo a rabiar. No creo haberle visto nunca hasta este momento.

—¿No cree que pueda ser el retrato de un hombre al que conoció, digamos hace doce o catorce años, antes de desmoronarse y dejarse crecer la barba?

Maddock cogió de nuevo la fotografía y la observó con atención. Después negó con la cabeza.

—No recuerdo a nadie que se le parezca.

—Otra pregunta curiosa para usted, señor —continuó Dewar—. ¿Tendría la amabilidad de coger papel y lápiz para elaborar una lista con todos sus amigos y colegas llamados Sam?

Henry Maddock arrugó la nariz y después sonrió.

—Tiene razón, es una petición curiosa. ¿Hombres llamados Sam? Bueno, supongo que tendrá usted sus razones. Lo intentaré y meditaré sobre ello con detenimiento.

De nuevo se impuso el silencio hasta que Maddock dijo en tono tranquilo:

—Présteme un lápiz, ¿quiere, inspector?

Dewar le dio lo que quedaba del suyo sin decir nada. Maddock lo miró esbozando una sonrisa.

—No puedo decir que me impresione el lápiz oficial —dijo, y empezó a escribir con aire serio en una cuartilla en blanco.

Cuando terminó, tamborileó con los dedos sobre la mesa con aire pensativo y finalmente le acercó la hoja a Dewar.

—Estos son todos los que puedo recordar.

Dewar la cogió y leyó en voz alta.

—Sam Slickman, ladrón. Muerto de un disparo en Johannesburgo, primavera de 1927. ¿Está seguro de que le dispararon, señor Maddock?

—Muy seguro, inspector. Pero puede verificarlo. Telegrafíe a la policía.

—Lo haré. El siguiente, Samuel Isaacstein, prestamista, Ciudad del Cabo. ¿Está muerto, señor?

—No caerá esa breva. Está vivito y coleando y con un millón de libras esterlinas en el banco.

—Entonces, no es muy probable que sea un vagabundo.

—No, no mucho —respondió secamente.

—Sam Horrabin. Boxeador. ¿Dónde está en la actualidad, señor Maddock?

—La última vez que supe de él había abierto una taberna en el este de Alemania.

—¿Se parecía en algo a este?

El detective señaló la fotografía del vagabundo.

—En absoluto. Horrabin fue campeón de boxeo en 1919, de peso semipesado.

—Eso sin duda también deja fuera a Horrabin. Sam Blower murió alcoholizado en 1911. Sam Smith, sentenciado a cadena perpetua por asesinato. Sandbag[1] Sam, diez años por robo con violencia. —El detective levantó la vista del papel y comentó con ligereza—: Si me lo permite, tenía usted un grupo de amigos cuando menos extravagantes cuando estaba en África.

Maddock se echó a reír cordialmente.

—Oh, soy un estudioso de la naturaleza humana, Dewar. Me gusta mezclarme con toda clase de personas.

—Pues con esto da la sensación de que solo se codeaba con una clase.

Maddock pareció algo desconcertado por el comentario y respondió sin demasiada convicción.

—Ya sabe, así es la vida.

Dewar no intentó aprovechar su ventaja. Guardó la cuartilla con la lista y la fotografía en el bolsillo interior de su chaqueta y se levantó.

—Piensa usted lo mismo que yo sobre todo este asunto, ¿verdad, señor?

El otro sonrió antes de responder.

—Tendría que ser un hombre muy listo para saber lo que está pensando, Dewar.

—Estoy pensando que las balas no iban dirigidas a su hermano sino a usted.

Maddock también se levantó y miró al detective directamente a los ojos.

«Demasiado directo para ser natural», pensó Dewar al ver los ojos oscuros clavados en él.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted. Las balas eran para mí.

—¿Qué le hace pensar eso?

—¿Quién querría disparar a mi pobre hermano? No tenía un solo enemigo en el mundo.

—¿Y usted? —preguntó el detective con osadía.

Maddock bajó la mirada y se examinó las uñas con atención.

—África es un lugar salvaje —murmuró.

—¿Quién pudo ser?

—No tengo ni idea.

—Oh, vamos, señor.

—Es cierto, Dewar. No tengo la menor idea. Sé que tengo enemigos, muchos. Pero hasta ahora no sabía que alguno de ellos quería matarme. Eso es nuevo para mí, y muy desagradable.

—¿No puede ayudarme?

Maddock negó con la cabeza.

—Es por su propio interés, señor —insistió Dewar.

—Por supuesto que sí. Lo sé tan bien como usted. —Por primera vez hablaba con petulancia—. Pero le he contado todo lo que sé. No tengo la más mínima idea de quién es o quién podría ser.

—Muy bien, señor. Si se le ocurre algo, espero que me lo haga saber.

—Cuente con ello.

El inspector abandonó Greenlawns muy pensativo y se dirigió inmediatamente al taller mecánico local que había dado parte tras la visita de un forastero que se detuvo a repostar aceite y gasolina una hora antes del asesinato de Oliver Maddock.

1 Literalmente, saco de arena. *(Todas las notas son del traductor)*.

Escarbando en busca de pruebas en África y Batavia

El garaje de la posada La Estrella y la Jarretera estaba regentado por un hombre inteligente. Recordaba a la perfección el gran Buick que había aparecido la tarde de la fiesta del señor Maddock. Y parecía habérsele quedado especialmente grabado en la memoria que el joven señor Maddock había pasado también por el taller poco después de comer para pedir prestada una llave inglesa. Un amigo suyo, según le explicó el joven caballero, había venido a jugar al tenis en un Buick nuevo, pero había olvidado sus herramientas. La tapa del depósito de gasolina se había atascado y no tenían una llave lo bastante grande para aflojarla. Le había prestado una al joven señor Maddock y al ver llegar un gran Buick pensó que podía tratarse del otro joven que venía a devolvérsela.

Sin embargo, era un forastero que necesitaba aceite y gasolina. El propietario del taller, más acostumbrado a trabajar con máquinas que con personas, había prestado menos atención al conductor que al coche. Era un turismo de seis cilindros, de color azul oscuro, con un gran maletero en la parte trasera y un extintor de diseño extranjero en el estribo. Le había servido veintidós litros de gasolina y cuatro de aceite y después había visto cómo el coche se alejaba en dirección a Greenlawns. El conductor, según recordaba el mecánico, era un hombre de aspecto corriente, vestido con ropa corriente y de modales corrientes.

El inspector Dewar sonrió al escuchar la descripción.

—De hecho, no sería usted capaz de describir absolutamente nada de él, ¿verdad?

El otro se rascó la cabeza.

—Es cierto —admitió—. Lo siento, pero así es.

—No tiene importancia —respondió Dewar—. Ha descrito el automóvil y eso siempre ayuda.

En ningún otro garaje de la zona tenían información sobre clientes desconocidos la tarde del asesinato, de modo que Dewar regresó a Scotland Yard con escasas novedades.

Al llegar a su despacho encontró sobre el escritorio un mensaje del superintendente Bone, de modo que fue a ver a su superior. El superintendente disfrutaba en ese momento de su pasatiempo favorito, completamente acostado en un diván y contemplando la pared de enfrente igual que una rana sobrealimentada. Giró sus ojos saltones hacia el inspector en cuanto abrió la puerta, pero no movió la cabeza, como si hacerlo supusiera un esfuerzo demasiado grande.

—Siéntese, Dewar —murmuró—, y póngame al día de todas las novedades. Por cierto, celebramos una reunión en el piso de arriba después de que se marchara y decidimos que usted, Rackham y yo seríamos los encargados de dirigir esta función. Usted se ocupará de Maddock, y Rackham reabrirá el asunto del vagabundo, mientras yo le sigo la pista al viejo Skinner y gestiono todo lo relacionado con lo que el comisario denomina «coordinación general». Coordinación es mi apellido, Dewar. Esa tarea me viene como anillo al dedo. Un tipo inteligente puede coordinar una operación desde su silla con los ojos cerrados —sentenció, dedicándole un guiño con pesadez.

—¿Sigue creyendo que el vagabundo está relacionado, señor?

Bone meneó la cabeza casi imperceptiblemente. Era el mínimo movimiento requerido para expresar una respuesta negativa.

—No, no lo creo. Pero hemos de asegurarnos. La clave está sin duda en Sudáfrica. Eso seguro. Ahora, vamos con las novedades.

Dewar describió su peculiar entrevista con Maddock y la visita del Buick al garaje.

—No es gran cosa —dijo Bone—, pero habrá que emitir la habitual orden de búsqueda para el vehículo.

—Sí, señor.

—Centrémonos en Maddock. Hemos recibido un cable de Johannesburgo. Acérqueme esa carpeta que hay en la mesa, detrás de mí. Déjeme ver. Sí, aquí está. «Henry Maddock declarado inocente de homicidio involuntario en 1911 por falta de pruebas aunque no hay

duda de que pateó a un nativo hasta matarlo punto acusado por declarar bancarrota fraudulenta exonerado punto principal promotor de la corporación de inversiones Blavfontein 1917 liquidó alrededor de medio millón punto extrañas historias sobre negocios con el enemigo durante la guerra pero nada probado punto origen desconocido pero se cree que había orden de detención contra él emitida por la policía del Congo antes de su aparición en Johannesburgo en 1905 punto íntimo amigo de Rosenstein conocido promotor de boxeo y traficante de diamantes actualmente cumpliendo condena de veinte años punto antiguo socio de Slingsby muerto de un disparo en plena calle en Durban 1918 punto un personaje desagradable fin del mensaje».

—Un personaje desagradable —repitió Dewar, en voz baja—. No seré yo quien lo ponga en duda.

El superintendente Bone pasó varias páginas del informe.

—Aquí hay otra cosa, Dewar, muchacho. Bajé a las oficinas de Cochinilla Imperial... Y cuando digo que bajé no quiero decir que lo hiciera en persona. Envié a Jones a investigar esa visita de Skinner a África. Fue por negocios privados, de modo que sus socios no sabían gran cosa. Pero la secretaria sí estaba al corriente de algo. Jura que Skinner era absolutamente honesto y respetable, que era como el Banco de Inglaterra. Nunca se acercó siquiera a nada medianamente turbio. Se limitaba estrictamente a su seis por ciento y se asustaba en cuanto veía acercarse el siete, pues, a su modo de ver, el siete por ciento y la ilegalidad iban siempre de la mano.

—Oh, vamos, señor —replicó Dewar, y su superior esbozó una sonrisa.

—Quizá estoy exagerando lo que dijo la secretaria, pero esa es la impresión que tuvo Jones. Bueno, vayamos al meollo de la cuestión. Si Skinner era la mitad de íntegro de lo que aseguró su secretaria y Maddock es la mitad de canalla de lo que sugiere el cable enviado desde Sudáfrica, resulta difícil creer que hayan hecho negocios juntos o incluso con un tercer socio en común. Y es ese tercero en discordia a quien buscamos.

Dewar empezaba a estar un poco desconcertado.

—Tengo la impresión, señor, de que se está alejando deliberadamente de la posibilidad de que exista una conexión entre

Skinner y Maddock. Y sin embargo sabemos que existe, pues las balas son idénticas.

El superintendente se incorporó reacio en su silla y dio unos golpecitos a Dewar en la rodilla.

—Debe prestar usted más atención a lo que digo, joven. Le he estado explicando que no parece existir ninguna relación entre el señor Henry Maddock y el difunto presidente de Cochinilla Imperial.

—¡Pero las balas! —protestó Dewar.

El superintendente Bone dejó escapar un profundo suspiro.

—Tengo la impresión de que la mayor parte de los escoceses que llegan a inspectores lo consiguen únicamente por ser escoceses. No me lo explico de otra manera. Aplique su gran intelecto caledonio a encontrar la respuesta de este abstruso acertijo, Dewar. ¿Nació el difunto Aloysius Skinner siendo presidente de Cochinilla Imperial o lo fue más tarde?

Dewar analizó la pregunta y finalmente respondió con cautela:

—No pudo haber nacido siendo presidente. Las presidencias no son hereditarias como las monarquías.

Bone le palmeó vigorosamente en el hombro y exclamó:

—Bien dicho, Dumbarton. Ahora sé por qué ha llegado usted a inspector. Entonces, estamos de acuerdo en eso, en que es más que probable que hubo un tiempo en la vida de Skinner en que no fue presidente de Cochinilla Imperial. Bien, ¿fue siempre tan honesto, recto y escrupuloso? ¿Cómo era antes?

—Leí los periódicos hace dos días. No se sabe gran cosa sobre su vida anterior.

—No, Dewar, y hemos de investigarlo. Me parece que debería olvidarse de Maddock por un tiempo para probar suerte con Skinner. Aquí está el expediente. No se deje engañar por su reputación de honestidad y rectitud financiera. Averigüe si hubo algún periodo de su vida en el que pudiera... En fin, ya me entiende, en el que pudiera haberse apartado del camino de la virtud y de las normas de la compañía.

—¿Y qué pasa con Maddock, señor?

—Le dejaremos en paz durante un tiempo. Envíe a un par de hombres a vigilar la casa. Cabe la posibilidad de que el hombre que disparó a Oliver por error regrese a probar suerte de nuevo con Henry.

Dígales a los agentes que vayan que estén alerta ante cualquier tipo con acento sudafricano al que le caigan diamantes de los bolsillos.

Y con estas instrucciones finales el superintendente volvió a reclinarse en el sillón y cerró los ojos.

Dewar regresó a su oficina y se sentó a estudiar de nuevo con más cuidado el expediente del caso Skinner. Los documentos estaban relacionados principalmente con los antecedentes del hombre asesinado y la posibilidad de que alguna antigua rencilla o pleito fuera la causa del asesinato. La investigación había sido exhaustiva y Dewar no consideró necesario empezar una nueva. Apuntó las principales fechas en un cuaderno de notas.

> Vivía en Parkside, Wimbledon, desde 1917. El ama de llaves iba siempre a la misma hora. Piso de Draycott Gardens entre 1912 y 1917. Servicios incluidos. Sin sirvientes. 1910-1912, piso con servicios incluidos en Earl's Court Road. Domicilio desconocido antes de 1910. Creó la compañía Cochinilla Anglo-Bátava.

De modo que salió de la nada en 1910, se instaló en un piso en Earl's Court y empezó sus negocios con Cochinilla, reflexionó el detective. A continuación, se centró en un documento encabezado como «Orígenes»:

> Nace en el 24 de Villa Walk, Wandsworth, el 14 de abril de 1859. Padre, John; madre, Henrietta. Villa Walk fue derribada en octubre de 1894. John y Henrietta Skinner fallecieron ahogados en accidente de navegación el 4 de agosto de 1868, lugar desconocido. No hay más parientes en el distrito.

Dewar releyó toda la información y continuó revisando el expediente hasta llegar a una página cuyo encabezado decía «Ama de llaves»:

> Señora Ann Croft, cincuenta y siete años, contratada tras responder a un anuncio en el *Daily Telegraph*. Le gustaba A. S., que siempre le pareció un buen patrón. Tenía pocos amigos y ningún enemigo. Recibía muchas cartas a diario, pero siempre las respondía en privado en su despacho. Muchas con sello extranjero. No puede recordar ningún país en particular.

Se pasaba el día en la oficina, regresaba a casa sobre las cinco y media. Casi siempre cenaba solo. No puede recordar ningún incidente fuera de lo común. Llevaba una vida muy tranquila.

De repente, Dewar descubrió el punto débil de toda la investigación, y al verlo le sorprendió su propia lentitud y la estupidez del hombre que la había llevado a cabo.

Dio una palmada sobre la mesa con la mano abierta e hizo una mueca.

—Por suerte el viejo Bone lo ha pasado por alto —dijo en voz alta —. De lo contrario me habría tomado el pelo durante una semana. Iré a decírselo.

Regresó al despacho del superintendente y lo encontró exactamente en la misma posición de absoluto reposo.

—Acerca de Skinner —empezó a decir—, se me ha ocurrido una nueva línea de investigación que podría ser útil. Hasta ahora la hemos pasado por alto.

Bone abrió desmesuradamente los ojos.

—Yo mismo he revisado el expediente —dijo.

Dewar no hizo ningún comentario y continuó:

—Skinner fundó la Anglo-Bátava en 1910. No podría haberlo hecho sin saber algo sobre Batavia o sobre cochinillas, o al menos debía conocer a algunas personas que sí lo supieran. ¿Qué le parece si enviamos un telegrama a Java, señor?

—Buena idea, Dewar —respondió el superintendente.

—Lo haré inmediatamente, señor.

—Un momento, un momento. No es necesario hacer nada.

—Pero acaba de decir que era buena idea, señor.

—Y lo era. Hace cuarenta y ocho horas. Aquí está la respuesta de Java. Acaba de llegar —dijo empujando el telegrama al otro lado de la mesa, hacia el abatido inspector.

—«Aloysius Skinner apareció en Java en 1907 y se marchó en 1909 punto no hay detalles disponibles» —leyó Dewar—. Esto no nos ayuda mucho.

El superintendente asintió.

—¿Por qué cree usted que no hay detalles? —preguntó de repente.

—Ha pasado demasiado tiempo, señor —respondió Dewar, con

rapidez.

—Solo veinte años.

—Parece haber escasez de detalles allá donde estuvo —refunfuñó Dewar.

—Vamos, Dewar, inténtelo —insistió el superintendente—. Allí hay clima tropical.

—Todos sus contemporáneos han muerto —se arriesgó Dewar.

—Oh, no. Nada tan terrible.

—Entonces, ya han regresado todos a casa a estas alturas.

—Bien dicho, Dewar. Va usted mejorando. Si Skinner era un hombre de cuarenta o cuarenta y cinco años cuando se marchó, es más probable que se asociara con hombres de más edad que con los jóvenes que hoy dirigen las plantaciones. En la actualidad los mayores se habrán retirado y los que eran más jóvenes que él en 1909 no llegaron a conocerle.

Dewar recogió sus papeles.

—Empezaré inmediatamente, señor. Encontraré a un plantador que conociera a Skinner aunque tenga que arrastrarlo fuera de su tumba.

—Bastará con que vaya a su club —murmuró el superintendente Bone, cerrando los ojos.

Investigando el pasado del señor Aloysius Skinner

Durante los dos días siguientes las investigaciones discurrieron por varios cauces. Cada detective trabajaba en su propia línea e informaba de los progresos al superintendente Bone, que permaneció sentado en todo momento, como una enorme araña, en su despacho de Scotland Yard.

El inspector Dewar fue de club en club y de casa en casa —los clubes, localizados mayormente en Piccadilly, y las viviendas, sobre todo en el sur y el oeste de Kensington—, en busca de antiguos plantadores de té, café o caucho que hubieran podido conocer a Aloysius Skinner en Java.

El inspector Rackham regresó a las comisarías de policía de Berkhampstead y Banbury Road, donde los indignados vagabundos habían sido detenidos por segunda vez para responder a sus preguntas.

Dos agentes de paisano vigilaban con discreción los alrededores de Greenlawns y uno de ellos fue brutalmente atacado por un perro alsaciano medio salvaje, que según los vecinos era una adquisición reciente en la propiedad de Maddock. La casa había dejado de ser el escenario de alegres fiestas y encuentros tenísticos. Incluso durante el día todas las contraventanas de la planta baja y el primer piso permanecían cerradas y no había ni rastro del dueño de la casa. El hijo y la hija se habían esfumado.

Continuó la búsqueda del Buick azul oscuro con el extintor de fabricación extranjera, mientras la policía de Johannesburgo recibía un segundo y extenso telegrama solicitando la verificación de las declaraciones de Henry Maddock durante su reciente entrevista con el

inspector Dewar.

Cuando el segundo día de trabajo tocaba a su fin Dewar dio con el rastro del hombre que había estado buscando. Localizó a un viejo plantador de caucho que no solo recordaba la visita de Skinner sino que también había hecho negocios con él. Más importante aún, tenía una carta que le había enviado Skinner antes de su llegada a Java en uno de los veinticuatro arcones metálicos repletos de misivas y documentos que atesoraba en su casa.

El viejo plantador le explicó que jamás en su vida había destruido una carta, y que nunca olvidaba una cara ni perdonaba a un enemigo. Se negó en redondo a hablar de negocios hasta que Dewar aceptó el mayor *whisky* con soda y el cigarro más enorme que había visto en su vida; y hasta que el inspector no dio cuenta en serio de su bebida y su puro el anciano no empezó a desbarrar, de manera incoherente y algo confusa, acerca de sus intrascendentes recuerdos de la vida en Oriente. Dewar se vio obligado a tomar asiento y escuchó tan pacientemente como pudo. En dos ocasiones intentó apurar al veterano y las dos fue recompensado con una larga digresión sobre los pobres modales modernos en comparación con la auténtica cortesía de los viejos tiempos. La búsqueda de las cartas resultó todavía más exasperante, pues cada poco el plantador encontraba algún documento que le recordaba episodios pasados, olvidados largo tiempo atrás, sobre las vidas de antiguos conocidos del negocio, partidos de polo, asombrosas cosechas, carreras de natación, la fidelidad de los criados nativos, o sensacionales partidas de póquer. Finalmente apareció la preciosa carta. El anciano la acercó a la luz para asegurarse de que era la que buscaban y acto seguido se la entregó al detective con una cortés reverencia.

El papel estaba seco y amarillo, y la tinta desvaída, pero Dewar reconoció la letra menuda y clara. Estaba fechada el 15 de diciembre de 1906 y junto a la fecha estaban las palabras que Dewar esperaba encontrar, la dirección donde había sido escrita la misiva: Holborn, Londres, 240, Inglaterra. Decía lo siguiente:

Estimado señor:

Adjunto la copia de una carta de presentación para usted de nuestro amigo común, el señor Van Doone. La carta original espero entregársela personalmente en sus oficinas, puesto que pronto zarparé hacia las Indias Orientales. Con su permiso le informaré de mi llegada a Singapur. Hasta entonces, señor.
Se despide su humilde servidor,

A. SKINNER

Dewar la leyó dos veces y después se dirigió al plantador retirado:

—¿Y el señor Van Doone? —preguntó.

El señor Elphinston alzó una ceja casi tan brillante y amarilla como el papel de la carta.

—¿El viejo Van Doone? —respondió—. Un buen hombre.

—¿Dónde está ahora?

—Fue a reunirse con los demás Van Doone, con sus padres, hace ya veinte años.

—Señor Elphinston —dijo Dewar con seriedad—, ¿cree usted que hay alguna posibilidad de que esa carta de presentación esté en alguna de las cajas?

—¿Alguna posibilidad? —repitió el anciano en tono burlón—. Si la he recibido está en una de esas cajas. Jamás he tirado una carta...

—Oh, por supuesto —se apresuró a interrumpir Dewar—. ¿Cree que quizá podría encontrarla?

—Hoy no —respondió el señor Elphinston—. Ahora estoy cansado. Pero mañana lo haré. Venga por aquí hacia la misma hora. ¿Le lleno el vaso?

Dewar consiguió rechazar el ofrecimiento y se dirigió en un taxi al 240 de Holborn.

Tal como esperaba, era el número de un edificio grande y tétrico, una oscura y laberíntica madriguera repleta de innumerables oficinas. Más oscuros y tétricos si cabe eran los sótanos donde merodeaba la anciana conserje, a la que Dewar se dirigió en busca de información. Solo tenía una pregunta que hacer y no tardó en obtener respuesta. Las rentas del edificio eran recaudadas por los señores Hope, Charteris y Batten, procuradores y agentes inmobiliarios, con sede en Great Cumberland Place. El inspector visitó las oficinas de los procuradores, donde le invitaron a pasar al despacho de uno de los socios de la

firma, un tal señor Dennis. Las paredes de la habitación estaban prácticamente ocultas tras pilas de cajas cuadradas de color negro identificadas con nombres, escritos en pintura blanca, de personajes tan ilustres que Dewar parpadeó, deslumbrado e incrédulo al mismo tiempo. Los modales del señor Dennis resultaban casi igual de deslumbrantes. Era calmoso, extremadamente cortés, insulso y ceremonioso. Daba la impresión de que sobre aquellos hombros anchos y ataviados con un elegante chaqué reposara el peso de todos los marqueses y duques del país, y quizá incluso de personajes de más alta alcurnia. Recibió al inspector haciendo gala de la más exquisita cortesía y se excusó un instante para dar instrucciones a un contable con la misma actitud reverente que si se estuviera dirigiendo, al menos, a un juez o un *baronet*.

Dewar explicó el motivo de su visita:

—¿Podría ver los detalles de la renta del 240 de Holborn durante los años 1906 y 1907?

El señor Dennis pulsó un timbre y a continuación hizo una reverencia.

—Ojalá todas nuestras peticiones fueran tan fáciles de resolver como esta, señor... Eh..., comisario... Eh...

—Inspector, señor.

—Ah, sí. Por supuesto. Debe usted disculpar mi ignorancia, inspector. Ah, señor Bernard. ¿Sería demasiado pedir que bajara al depósito a buscar los detalles de renta del 240 de Holborn durante los años 1906 y 1907? Me temo que encontrará aquello un poco polvoriento.

El tal señor Bernard era un muchacho de aire despierto de unos dieciséis años, y salió de la estancia a una velocidad que pareció alterar, muy sutil, aunque perceptiblemente, la sensibilidad victoriana del señor Dennis. Dejó escapar un levísimo suspiro y murmuró:

—Vivimos en una época de velocidad y progreso, señor.

El silencio se impuso en la habitación. Dewar no tenía nada que decir y el señor Dennis parecía estar soñando con tiempos pasados y más tranquilos. Un nervioso golpeteo en la puerta lo despertó y el muchacho entró como una flecha, cargado con dos grandes libros de contabilidad.

—Dos-cuatro-cero Holborn cero-seis y cero-siete, señor —comentó

con brío, y los depositó ante el señor Dennis.

—Le estoy muy agradecido, señor Bernard. Muchas muchas gracias —dijo.

El muchacho se esfumó como un demonio de pantomima y el señor Dennis señaló los libros de cuentas.

—Y ahora, señor...

—El nombre que estoy buscando, señor Dennis, es Skinner. Aloysius Skinner.

El señor Dennis se sobresaltó visiblemente, aunque solo tardó un instante en recuperar la compostura.

—¡Válgame! No me diga... ¿Se refiere usted al señor Aloysius Skinner que...?

—Sí, señor.

—¡Dios mío! ¡Qué interesante! Era un hombre notable, inspector. Un hombre sin duda notable —dijo mientras deslizaba un dedo hacia abajo por el índice—. Triste final, el suyo. Un asunto trágico. ¿Y piensa que pudo tener alquilada una de nuestras oficinas en algún momento? Sampson, Ortodoncia Sandringham, Compañía de Celulosa Escandinava, Sims y Ratchett, Sorrel e Hijos... No, el hombre que busca no está en este alfabético. Pero aguarde un momento, inspector. Que su nombre no esté en el listado de alquileres no significa que no haya tenido alguno de nuestros locales.

Se levantó y caminó con lentitud sobre la mullida alfombra hasta una caja de caudales escondida tras un estante giratorio; la abrió y sacó de ella un pequeño volumen encuadernado en piel.

—Este es nuestro *Quién es quién* particular, inspector. No dudo de que tendrán algo parecido en Scotland Yard.

—Algo por el estilo —concedió Dewar esbozando una irónica sonrisa que se perdió por completo ante la impasible y digna actitud del procurador y agente inmobiliario.

—Bien, señor —continuó el otro—. Skinner, A., director general de la Compañía de Desarrollo Colonial. Tres años de alquiler de la oficina número 37. Desde marzo de 1905 hasta marzo de 1908. Referencias, Banca Childs y Whittier, Lampton y Whittier, 314, calle Essex, Strand.

—Procuradores, supongo —dijo Dewar.

—Probablemente. No recuerdo el nombre. Deben de trabajar a una escala muy pequeña, si es que aún siguen existiendo.

El señor Dennis volvió a guardar el *Quién es quién* en la caja fuerte, volvió a sus libros de contabilidad y busco la Compañía de Desarrollo Colonial.

—No hay nada más de interés por aquí —dijo—. Childs gestionaba su dinero. Pagaban la renta con regularidad y dejaron las oficinas al cierre del primer trimestre del año, en marzo de 1908.

—Le estoy muy agradecido, señor —dijo el inspector, pero el señor Dennis insistió en que quien debía dar las gracias era él.

Se negó sin demasiada convicción a aceptar cualquier muestra de agradecimiento, así como la sugerencia de que le habían hecho perder su valioso tiempo.

—En mi profesión, inspector, nos relacionamos frecuentemente con legisladores de la propiedad, propietarios e inquilinos, testamentarios, etcétera. Pero hasta ahora nunca había recibido a un investigador criminal y, créame, ha sido una experiencia muy interesante.

Acompañó al inspector hasta la puerta, se despidió con una nueva reverencia y regresó junto a las cajas metálicas etiquetadas con tan regios nombres.

Dewar regresó a Scotland Yard, no del todo insatisfecho con el resultado de su jornada de trabajo. Había retrocedido dos años más en la vida de Aloysius Skinner y había encontrado tres líneas de investigación claramente diferenciadas, alguna de las cuales —o quizá todas— podría llevarle un poco más atrás en el tiempo. Estaban los registros de la Banca Childs, la historia de la Compañía de Desarrollo Colonial y la carta de presentación del señor Van Doone.

La más prometedora de las tres parecía a primera vista la Compañía de Desarrollo Colonial. Había muchas posibilidades de que tuviera alguna conexión con África. Y ese, tal y como Dewar se recordó a sí mismo, era el principal objetivo de la investigación. Sentado en el piso superior de un autobús, revisó mentalmente las fechas. Según su propia versión, Henry Maddock llegó a África en 1888. Hasta 1905 no apareció por primera vez en Johannesburgo. Se creía que había pasado parte de ese periodo intermedio en el Congo Belga. Anotó telegrafiar a Bruselas para solicitar información. Parecía que desde 1905 hasta 1919 había permanecido en la Sudáfrica británica. Durante un periodo de tiempo casi idéntico el paradero de Skinner también era conocido. Dos años en Holborn, dos en Java y después,

como una figura cada vez más conocida, en la City londinense desde su regreso a Inglaterra hasta su muerte. Dewar estaba casi convencido de que, de existir, la conexión entre Skinner y Maddock debería de haber tenido lugar antes de 1905 o después de 1919. No obstante, esta última posibilidad podían descartarla. Por discreto que hubiera sido el difunto presidente de Cochinilla Imperial, difícilmente habría podido ocultar al personal administrativo, a sus secretarios personales y a la junta directiva transacciones tan importantes como para empujar a una tercera parte interesada a cometer dos asesinatos con el fin de hacerlas desaparecer. El periodo crucial era incuestionablemente el que abarcaba los años anteriores a 1905, cuando Henry Maddock era un joven aventurero salvaje y carente de escrúpulos decidido a conquistar el continente africano y Aloysius Skinner era... ¿qué? Dewar encendió su pipa y reflexionó.

La vida extraordinariamente discreta del señor Aloysius Skinner

El inspector Dewar era escocés. Nacido en una familia de Dumbartonshire y primogénito de una descendencia de siete hijos y tres hijas, desde muy temprana edad ayudó a su padre a proveer al resto de la familia. De ahí que su educación oficial hubiera estado algo desatendida ya que abandonó la escuela al alcanzar la edad en que la ley lo permitía. Sin embargo, su auténtica educación había continuado en todo momento en sus ratos libres durante el día y cada noche al regresar a casa después del trabajo. Su padre le enseñó de forma casi simultánea a manejar el arado y a leer a Tito Livio, de modo que a la edad de diecinueve años estaba en situación de afrontar el habitual gran salto que dan la mayoría de los jóvenes escoceses. Pidió dinero para el billete de tren y fue a Londres. Al llegar fue directo a casa de un colega de Dumbartonshire que había salido airoso de la misma experiencia varios años antes y allí se alojó durante seis semanas. Se dedicó a averiguar cuáles eran las condiciones y cualidades necesarias para unirse al Cuerpo de Policía Metropolitana y se presentó candidato. Su notorio buen físico y sus conocimientos autodidactas llamaron la atención de las autoridades y poco después fue aceptado como recluta. Su ascenso no fue espectacular pero sí constante y pronto llegó a ser inspector gracias a su valor y tenacidad, su atención al detalle, su perseverancia y su capacidad para estudiar la teoría de la investigación, antes que cualquier otro logro particularmente brillante que hubiera de agradecer a su audacia o su intelecto. No era impetuoso ni voluble como muchos jóvenes de las Tierras Altas. Se aferraba a los hechos y seguía cada caso hasta el final. Como resultado, sus superiores confiaban en él, al tiempo que gozaba del

respeto y la admiración de sus subordinados. Estaba soltero y carecía de distracciones y aficiones al margen de su profesión. Cuando estaba al frente de un caso pensaba tan solo en el caso y soñaba con el caso, que prácticamente le poseía durante las veinticuatro horas del día.

Nada más regresar a la oficina, después de visitar al señor Dennis, el inspector envió un telegrama al cuartel general de la policía de Bruselas solicitando información sobre territorios belgas en África. Luego, tras considerarlo unos instantes, envió duplicados a la policía estatal francesa, portuguesa, italiana y española. Maddock podría haber estado en alguna recóndita colonia de esos países. Dewar sacó entonces un voluminoso atlas de un cajón de su escritorio y buscó el continente africano.

—Mmm, creo que eso es todo —murmuró—. Exceptuando Abisinia y Liberia. De todos modos, allí es posible que ni siquiera haya policía estrictamente hablando.

Entonces sonó el teléfono y lo descolgó al instante.

—Rackham al habla —dijo la voz al otro lado del hilo telefónico—. ¿Puedo subir a verle?

—Por supuesto —respondió Dewar.

Colgó el aparato, cogió varios informes recientes que aguardaban su llegada sobre la mesa y comenzó a hojearlos. La mayor parte eran sobre la infructuosa búsqueda de algún rastro del Buick.

—Nunca pensé que fuéramos a encontrar gran cosa por ese lado —murmuró.

Entonces entró Rackham.

—¿Ha habido algo de suerte?

—Sí y no —dijo Rackham—. He hecho detener a todos esos vagabundos durante las últimas veinticuatro horas y he vuelto a interrogarlos. Ninguno de ellos había oído nada sobre que Sam el Engreído hubiera estado en el extranjero. Él nunca dijo nada sobre el asunto ni habló de ello.

—Por supuesto, pero eso no constituye una prueba definitiva de ninguna de las dos posibilidades.

—No, pero he averiguado una cosa curiosa. Uno de esos hombres sí había estado en Sudáfrica. Fue soldado de un regimiento de caballería durante la guerra de los Bóeres y se asentó allí, aunque no tardó en entrar en barrena y se dio a la bebida hasta tocar fondo. Al menos, eso

cuenta. En cualquier caso, conocía bien a nuestro Sam y jura que nunca estuvo en África.

—Posiblemente sea cierto —comentó Dewar—. ¿Cómo es el sujeto? ¿Tiene algún parecido con Sam?

—Ninguno. En otra época debió ser un hombre fuerte. Hombros anchos y cabello rubio.

—Al parecer en este caso no hay nada seguro. Un hombre capaz de confundir a Henry y Oliver Maddock podría cometer cualquier error. ¿Sabía tu soldado de caballería que era el verdadero objetivo del asesino?

—Se lo pregunté —respondió Rackham, haciendo una mueca—, y se quedó de piedra. Pero juró que no tenía ningún enemigo en el mundo. Y he de decir, Dewar, que no me costó creerle. Tras superar la desagradable sorpresa inicial, no pareció en absoluto asustado ni preocupado.

—De modo que tampoco hemos avanzado gran cosa en esa dirección —dijo Dewar.

—Bien, le deseo lo mejor —dijo Rackham—. Yo he terminado con ello.

—¿Cómo? ¿Le apartan del caso?

—Sí. Ya he hecho todo lo posible con el vagabundo. Tengo que ir a Penzance esta noche por un caso de arsénico. Un asunto relacionado con un herbicida y seguros de vida. Ya sabe a qué me refiero.

—Espero que lo disfrute —respondió Dewar con aire ausente. Y después añadió—: Una cosa. Van Doone es un nombre holandés y por supuesto Sudáfrica está llena de holandeses.

—Y también Java —respondió Rackham.

—Eso es cierto. Ese Van Doone podría ser el eslabón que une Java, África, Maddock y Skinner.

—¿Y el vagabundo?

—¡Ah, el vagabundo! Me estoy volviendo algo escéptico con ese vagabundo. De algún modo no parece encajar en todo esto.

—Nada parece encajar en ningún lado. Buena suerte —dijo Rackham riendo al salir.

Dewar ordenó sus documentos, cerró los cajones del escritorio y se dirigió lentamente a casa. Era famoso entre los agentes más jóvenes de Scotland Yard por ser el último inspector que se marchaba cada noche

y el primero en llegar por la mañana. Dormía con el teléfono junto a la cama y nunca se enfadaba ni se molestaba si le llamaban media docena de veces a lo largo de una noche después de haber pasado veinticuatro horas en pie, recorriendo el duro y ardiente pavimento de la ciudad.

Y lo cierto es que tampoco en esta ocasión se enfadó cuando lo despertaron poco después de medianoche para comunicarle que habían detenido al conductor del Buick y en esos momentos estaba siendo trasladado al cuartel general. Diez minutos después Dewar estaba vestido y pedaleaba en la vieja y herrumbrosa bicicleta que tenía para sus expediciones nocturnas, después de horas de trenes, tranvías, autobuses, y para asuntos que en su opinión no justificaban el gasto de dinero público en una carrera de taxi. Como las calles estaban desiertas, no tardó en llegar a Scotland Yard desde su pequeña casa de Kennington Park Road. El detenido había llegado escasos minutos antes y fue conducido inmediatamente a la oficina de Dewar.

Era un hombre joven, no tendría más de veinte o veintiún años, de aspecto saludable y mejillas rosadas, vestido de forma algo descuidada, aunque con ropa de evidente calidad, y con una actitud despreocupada poco frecuente en los detenidos por Scotland Yard como sospechosos en un caso de asesinato. «Otro paso en falso», se dijo Dewar nada más ver al muchacho. Cinco minutos de conversación bastaron para confirmar su primera impresión. El joven relató con precisión y franqueza sus andanzas durante el día de los hechos, mencionó a media docena de conocidas familias de Shropshire que podían ratificar su identidad como heredero de la mansión Shipton en ese condado y pareció tan entusiasmado con la historia que dijo que iba a contársela a todos sus amigos en cuanto regresara al Trinity College y suplicó en vano que le tomaran las huellas dactilares. Antes de marcharse logró que un Dewar entre divertido y reacio prometiera enseñarle la sede de Scotland Yard en una futura y más conveniente ocasión.

—Eso es todo —se dijo Dewar, pensativo, mientras volvía a montar en su bicicleta y pedaleaba lentamente por el Embankment en dirección a Vauxhall Bridge Road.

La interrupción de su descanso nocturno no le impidió levantarse temprano como de costumbre para estar de nuevo en la oficina justo

antes de las ocho en punto. Había un telegrama de Sudáfrica sobre su escritorio. «Esto confirma —decía— las declaraciones de maddock sobre slickman isaacstein sandbag smith punto iniciamos pesquisas sobre blower punto telegrafiamos a walfisch bay pidiendo información sobre horrabin fin del mensaje».

Después de dos horas de pesado y rutinario trabajo, Dewar estuvo listo para acometer la búsqueda. En primer lugar, visitó Somerset House para investigar los negocios de la Compañía de Desarrollo Colonial. Había sido registrada en otoño de 1904 con un capital nominal de cincuenta mil libras, de las cuales diez mil habían sido suscritas. El presidente de la junta directiva era Ludovic Van Doone, y el director ejecutivo, A. Skinner. No aparecía ningún otro nombre en el documento de registro. La empresa se había fusionado en 1908 con la Compañía de Géneros del Lejano Oriente, en la que de nuevo el presidente era Ludovic Van Doone, y el director ejecutivo, A. Skinner. En 1909 la Compañía de Géneros del Lejano Oriente fue absorbida por la Compañía Anglo-Bátava, que, a su vez, se convirtió en empresa subsidiaria de la que más tarde se llamaría Cochinilla Imperial. Desde 1909 el nombre de Van Doone desaparecía del proyecto.

La siguiente visita del inspector fue a la sede del colosal Banco de Accionistas, que había sido absorbido por la Banca Childs. Fue recibido por el subdirector, que le prometió tener preparadas las cuentas de la Compañía de Desarrollo Colonial para que las revisara si podía regresar en el plazo de dos horas. Dewar hizo tiempo yendo en autobús a la calle Essex. El viaje fue infructuoso. Whittier, Lampton y Whittier había desaparecido hacía mucho tiempo, no solo de su sede en Essex, sino al parecer de todo el universo. Ni siquiera el usuario más antiguo del bloque de oficinas, instalado en el número 314, recordaba su nombre. Una empresa de papelería legal situada en Chancery Lane tuvo la amabilidad de revisar sus libros de cuentas más antiguos y descubrió que la procuraduría Whittier, Lampton y Whittier había desaparecido, tras la bancarrota de su último socio sobreviviente, en 1912. El nombre de dicho socio era Alfred Lampton.

Dewar paseó lentamente por Fleet Street, recibiendo codazos y empujones de la multitud apresurada que en aquella ajetreada calle no parecía tener ni un momento de respiro. Contables sin sombrero, abogados, periodistas, mecanógrafos; todos tenían una cosa en común:

iban con prisa. Dewar se detuvo en la acera y miró con aire ausente a un anciano que salía impaciente de las oficinas de una agencia de seguros con un legajo de papeles en la mano.

—Si cayera muerto ahora mismo en plena calle —murmuró el detective—, me pregunto cuántas personas podrían decirme a qué se dedicaba ese hombre hace veinticinco años. Me pregunto si alguien lo sabe. Este negocio es capaz de aturdir a cualquiera.

Miró su reloj y continuó caminando para llegar al banco transcurridas exactamente dos horas. Las cuentas de la Compañía de Desarrollo Colonial estaban listas.

Como había pensado, las cuentas se centraban exclusivamente en gastos, con la excepción de un depósito inicial de diez mil libras y una cantidad variable en concepto de intereses que se ingresaba en la misma cuenta del depósito.

—La compañía no parece haber hecho grandes negocios —comentó Dewar al contable a cargo de los libros—. Veamos adónde iba el dinero.

Descendió deslizando el dedo por la columna de gastos, deteniéndose cada vez que llegaba a una cantidad importante.

—Ciento treinta a Whiteleys en concepto de mobiliario de oficina. A Hope, Charteris y Batten... alquiler, por supuesto. El salario de Skinner. Bonificación del siete por ciento para Van Doone. ¿Cómo es posible que pagaran bonificaciones si no hacían negocio alguno? De nuevo el salario de Skinner... Vaya, esto es sin duda insólito.

Dewar miró al contable.

—¿Qué opinión le merece una empresa que alquila oficinas y paga el salario de un director y después no hace nada más?

—Yo diría que es algo muy extraño, señor —respondió el contable.

—Opino lo mismo —replicó el inspector, al tiempo que cogía su sombreo y su bastón—. Muchas gracias por tomarse tantas molestias.

Tomó el metro y llegó rápidamente desde la City hasta Kensington, donde volvió a encontrarse con el apergaminado señor Elphinston, que estaba de buen humor.

—Dijo usted que no encontraría la carta de presentación —graznó con aires de venerable alborozo—. Oh, sí. Lo hizo. Puede fingir ahora que no, pero lo hizo. Y la he encontrado. ¿Le he hablado sobre el joven Crink Anderson? Le llamábamos Crink porque, porque... Vaya,

¿por qué demonios le llamábamos Crink2? Sé el motivo tan bien como mi propio nombre. Oh, sí. Es porque era de Harrogate. ¿O era de Taunton? De cualquier modo, fue en el sesenta y dos.

—Pero la carta de presentación... —dijo Dewar, aprovechando hábilmente una pausa del Néstor malayo para recuperar el aliento.

—Aquí la tiene. Siempre lo encuentro todo. Las palabras que escribió Van Doone —sentenció al tiempo que le entregaba otro papel amarilleado por el tiempo.

—¿Qué sabe usted de Van Doone, señor? —preguntó Dewar, antes de empezar a leer.

—El viejo Van Doone —repitió el anciano con brío—. Era un holandés condenadamente rico. No era mal tipo para ser holandés. Pero rico, condenadamente rico. Ya murió. Hace veinte años o más. Le conocí en Singapur. Tenía grandes ideas.

—¿Dónde vivió?

—¿Dónde vivió? En todas partes. Londres, Róterdam, París. Un gran hombre, como le digo. Pregunte en el Consulado holandés.

El señor Elphinston acometió entonces la narración de una larga anécdota sobre una magnífica partida que había tenido lugar hacía cincuenta años en una plantación perdida en mitad de la nada, y entretanto Dewar aprovechó para leer la misiva. Estaba fechada el 1 de diciembre de 1906, en el 240 de Holborn, y decía simplemente:

> Estimado señor Elphinston:
>
> Le escribo únicamente para presentarle a mi amigo, el señor A. Skinner. Estoy seguro de que le caerá bien.
>
> Atentamente,
> Su humilde servidor,
> L. VAN DOONE

Dewar se escabulló en cuanto le fue posible sin dejar a un lado los buenos modales y se dirigió al Consulado holandés. Sin embargo, la oficina estaba cerrada, por lo que le recomendaron volver a la mañana siguiente. Todos los funcionarios de mayor rango estaban ocupados y los jóvenes no podían ayudarle. Después de abandonar el consulado se dirigió a una cabina telefónica y buscó en la guía el nombre de

Lampton. Quizá no fuera más que una vana esperanza, pero Dewar tenía por norma no buscar nunca una dirección sin haber comprobado antes si estaba o no en la guía. La experiencia le había demostrado que en aquel libro aparecía gente de todas clases. Y, en efecto, había un Alfred Lampton, reseñado como «comisionista» y residente en el 291 de la avenida Shaftesbury.

—De procurador en bancarrota a corredor de apuestas —murmuró Dewar—. Me pregunto si se trata del mismo hombre. Cien contra uno a que no. Aunque sería un buen título para un libro.

Sonrió para sí mismo y corrió a subirse a un autobús que iba en dirección a la avenida Shaftesbury. El edificio con el número 291 tenía varias placas de latón en la entrada. Entre los nombres estaba el de Alfred Lampton, comisionista, con oficina, al parecer, en la cuarta planta. Dewar subió los cuatro tramos de escalones de piedra, llamó a una puerta con un letrero que decía «A. Lampton. Consultas» y entró.

Se trataba de una estancia pequeña cuyos únicos ocupantes eran una muchacha de cabello increíblemente rubio que aporreaba sin cesar las teclas de una máquina de escribir y un joven de origen judío con espinillas en la cara, cuyos apuntados zapatos de cuero acharolado brillaban tanto como su pelo engominado. Estaba sentado en el borde de la mesa de la mecanógrafa leyendo una revista de carreras de caballos. Ambos alzaron la vista cuando entró Dewar y ambos lo miraron con cierta aprensión. La chica dejó de teclear.

—¿Sí, señor?

—¿Puedo ver al señor Lampton? —preguntó Dewar, señalando con un movimiento de cabeza la puerta interior que ponía «Privado».

—¿Tiene usted cita?

—No.

—¿Su nombre, por favor?

—Dewar.

—¿Y el motivo de su visita?

—Es privado.

La chica se dirigió al despacho, abrió la puerta de tal modo que Dewar no pudo ver nada del interior y entró. «Lo ha hecho antes», pensó el detective con cierta admiración.

Poco después la mecanógrafa salió con la misma discreción y dijo:

—Por favor, necesito saber el motivo de su visita.

—Gracias, señorita —respondió Dewar afablemente y cruzó sin más la habitación hacia la puerta cuya placa decía «Privado».

Estaba cerrada con llave.

—Muy hábil —comentó, y salió de nuevo al rellano y se detuvo frente a la puerta.

No había nadie en las escaleras. El despacho interior del señor Alfred Lampton tenía un acceso directo al rellano, pero la puerta también estaba cerrada con llave, de modo que Dewar volvió a la que decía «Consultas».

—¡Oiga! ¿A qué está jugando? —gritó el joven—. Como siga así llamaré a la policía.

—No se preocupe, muchacho —dijo Dewar—. Yo soy la policía.

Dejó una tarjeta sobre la mesa. El joven la cogió, dejó escapar un silbido y se la enseñó a la señorita del cabello oxigenado. Después se volvió haciendo una mueca.

—Lo siento, amigo. El deber es el deber. ¿Qué desea?

—Hablar con el jefe.

El muchacho llamó a la puerta del despacho y gritó:

—¡Un poli quiere verle!

Transcurrieron al menos dos minutos antes de que se abriera la puerta y se oyó:

—Dile que pase.

El señor Alfred Lampton era un caballero de mediana edad y apariencia desagradable. Su ropa era, a partes iguales, ostentosa y descuidada, y sus modales una mezcla de amabilidad y provocación. Esbozó una lisonjera sonrisa ofreciéndole una silla y al mismo tiempo lanzó una furtiva y venenosa mirada de soslayo al detective. «No me gustaría estar a merced de este tipo», pensó Dewar mientras tomaba asiento.

—Bien, ¿qué quiere? —dijo el señor Lampton, mirando en todas direcciones menos a la cara del detective y jugueteando nervioso con una estilográfica. Parecía faltarle el aliento.

—¿El señor Lampton? —preguntó Dewar.

—Sí.

—¿De la procuraduría Whittier, Lampton y Whittier, de la calle Essex?

—No. Ese era mi padre.

—¿Su padre? ¿Y puedo preguntarle, señor, si su padre... eh...?

—No. Murió en 1918. —El hombre empezaba a recuperar la confianza en sí mismo.

—¿Dejó su padre algún documento sobre sus negocios como procurador?

El señor Lampton consideró la pregunta cuidadosamente antes de responder.

—Algunos —admitió por fin.

—¿Podría verlos? —preguntó Dewar.

—Fueron destruidos —respondió el señor Lampton, en el desafiante tono de voz de un hombre que espera que le llamen mentiroso y no está en posición de ofenderse por ello—. Los quemé después de su muerte.

—¿Todos los documentos? —insistió Dewar.

—Todos —respondió el señor Lampton.

—¿No había nada sobre una compañía llamada Desarrollo Colonial? ¿O sobre un hombre llamado Skinner? En fin, todo sucedió hace mucho tiempo —dijo Dewar, cogiendo su sombrero—. Siento haberle molestado, señor Lampton. No se levante; sé dónde está la salida.

Ignorando la mugrienta mano del comisionista, Dewar salió y bajó las escaleras. Se detuvo al llegar a la planta baja, sacó un cuaderno de un bolsillo y lo abrió por la letra «C» del alfabético. En la página encabezada con la palabra «Chantaje», escribió «Alfred Lampton. Comisionista, 291 de la avenida Shaftesbury». Y después, saltando metódicamente a la sección «L», escribió: «Lampton, Alfred. Comisionista, 291 de la avenida Shaftesbury, chantajista».

Desde la avenida Shaftesbury, Dewar cogió el tren, el metro y un ómnibus hasta llegar a una pequeña casa de Cambridge Road, en Putney, donde la señora Ann Croft, ama de llaves de Aloysius Skinner, se había retirado tras la muerte de su patrón.

La señora Croft estaba en casa. De hecho, fue la misma dama quien abrió la puerta. Dewar explicó el motivo de su visita y se disculpó por añadir más preguntas a todas las que la policía le habría hecho ya. Sin embargo, la señora Croft no se mostró en absoluto molesta. El señor Skinner había sido un buen patrón que la había tratado siempre con generosidad en vida y también en su testamento, y ella declaró

enseguida que haría cuanto estuviera de su mano para ayudar a las autoridades a buscar al asesino.

A Dewar le sorprendió agradablemente la discreta inteligencia de la antigua ama de llaves. No era parlanchina ni flemática, y se concentraba en responder a sus preguntas.

—Me gustaría hablar con usted de los primeros tiempos —empezó a decir Dewar, en cuanto estuvo cómodamente sentado en una butaca del salón de la señora Croft—, cuando comenzó a trabajar para el señor Skinner. ¿Hubo algo que llamara su atención de manera especial en la casa?

—Tan solo la tranquilidad, señor. Apenas había visitas y el señor Skinner salía muy poco.

—¿Diría usted que era un hombre sin amigos?

—Sí, señor.

—No tenía amigos, ya veo. ¿Y enemigos?

—Ninguno que yo supiera.

—¿Algún pariente?

—Me decía a menudo que no tenía parientes. Su padre y su madre murieron ahogados durante unas vacaciones cuando él era niño.

—Bien, señora Croft. Debía conocer usted esa gran casa de Wimbledon mejor que nadie. Durante su estancia allí, ¿detectó evidencias de que el señor Skinner temiera a alguien? Quiero decir, ¿encontró alguna vez una pistola o un garrote? ¿Había alarmas antirrobo, candados especiales o cosas por el estilo?

—Nada de eso, señor.

—Pero de haber habido algo lo habría sabido, ¿verdad?

—Solía hacer limpieza general todos los años y desde luego esa clase de objetos no se me habrían pasado por alto, a menos que estuvieran escondidos en algún lugar desconocido para mí. Alarmas no había, de eso estoy segura.

—En cuanto a la gente que solía visitar la casa —continuó el detective—, dijo usted que eran muy pocos.

—Muy pocos, así es.

—Pero algunos sí.

—El que venía con más frecuencia era el secretario del señor Skinner, de la oficina. A veces se presentaba con una caja de documentos para que el señor los revisara, pero no más de tres o

cuatro veces al año. También estaba *sir* Henry Hutton. Creo que era socio del señor Skinner. Y otro hombre de la oficina, el señor Brett.

—Todos esos eran colegas. ¿No tenía el señor Skinner amigos cercanos? ¿No le visitaba nadie con quien pudiera mantener una relación de naturaleza más... íntima?

—¿Íntima? Nadie, señor.

Dewar suspiró y la señora Croft se percató enseguida.

—Siento no poder ayudarle más, señor. Dios sabe que lo haría si pudiera. Pero el señor Skinner era raro en ese sentido. Era muy poco hablador; de ahí, por supuesto, que sepa tan poco sobre él.

El inspector rechazó una taza de té y regresó a Scotland Yard. Sobre su escritorio había un telegrama enviado desde la ciudad de Alberta, Canadá. «Recién recibidos detalles del asesinato de Skinner punto el año pasado cartones similares con los números uno y dos fueron encontrados en la escena de un doble asesinato en este estado punto si esto es de su interés enviaremos más información».

—¿Que si nos interesa? —dijo Dewar en voz alta—. Yo diría que sí.

2 En un dialecto de Gran Bretaña puede significar «doblar», «torcer».

7

La conexión canadiense, números uno y dos

Mientras aguardaba la llegada del telegrama con información de tan vital importancia para el caso, Dewar siguió algunas pistas menores tratando de atar cabos. No había avances en Enfield. Greenlawns seguía clausurada y en apariencia tranquila. El intento de rastrear el coche que había huido después de los disparos contra Oliver Maddock había fracasado. Las huellas entre la maleza, las marcas de la escala de cuerda en el muro y una pequeña mancha de aceite sobre el asfalto reblandecido de la calzada también habían resultado inútiles. Tampoco aparecieron testigos que hubieran visto a personajes sospechosos en la calle o esperando en un coche.

El sargento encargado de esa parte de la investigación dio parte del absoluto fracaso al superintendente Bone. El superintendente miró con aire guasón a su subordinado y dijo tranquilamente:

—No me sorprende. Pero queda bien decir que lo hemos hecho. Los de arriba, ya sabe.

El jefe de la policía de Essen telegrafió explicando que la empresa Krupps de su área manufacturaba pistolas de aire capaces de disparar una bala del calibre de la que asesinó a los dos hombres. Añadía, no obstante, que fabricaban cinco mil al mes.

El Consulado holandés aportó información sobre Van Doone, y a petición de Dewar su contacto telefoneó a Holanda para obtener más detalles. Van Doone había sido un distinguido químico. Profesor de Química en la Universidad de Leyden, había abandonado la enseñanza para dedicarse a la investigación, llevando una vida solitaria en extremo en su laboratorio durante muchos años. Tenía una edad relativamente avanzada cuando decidió lanzarse al mundo del

comercio y dedicarse a asuntos más mundanos. Todo esto lo sabía el cónsul de manera extraoficial. Van Doone había muerto siendo un hombre rico y muy conocido.

Pocas horas después este esbozo de la carrera del holandés fue ampliado por teléfono desde La Haya. Con cincuenta y tres años y sus vastos conocimientos de química, Van Doone se había lanzado de forma repentina al mercado financiero. Ya era un hombre rico por herencia, pero no tardó en triplicar y cuadruplicar su fortuna; y cuando falleció, en 1909, con sesenta y dos años legó un cuarto de millón de libras a organizaciones benéficas holandesas y todas sus patentes a su gestor y socio inglés, Aloysius Skinner. Nadie sabía o parecía saber cómo o cuándo habían llegado a hacerse socios Van Doone y Skinner, aunque según la opinión general el inglés había administrado las diversas empresas de Van Doone mientras el holandés aportaba sus conocimientos técnicos sobre química. En respuesta a la última consulta de Dewar, el secretario del cónsul en La Haya estaba seguro de que el nombre de Van Doone jamás se había visto asociado públicamente con Sudáfrica. Siempre había centrado sus actividades en las Indias Orientales Holandesas.

Dewar reflexionó sobre toda aquella información y decidió exponérsela inmediatamente al superintendente.

—Todo esto aclara un par de puntos, señor —dijo el inspector mirando a Bone, después de contar la historia—, pero que me aspen si son los que necesitábamos aclarar. No nos sirve de nada para ahondar en la vida de Skinner. Es un caso desconcertantemente irritante —añadió, dejándose llevar por el mal humor, algo poco común en él.

El superintendente levantó ligeramente las cejas.

—No pierda los nervios, joven Dumbartonshire —dijo—. Las noticias de Canadá resolverán todos nuestros problemas, o eso espero. Tiene razón sobre esta historia de Van Doone. Explica algunas cosas que no nos importan. Por ejemplo, que la asombrosa ascensión de Skinner se debe a todas esas patentes. Y esa compañía suya de desarrollo de Holborn no es más que una distracción. Debió ser una cortina de humo para llevar a cabo una maniobra financiera en algún otro lado. Debieron pasárselo muy bien esos dos. Un inventor con dinero propio puede disponer de tiempo y recursos ilimitados si sabe administrarse —sentenció, y después añadió con seriedad—: Lo que de

veras me resulta insólito es que no encontremos ni la sombra de una conexión entre Skinner y Maddock. En fin, debemos esperar el cable de Alberta.

—Sinceramente, señor, no se me ocurre qué puedo hacer entretanto —dijo—. Todas las líneas de investigación parecen haber llegado a un callejón sin salida.

El superintendente se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Dónde estaba Skinner cuando conoció a Van Doone? Compruebe las fechas, Dewar. Van Doone tenía cincuenta y tres años cuando empezó a disparar a los pichones del mundo financiero y había cumplido sesenta y dos cuando murió en 1909. De modo que comenzó en 1900.

—Así es, señor.

—Posiblemente, aunque no es seguro, conoció a Skinner en esa época. No pudo haberlo conocido antes siendo un ermitaño, y tampoco mucho después.

—¿Por qué no, señor?

El superintendente suspiró cómicamente y Dewar se arrepintió de haber preguntado.

—El científico ermitaño se convierte de repente en hombre de negocios en 1900. Sabemos que después se asoció con un gestor inglés extremadamente astuto. Es probable, aunque como he dicho no del todo seguro, que ambos eventos coincidieran en el tiempo. Ignoramos cómo se conocieron y es probable que nunca lleguemos a saberlo. Pero al menos podemos estimar que no fue mucho después de 1900.

Hizo una nueva pausa y miró al techo. Dewar pensó que lo más sabio sería no aventurarse a hacer otro comentario. Por fin Bone volvió a hablar:

—Sea paciente hasta que tengamos noticias de Alberta, Dewar. Si de ahí no sale nada, y Dios no lo quiera, podemos probar suerte con el encuentro de Skinner y Van Doone. Hay una pequeña posibilidad de que esos dos conocieran a Skinner durante la guerra sudafricana...

—¡Es una buena idea, señor! —exclamó Dewar.

—Muchas gracias —respondió el superintendente con gran seriedad —. Entretanto podría ir usted al 224B de Grosvenor House y comprobar qué ha pasado con los diamantes de su señoría. Así se distraerá un poco. El caso es una combinación de allanamiento de

morada y robo de caja de caudales. No hay muchos capaces de algo así cuando el allanamiento requiere subir por una fachada, de modo que no creo que sea complicado. Busque al joven Alf Horner. La última vez que supe de él estaba practicando la escalada por una tubería en su jardín. Y de la que sale pregunte a Jones por ese elemento que llegó hace poco de Chicago. He olvidado cómo se llama. Jones sabrá a quién me refiero.

Durante los dos días siguientes Dewar estuvo ocupado llamando a viejos amigos del sur y el este de Londres. El robo de la caja fuerte de *lord* Prenderling había sido llevado a cabo de una forma muy característica, que solo los diez mejores ladrones conocidos por Scotland Yard serían capaces de llevar a buen término. De esos diez, tres estaban en prisión y dos eran demasiado viejos para trepar por la tubería de una fachada con un soplete de acetileno a la espalda. Eso dejaba cinco posibilidades que había que comprobar y Dewar se encargó de hacerlo. Cuatro de los «maestros» tenían sólidas coartadas. El quinto había desaparecido. Dewar regresó al cuartel general y redactó el informe. En adelante ya no hacía falta el experto y el sistema se hizo cargo del resto del procedimiento.

El tercer día llegó un telegrama desde Alberta y el superintendente llamó a Dewar a su despacho.

—Ahí lo tiene, Dewar —dijo Bone enérgicamente, arrojando sobre la mesa varios folios—. A ver qué le parece. Siéntese y tómese su tiempo.

El telegrama decía lo siguiente: «En referencia a su consulta sobre los asesinatos del rancho Stonepipe del 14 de mayo de 1927 punto Edgar Rice de cincuenta y siete años y George Wilton de cincuenta y uno asesinados por personas desconocidas punto el primero de un disparo el segundo de un hachazo ambos marcados número uno y dos respectivamente punto los hombres asesinados eran socios emigrados desde Inglaterra antes de la guerra y muy respetados y queridos en el distrito punto Rice y Wilton eran del sur de Inglaterra y se cree que habían trabajado como jornaleros en granjas de Kent y Hampshire punto Rice era viudo y Wilton soltero el informe completo será enviado por correo fin del mensaje».

—¿Y bien? —dijo Bone cuando Dewar levantó la vista del telegrama—. ¿Qué le parece?

—Parecen formar parte de la misma serie, ¿no cree?

—Lo parece, y mucho. Aunque no debemos fiarnos de las coincidencias. No obstante, supondremos que se trata de la misma persona. —El superintendente bajó la voz y siguió divagando sin prisa —: Por supuesto, están los números, que podrían no significar nada. También está la ausencia de móvil. Es lo mismo en los cinco casos. ¿Por qué acabar con alguien a hachazos a menos que uno tenga muy buenas razones para hacerlo? No hay ni rastro de motivación aparente en estos cinco asesinatos. Además, hay otro aspecto curioso. Los cinco fallecidos pasaban de la mediana edad. Skinner tenía setenta. El vagabundo, si el libro de oraciones era realmente suyo, sesenta y siete; e incluso aunque no lo fuera pasaba de los sesenta. Henry Maddock tiene cincuenta y cinco y ahora estos dos canadienses contaban cincuenta y siete y cincuenta y uno, respectivamente. Ahí tiene un nexo entre todos ellos, que además nos ayuda a corroborar nuestra idea de que sea lo que sea lo que inició todo esto tuvo lugar antes de 1905. Ese problema de geometría, Dewar, ya debería ser más fácil de resolver. Ahora tenemos cinco líneas de investigación. Allí donde confluyan está la solución de nuestro problema.

—No soy capaz de unir dos, como para lograrlo con cinco —dijo Dewar.

—Esta vez lo conseguiremos, muchacho. Rice y Wilton, granjeros del sur antes de la guerra. Encuéntrelos para mí y hágame saber lo que descubre.

Se envió una circular informativa a todos los jefes de policía de los condados del sur y pronto hubo respuesta. Edgar Rice y George Wilton habían trabajado como jornaleros en una granja llamada Spinneys, cerca de Petworth, en Sussex. Varias personas de la vecindad los recordaban bien, incluido el propietario de Spinneys que los había contratado. Dewar solicitó de inmediato a la policía local que reuniera a cualquier hombre, mujer o niño con quien pudieran contactar que recordara a esos hombres. Él mismo iría a Petworth para entrevistarlos.

En total había nueve vecinos que podían aportar información y Dewar se encontró con ellos en la comisaría de Petworth. Los entrevistó uno por uno y a partir de sus variopintas y algo farragosas historias consiguió elaborar un retrato bastante diáfano de la vida y la

personalidad de los dos hombres mientras vivieron en el distrito.

Rice y Wilton habían llegado al lugar en 1909. Desde el principio se convirtieron en un foco de interés. No tenían ni un penique, aunque era obvio que habían vivido tiempos mejores. Eran hombres atractivos y fuertes y todo el mundo se sorprendió mucho cuando pidieron trabajo en Spinneys como simples jornaleros y fueron contratados. Sin embargo, era evidente que sabían lo que hacían y trabajaban bien. Había muchas dudas con respecto a su lugar de origen. De las nueve personas que se presentaron para informar, tres creían que los hombres procedían de más allá de Winchester, dos siempre habían creído que eran de Southampton, tres nunca habían pensado en ello y una estaba segura de que eran originarios de las Tierras Medias.

No obstante, los nueve estaban de acuerdo en una cosa: Rice y Wilton habían evitado mezclarse con la población local. Guardaban las distancias y trabajaban intensamente a diario en un rincón del *pub* La Rosa y el Cardo, siempre pertrechados de papel y lápiz. La mayoría de la gente pensaba que trazaban sus planes para hacerse ricos. Sin embargo, el pueblo nunca lo supo con seguridad, pues el día después del domingo de cosecha de 1911 los dos hombres anunciaron sin aspavientos que emigraban a Canadá y se marcharon sin prisa por la carretera de Southampton con sus escasas pertenencias cargadas a la espalda. Nadie volvió a verlos en Petworth. Cuando el noveno y último vecino de la localidad concluyó su historia y se dirigió a la taberna situada frente a la comisaría, al otro lado de la calle, Dewar tomó asiento y se dispuso a ordenar sus notas. No había nada demasiado útil. El periodo que cubría la información no llegaba hasta los años más importantes para la investigación, anteriores a 1905, y Dewar admitió desanimado que rastrear las vidas de Rice y Wilton sería igual de difícil que en los otros tres casos de asesinato sin móvil aparente. De modo que se limitó a enviar una nueva circular a los jefes de policía, incluyendo esta vez las comisarías del centro del país. Las fechas también serían un poco más concretas. No habría necesidad de perder tiempo buscándolos después de 1909. Dewar estaba escribiendo el mensaje cuando el sargento entró en el despacho con actitud deferente. Esta era la tercera vez en toda su carrera que coincidía con un auténtico inspector de Scotland Yard.

—Le ruego que me disculpe, señor —dijo el hombre—, pero uno de

los testigos, aunque por supuesto no son testigos en un sentido estricto, como usted y yo sabemos, señor..., se ha acordado de algo que había olvidado que recordaba... No sé si me explico, señor.

—Le he entendido, sargento. Que pase.

El sargento regresó con uno de los nueve entrevistados; un anciano de aire sensato, carpintero de profesión.

—Señor, acabo de recordar que hace dos años o más apareció por aquí otro caballero preguntando por Rice y Wilton.

Solo el largo entrenamiento de Dewar y su adusta educación en las Tierras Bajas de Escocia le impidieron saltar de la silla y dar un grito.

—¿Sí? —dijo.

—No sé si es importante, señor.

—Quizá lo sea. ¿Qué aspecto tenía el hombre?

—Era un hombre muy raro. Me fijé en él por su extraño aspecto. Era un tipo grande con cejas muy negras, y tenía la cara más delgada que he visto nunca. No había más que huecos donde debería haber bultos y todo en él parecía negro. Por supuesto, no era negro. Era raro. ¿Sabe qué impresión me dio, señor? Pensé que era un lunático; me miraba de un modo muy extraño.

—¿Qué quería saber?

—Lo mismo que usted, señor. —El hombre hizo una pausa, después añadió—: No, no era lo mismo. Había una diferencia. Si me lo permite, señor, usted parecía estar interesado en saber de dónde habían venido esos hombres. Este otro caballero quería saber adónde habían ido.

—¿Recuerda algo más de él?

El hombre meditó la pregunta y después negó con la cabeza.

—No, señor, me temo que no.

—¿Y dice que eso sucedió hace dos años?

—Dos o tres años.

Dewar sacó su cuaderno del bolsillo, sacó una fotografía de Henry Maddock y se la dio al carpintero.

—¿Se parecía a este hombre?

El carpintero miró la fotografía y respondió rápida y claramente:

—No, señor. Ambos son grandes y con las cejas muy pobladas, pero eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor. Estoy seguro.

Dewar se levantó y extendió la mano.

—Muchas gracias. Le estoy sinceramente agradecido.

El sargento entró en el despacho y ayudó a Dewar a ponerse el abrigo.

—¿Regresa a Londres, señor? —preguntó—. Espero que su visita haya sido provechosa.

—Ha sido inesperadamente provechosa —respondió Dewar conteniendo la emoción.

«El primer golpe de suerte —se dijo mientras el coche ganaba velocidad de camino a Londres—. Al parecer tenemos una descripción del asesino».

El ataque contra Henry Maddock

El superintendente Bone escuchó visiblemente satisfecho el informe de Dewar tras la visita a Petworth. Frotó sus grandes y enrojecidas manos y alzó la voz por encima de su afable tono habitual.

—¡Al fin algo tangible! —exclamó—. Si le digo la verdad, Dewar, muchacho... Entre nosotros y en la más estricta confidencialidad..., los de arriba —dijo señalando con su regordete pulgar en la dirección donde supuestamente estaba el despacho del comisario jefe, dos pisos más abajo—, los de arriba se están poniendo un poco nerviosos. Al parecer, no les preocupa demasiado el asunto de Oliver Maddock, y lo del vagabundo les importa un pepino. Es el asesinato de un magnate financiero a las puertas del Banco de Inglaterra lo que les escuece de veras. Estoy convencido de que no le darían tanta importancia si hubiera sucedido frente a la sede de Lloyds o delante de la casa del alcalde. Es lo del banco lo que se les ha atragantado. Para ellos es sagrado, ¿sabe?

—Entonces, ¿continúo, señor? —preguntó el inspector con actitud flemática.

No entendía por qué les preocupaba tanto el lugar donde habían asesinado a Skinner, aunque sospechaba que Bone le estaba gastando una broma y estaba decidido a no entrar en su juego.

—Sí. Adelante, Dewar. Distribuya la descripción por todas las comisarías y envíela a la prensa. Y pida a los condados del centro y el sur informes sobre Rice y Wilton anteriores a 1909. Y, por cierto, Dewar.

—¿Señor?

—Vuelva a sentarse un momento y compruebe mis fechas. Supongamos que su amigo de Petworth, el de la cara de palo, fue

víctima de una banda formada por Rice, Wilton, Sam el Engreído, Skinner y Maddock un poco antes de 1905.

—Un grupo muy poco armonioso, señor.

—En efecto. Pero no interrumpa, Dewar. Supongamos que el hombre es condenado a perpetua y jura vengarse de sus amigos... Ya sabe, el típico material de melodrama.

—Propio de Montecristo —dijo Dewar, sin poder contenerse.

—¿Cristo? —dijo Bone—. Montague Cristo. No le recuerdo. ¿A qué se dedicaba?

—Es una novela, señor. Discúlpeme.

—Usted y sus libros. En fin, lo liberan tras quince o dieciséis años encerrado. Diecisiete a lo sumo. Eso nos sitúa un poco antes de 1922. Empieza por Rice y Wilton, pero no llega a Petworth hasta 1926. ¿Qué sucedió entretanto?

—Quizá dedicó todo ese tiempo a la búsqueda —se aventuró a decir Dewar.

—No sea idiota.

Dewar pensó con detenimiento.

—Puede que decidiera esperar el tiempo suficiente para dejar atrás su antigua identidad antes de empezar de nuevo. Podría haber pasado varios años en el extranjero para mantenerse apartado de los radares.

—Eso es ingenioso —reconoció Bone—. Y factible. Aunque me parece dudoso. No creo que un hombre que ha esperado dieciséis años para vengarse deje pasar la oportunidad si se le pone a tiro.

—¿Qué piensa usted, señor?

—Que ese hombre no ha estado en ninguna prisión británica. Algunos de esos países remotos son durísimos a la hora de impartir justicia, ¿sabe? Sentencias de hasta treinta y cuarenta años con escasísimas reducciones por buena conducta. Mire el caso en perspectiva, Dewar. Sencillamente apesta a otros países. Sudáfrica, el Congo Belga, Canadá, Holanda, las Indias Orientales Holandesas, una pistola de fabricación alemana. La raíz de todo esto está en el extranjero. De eso al menos estoy seguro.

El teléfono que había sobre el escritorio sonó.

—Responda por mí, ¿quiere, Dewar? —dijo Bone—. Estoy demasiado cómodo para moverme ahora.

Dewar descolgó el auricular y escuchó. Era la voz del sargento de

guardia. Medio minuto después Dewar dejó el aparato diciendo:

—Está bien, Spink.

Y se volvió hacia Bone, que estaba medio acostado.

—Hay noticias de Enfield, señor. Han intentado asesinar a Henry Maddock. Tienen al tipo.

El superintendente bajó los pies de la silla donde los había apoyado y miró a Dewar con aire apático.

—Vaya vaya. ¡Qué desperdicio de trabajo intelectual! Todos nuestros esfuerzos han sido para nada y el asesino ha sido detenido por un policía local. ¿Dónde tienen retenido al hombre?

—En Enfield, señor.

—Adelante, pues. Nos vamos a Enfield. Tengo ganas de preguntarle a ese sujeto de qué iba todo esto. Henry no ha resultado herido, ¿verdad?

—Herida de arma blanca en el brazo.

—¿Un cuchillo? Ha vuelto a los cuchillos, ¿eh?

Consiguió ponerse su inmenso abrigo a duras penas y encabezó la marcha hasta el Embankment, donde siempre había un coche de policía preparado para cualquier servicio.

Dewar no pudo evitar fijarse en que, durante los tres o cuatro primeros kilómetros del viaje, la rosada y despejada frente del superintendente se llenaba de largas arrugas cada vez que fruncía el ceño pensando en algún problema que le preocupaba. Por fin meneó la cabeza y murmuró:

—Es un gran error malgastar tiempo y energía tratando de resolver un acertijo cuando vas a tener una respuesta segura dentro de una hora.

Dewar se sorprendió.

—No pensaba que hubiera nada más que adivinar, señor.

Bone sonrió con expresión benévola.

—Quizá no, Dewar. De todas formas, no voy a preocuparme por ello.

Encendió su pipa y comenzó a hablar sobre la peculiar desaparición de un perista de Aldersgate la semana anterior y el informe según el cual había huido en barco a Sudamérica con un seudónimo. Comentó de manera prolija y con sorprendente minuciosidad el tráfico mundial de diamantes robados y el cambio gradual de la principal ruta de

contrabando Róterdam-Nueva York en favor de una nueva vía de transporte entre Londres y Buenos Aires.

—Y recuerde mis palabras, joven Dewar —estaba diciendo mientras el coche se detenía frente a la comisaría de Enfield—, Aldersgate Aaron se ha ido a Buenos Aires en busca de nuevos mercados, lo que significa que tiene más material del que puede manejar. Es decir, cincuenta contra uno a que tiene en su poder el collar de Mayfield. Bien bien, ya veremos.

Salió fatigosamente del vehículo y los dos detectives entraron en la comisaría. El inspector local esperaba su llegada con el informe completo sobre el ataque.

Hacia el mediodía un hombre se había acercado a la entrada de servicio de Greenlawns. Se presentó como viajante y técnico de la compañía fabricante de Cortacéspedes Grantham y Chelmsford y explicó que estaba allí para revisar el aparato del señor Maddock. Después de acompañar al recién llegado hasta el cobertizo de herramientas del jardín, la doncella regresó a la casa e informó al señor Maddock. Este, siempre interesado en el correcto mantenimiento de las canchas de tenis, cogió su sombrero y fue directo al cobertizo. El ayudante del jardinero, que estaba ocupado atando las guisanteras, presenció la escena. El técnico estaba inclinado sobre el gran cortacésped cuando llegó el jefe. El jefe dijo «Buenos días» con su voz fuerte y vigorosa. Entonces, el otro se dio la vuelta y fue hacia él con un cuchillo. Hubo un breve forcejeo y el desconocido se derrumbó como un bolo en una bolera a los pies de Henry Maddock, que permaneció a su lado pistola en una mano y sin inmutarse por el corte que había recibido en el otro brazo. El ayudante del jardinero cogió un rastrillo y corrió a rescatar a su jefe.

En este punto de la historia el superintendente Bone soltó una seca carcajada y comentó:

—No parece que el jefe necesitara mucha ayuda.

—Tiene razón, señor —reconoció el inspector local—. El señor Maddock es duro como una piedra. No he conocido a muchos hombres así.

—¿Tiene permiso para portar armas de fuego? —preguntó Dewar.

—Sí. Todo en orden.

—Continúe —dijo el superintendente.

—No hay mucho más que decir, señor. El jardinero jefe escuchó la refriega y acudió corriendo y los tres trajeron al hombre hasta aquí y lo acusaron de intento de asesinato.

Bone se acarició la barbilla con aire pensativo y después se volvió hacia Dewar.

—¿Lo he soñado o recuerdo que me contó usted que Maddock había lanzado a un tipo por una ventana hace unos años?

—Así es, señor. Lo hizo.

—Me pregunto si será el mismo.

—Podría ser, señor —dijo el inspector local—. Recuerdo el incidente de la ventana, pero no llegué a ver al sujeto. La descripción era la de un hombre de mediana estatura, con barba, de unos cincuenta años y con un extraño acento. Este hombre es igual, en términos generales, pero sin la barba.

—Maddock no lo denunció en aquella ocasión, ¿verdad?

—No, señor. Ni el hombre denunció a Maddock.

—Pero esta vez lo ha hecho, y de inmediato —caviló Bone—. Bien, vamos a conocerle, inspector. Tráigalo.

El inspector salió y regresó poco después con un alguacil y el prisionero.

El detenido era un hombre fornido, de pecho robusto y unos cincuenta años; pelo rizado, ojos azul claro y un largo y descuidado bigote gris. Su tez era de un tono rojizo oscuro y sus manos excepcionalmente grandes y fuertes. Medía un metro setenta y ocho o un metro ochenta. No parecía malhumorado ni furioso. Estaba tranquilo y seguro de sí mismo mientras miraba con evidente interés a ambos detectives sin decir nada.

—Siéntese —dijo el superintendente.

Y el hombre respondió cortésmente:

—Gracias.

Durante medio minuto, Bone lo examinó de la cabeza a los pies. El hombre no dio muestras de inquietud durante el escrutinio y parecía divertirse examinando a su vez al superintendente.

—¿Cómo se llama? —preguntó Bone cuando dio por concluido el examen.

—Averígüelo —contestó el otro en tono educado y afable.

—¿Por qué atacó a Henry Maddock?

—Averígüelo.

—¿Le lanzó alguna vez desde una ventana?

El hombre hizo una mueca y meneó la cabeza.

—Pero sabe de quién hablo.

—Sí.

—¿Quién era?

—Averígüelo.

—¿Sabe cuál es la pena por intento de asesinato?

—No. Y nunca lo sabré.

—¿Por qué no?

—Espere y verá.

Bone bajó la mirada y observó con atención las botas del prisionero. Después alzo de nuevo la vista y preguntó:

—¿Cuántos años ha cumplido usted en Breakwater[3]?

Aquello pilló al tipo por sorpresa y Bone se echó a reír, casi alardeando de satisfacción.

—Mire eso, Dewar, muchacho. He dado en el blanco. El tipo lleva escrito por todo el cuerpo que estuvo en Breakwater. Tez castigada por el sol, pecho robusto, manos enormes, acento sudafricano... y sin duda es un canalla de los pies a la cabeza. Una combinación irresistible. Breakwater, sin la menor duda. Vamos, señor convicto, puede ahorrarme mucho tiempo si me cuenta toda la historia.

—¿Y por qué habría de ahorrarle nada?

El hombre parecía haberse recuperado.

—Ahí lleva razón. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Cuándo conoció usted a Skinner?

Esta última pregunta resonó en la habitación como un disparo. El tipo no movió ni un músculo.

—¿Skinner? Nunca he oído hablar de él.

—Y entonces ¿por qué lo asesinó?

El prisionero frunció el ceño.

—¿A qué viene esto ahora? Hace mucho tiempo que no mato a nadie.

—¿Cuándo fue la última vez?

—En la guerra inglesa, la que ustedes llaman la guerra de los Bóeres... Fui soldado en nuestra caballería ligera.

—Dígame una cosa, señor convicto —dijo Bone inclinándose hacia

delante y dando unas palmaditas al prisionero en la rodilla como quien está a punto de compartir una confidencia—. ¿Por qué está tan seguro de que no será acusado de intento de asesinato?

El hombre sonrió.

—No va a decírmelo, por supuesto. Pero es obvio. Cuando Maddock averigüe todo lo que usted sabe sobre él se asustará y no presentará cargos ni pruebas, pues de lo contario cometería perjurio. Y sobornará al ayudante del jardinero. Esa es la idea, ¿o me equivoco?

El brillo en la mirada del preso demostró que Bone estaba en lo cierto.

—Muy bien —dijo el superintendente—. Consuélese con eso si quiere. No será acusado de intento de asesinato. Pero estará aquí encerrado hasta que consiga pruebas suficientes para acusarle del asesinato de Aloysius Skinner.

El hombre hizo un gesto de desprecio con la cabeza.

—Déjese de faroles, jefe —dijo—. Soy un pájaro demasiado viejo para asustarme con esa clase de cháchara.

—Y, si no consigo pruebas de eso, esperaré hasta haberle atrapado por disparar a Oliver Maddock.

Bone golpeaba por segunda vez. El prisionero dio un brinco y señaló al superintendente con un enorme dedo.

—¡Ah, no! ¡No lo hará! —gritó—. Nadie me va a acusar de eso. Yo ni siquiera estaba en Inglaterra cuando se lo cargaron.

—Eso tendrá que demostrarlo —dijo Bone.

—Lo haré enseguida. Cuando dispararon a Oliver Maddock yo llevaba dos días en mitad del océano a bordo de un barco de la Union-Castle salido de Ciudad del Cabo.

—Tráigame su archivo del *Times*, por favor —dijo el superintendente al alguacil.

En cuanto llegó el archivo, Dewar buscó rápidamente las noticias náuticas de dos días antes del asesinato de Oliver Maddock.

—¿Qué barco era, señor convicto?

—El Excelsior Castle.

Bone miró a Dewar, que asintió. El prisionero se echó a reír y después hubo un largo silencio.

Entonces Bone se levantó dejando escapar un suspiro y dijo al inspector local:

—Está bien, lléveselo. Vamos, Dewar. Visitaremos Greenlawns.

—Todo mi amor para Harry —dijo el prisionero mirando por encima del hombro mientras lo llevaban de vuelta a las celdas.

3 Prisión de Ciudad del Cabo construida originalmente en 1860 para prisioneros británicos que trabajaban en el rompeolas que permitió edificar el puerto.

El misterioso Peter Hendrick

Los oficiales de policía caminaron en silencio hacia Greenlawns. Al entrar por la puerta del pequeño jardín delantero se encontraron con una escena de gran actividad. Las doncellas abrían contraventanas, dos hombres desatornillaban una reja de hierro —más parecida a un rastrillo con bisagras, como los de las antiguas fortalezas— que protegía la puerta principal de la casa y un par de perros alsacianos enormes devoraban con voracidad la carne de un gran plato colocado en una pequeña parcela de césped. Henry Maddock, con el brazo en cabestrillo y su atractivo rostro arrugado por una sonrisa de satisfacción, dirigía las maniobras desde lo alto de los escalones.

Bone se detuvo un instante para contemplar la escena y después subió la escalinata, seguido por Dewar.

—¡Hola, señor policía! —gritó Maddock afablemente—. Me alegro de verle. Entre y tómese una copa. Traiga también a su amigo. Acompáñenme a la entrada de servicio. Esta aún no está operativa.

Se rio estrepitosamente y bajó los escalones de un salto, aterrizando en el sendero de gravilla. Estrechó la mano a ambos detectives y abrió la marcha alrededor de la casa hasta una puerta lateral. Había una segunda reja de hierro apoyada contra el muro de la casa, justo al lado, y Maddock le dio una fuerte patada al pasar.

—Una vez derrotado el ejército invasor, a desmontar las fortificaciones, ¿no les parece? Adelante.

Invitó a los detectives a tomar asiento en dos cómodas sillas, sirvió dos *whiskies* con soda y abrió una caja de cigarros Corona.

—Bien, caballeros, estoy a su disposición. Inspector, ¿qué puedo hacer por usted?

—Este es mi jefe, el superintendente Bone —dijo Dewar.

—Encantado de conocerle, señor. Dígame en qué puedo ayudar.

El superintendente examinó rápidamente el rostro atractivo, de expresión triunfante y cruel, y después preguntó:

—¿Quién era ese hombre?

—Era Peter Hendrick —respondió el otro enseguida—. El más astuto, falto de escrúpulos y traicionero contrabandista de diamantes que he conocido.

—Mmm, ya imaginé que la cosa iba de diamantes. Pero lo atraparon.

—Sí. Se dejó arrastrar por la ambición y le cayeron quince años en Breakwater.

—¿Recuerda usted por casualidad qué años estuvo encerrado?

—No con seguridad. Pero diría que de 1912 a 1927.

—Bien, señor Maddock. Ahora dígame qué tenía en contra suya.

—Haberme casado con la que él consideraba «su chica».

—¿Esa es la única razón?

Maddock se rio.

—Para un tipo como Hendrick eso es más que suficiente.

Bone reflexionó en voz alta.

—De modo que le guardó rencor durante quince años de encierro en Breakwater y nada más salir atravesó el océano directo a Inglaterra y disparó a su hermano.

—Y después me atacó a mí.

—Cierto. Le atacó con un cuchillo. ¿No le parece un modo algo extraño de proceder?

—¿Qué tiene de extraño?

—Bueno, piénselo detenidamente, señor. Este hombre quiere asesinarle. En el primer intento lleva a cabo un trabajo impecable disparando a su hermano a larga distancia con una pistola de aire comprimido, como una especie de preliminar; y después vuelve a rematar el asunto con una terrible, y yo diría que feliz, chapuza utilizando un cuchillo.

—Gracias, señor superintendente, por precisar lo feliz del suceso —dijo Maddock con una sonrisa—. Tengo dos teorías para explicarlo, aunque imagino que a dos profesionales como ustedes les parecerán más propias de un aficionado.

—Oigámoslas, señor —dijo Bone, poco convencido.

—Bien, la primera es que Hendrick llevaba tanto tiempo rumiando el asunto que cuando al fin vio la oportunidad de vengarse de mí perdió la cabeza de pura excitación y sencillamente actuó sin pensar.

—¿Y la segunda?

—La segunda quizá es un poco más sutil. Es posible que lo viera desde este ángulo: «Dispararle a Maddock sería una forma divertida de vengarme, pero no sabría que he sido yo y eso le restaría gran parte de la diversión al asunto. De modo que antes dispararé a su hermano para que pueda hacerse una idea de lo que le espera. Eso le dará que pensar durante un mes, las pasará canutas y después le mataré».

Maddock apoyó la espalda en la silla y observó los rostros impasibles de los dos detectives.

—¿Qué le parece? —dijo mirando a Dewar.

Dewar mantuvo su mirada y no dijo nada.

Bone asintió varias veces y murmuró:

—Ingenioso, muy ingenioso.

—En cuanto a la ocurrencia de atacarme con un cuchillo en lugar de con una pistola, puede haber una docena de razones.

—Me gustaría ver al ayudante del jardinero —dijo Bone, y Maddock alzó sus pobladas cejas.

—Por supuesto. Iré a buscarle.

Maddock fue hasta la puerta lateral y los detectives oyeron su voz estentórea.

—¡William, ven aquí un momento!

Regresó con el ayudante, un hombre de mediana edad y baja estatura que empezó a pasear nervioso por la habitación nada más entrar, mirando a Bone y a Dewar con aire preocupado y vacilante.

—Venga aquí, hombre —dijo el superintendente en tono tranquilizador—. Solo quiero hacerle una pregunta. ¿A qué distancia se encontraba usted del señor Maddock cuando ese hombre le atacó?

El jardinero meditó unos instantes y respondió con voz ronca:

—A unos veinte metros, señor.

—Gracias. Eso es todo.

El jardinero miró desconcertado a los tres hombres y volvió a marcharse.

—Y ahora el jardinero jefe, por favor —dijo Bone.

Maddock salió por segunda vez y gritó un nombre antes de regresar

en compañía del responsable de la jardinería de la finca. Este empleado no tenía nada que ver con su subordinado. Caminaba despacio y hablaba de forma pausada. Estaba a todas luces tranquilo, sin dejar de mostrarse respetuoso. Su mirada era apacible, casi indiferente, mientras observaba a los tres hombres de la habitación.

—¿Es usted John Harding? —preguntó Bone.

—Lo soy —respondió el jardinero, con un fuerte acento de la campiña.

—De Buckinghamshire, sin duda.

—Así es, señor. De Marsh Gibbon, cerca de Bichester.

—¿Lleva mucho tiempo en Enfield?

—El próximo San Miguel hará siete años.

—Gracias, Harding. Eso es todo lo que quería saber.

Con un cortés «Buenos días, señor», el jardinero se marchó.

—Qué extraño —dijo Maddock, riendo—. Supongo que no debo preguntar de qué iba todo esto.

El superintendente ignoró el comentario y observó atentamente los hombros anchos y el fornido pecho de Henry Maddock.

—Debió ser usted muy fuerte en su juventud, señor —comentó—. Al parecer derribó a Hendrick como si fuera un bolo y él no es ningún pajarito.

—Fui boxeador aficionado durante años.

Bone volvió a salirse por la tangente.

—Señor Maddock, ¿qué diría usted si le contara que el día que dispararon a su hermano Peter Hendrick estaba en alta mar a bordo de un transatlántico de la Union-Castle que había salido de Ciudad del Cabo solo cuarenta y ocho horas antes?

Maddock sonrió.

—¿Qué diría? Pues supongo que diría «qué diablos» o «ni en sueños».

—¿No lo creería?

—Desde luego que no.

—¿Hay alguna posibilidad de que nos diga dónde se encontraba entre el estallido de la guerra de los Bóeres y el año 1905?

Henry Maddock respondió con tal rapidez y tranquilidad que Dewar tuvo la seguridad de que esperaba esa pregunta.

—Desde luego que se lo diré. ¿Por qué no iba a hacerlo? Estaba en

el Congo Belga.

—¿Todo el tiempo?

—Todo el tiempo.

—¿Y cuándo abandonó usted el Congo Belga?

—Creo que fue en 1907.

—¿No pudo ser antes?

—No. Posiblemente fuera en 1908.

—Todas esas fortificaciones a las que se refería, señor Maddock —continuó Bone, cambiando de tema inesperadamente una vez más—, ¿tan seguro está de que no volverá a necesitarlas?

—Creo que no le entiendo.

—Lo que quiero decir es si no cree que ese Hendrick pueda tener aliados que tomen el relevo para terminar lo que él empezó.

—Solo me he casado una vez, superintendente. No conozco a nadie más que me tenga esa clase de rencor.

—Gracias, señor Maddock. Creo que eso es todo lo que necesitaba saber. No le haremos perder ni un minuto más de su precioso tiempo. Vámonos, Dewar.

—Tomen otra copa —rogó el hospitalario anfitrión.

Pero Bone rechazó el ofrecimiento.

—Aún tenemos mucho trabajo por hacer —explicó.

De regreso a la comisaría los dos detectives comentaron lo sucedido.

—Bien, Dewar, ¿qué piensa de todo esto? —preguntó Bone.

—Es difícil formarse una opinión hasta que no hayamos comprobado la declaración de Hendrick —respondió con cautela.

—¿No se ha fijado en que hay algo muy extraño en todo esto, Dewar, y que con cada avance del caso parece suceder casi exactamente lo que esperábamos, pero no del todo? Quiero decir, sospechábamos de un convicto vengativo salido de una prisión extranjera o colonial, y de repente aparece. Sin embargo, según Maddock, su sentencia no terminó hasta 1927, lo que elimina la posibilidad de que pudiera asesinar a Rice y Wilton. Entonces Hendrick ataca a Henry Maddock, pero asegura que puede demostrar su coartada contra el cargo de asesinato de Oliver Maddock. Además, la fecha de vital importancia para nosotros, la del encuentro de todos esos hombres, es un poco antes de 1905. Hendrick no ingresó en

prisión hasta 1912 aproximadamente.

—Podría haber estado en prisión dos o más veces.

—Cierto. Pero hay otra cosa. Cuando aparece nuestro peligroso asesino resulta no serlo tanto. No puedo creer que la mortífera y despiadada eficiencia que terminó con la vida de Skinner y los demás tenga algo que ver con el rasguño del brazo de Henry Maddock. Además, hay algo muy extraño en Henry Maddock, ¿no le parece?

—Muy extraño —reconoció Dewar.

—De ningún modo estamos cerca todavía del final de la caza —suspiró Bone. Estaba muy acalorado a causa de la caminata—. Pensé que la captura de ese Hendrick pondría fin a todo esto. Será mejor verle de nuevo.

El alguacil sacó al prisionero de la celda por segunda vez para los oficiales de Scotland Yard.

—Ya estamos aquí otra vez, Peter —dijo Bone jovialmente.

El hombre se limitó a encogerse de hombros.

—Oh, sí, ahora sabemos algo más sobre usted. Dígame, Hendrick, ¿qué opinión le merece el ayudante del jardinero de Maddock?

El efecto de la pregunta en el prisionero dejó atónito al inspector Dewar. Se quedó con la boca abierta y sus ojos azules se abrieron como platos mirándole fijamente.

—*Mynheer* [4], es usted un hombre muy listo —dijo al fin con evidente admiración, y Bone sonrió al oír el elogio—. Ya veo que sabe mucho más de lo que finge saber. Le contaré lo que sucedió en realidad. Henry Maddock, otros tres hombres (cuyos nombres no importan, puesto que ya están muertos) y yo nos asociamos en 1907 para comerciar con diamantes. En 1911 Maddock aceptó diez mil libras de uno de los grandes sindicatos a cambio de denunciarnos a la policía y declarar ante un juez. En 1912, gracias al testimonio de Maddock nos sentenciaron a quince años en Breakwater. Los otros tres murieron. Yo vine a Inglaterra en busca de Maddock.

—¿Para qué? —interrumpió Bone, pero Hendrick sonrió.

—Averígüelo. De todas formas, fue fácil encontrar su rastro gracias a todo el revuelo causado por el asesinato de su hermano. Yo estaba entonces a bordo del Excelsior Castle, como ya he dicho. Me alojé en un hotel y vine hasta aquí. Entré y dije que era técnico de cortacéspedes. Mientras examinaba una de sus máquinas, Maddock

salió de la casa. Tenía un arma en la mano y parecía furioso. Me preguntó qué quería. Le dije que quería dinero para las familias de los tres socios fallecidos. Él fingió pensárselo y entonces llamó al ayudante del jardinero. Los dos se abalanzaron sobre mí y me noquearon. Cuando recuperé el conocimiento, vi que Maddock sangraba a causa de un rasguño hecho con mi cuchillo. Por supuesto la herida era obra suya y para entonces ya tenían lista su historia para estos caballeros de la comisaría.

—¿Por qué no me contó esto antes?

—Porque sabía que Maddock no se atrevería a presentar cargos.

—Pero va a hacerlo.

—Eso es porque está seguro de que me acusarán de asesinato. Pero no lo harán. Tengo una coartada a prueba de bomba.

—He visto caer coartadas tan fuertes como la suya —respondió Bone afablemente.

—Esta no —dijo Hendrick, convencido.

—Está bien —dijo Bone—. Con esto basta por el momento.

En cuanto estuvo de nuevo a solas con Dewar siguió hablando enérgicamente:

—Regresemos a Scotland Yard. Y quizá nuestro amigo el inspector pueda investigar de forma discreta al ayudante del jardinero. Coménteselo, ¿quiere? Dígale que tiene que ser discreto, que no permita que Maddock piense que tenemos algún motivo para dudar de su versión. Debemos verificar tan rápidamente como podamos la historia de Hendrick. Si todo eso es cierto, estamos más lejos que nunca del final de todo esto.

4 «Señor», en holandés.

Una casa sospechosa

La policía de Ciudad del Cabo confirmó la historia contada por Hendrick. George Hollis, Albert Stejnwijk, Jan Pieterson y el propio Hendrick habían sido condenados en 1912 por tráfico ilícito de diamantes y sentenciados a quince años de prisión. Hollis y Stejnwijk habían fallecido en la cárcel y Pieterson había muerto a causa del disparo de un guardia en 1916 durante un intento de fuga. Hendrick había quedado en libertad en 1927. Había dado parte de su paradero periódicamente hasta abril de 1928, tal como exigía la ley, y después desapareció. Un empleado de cubierta del Excelsior Castle identificó al prisionero de Enfield como uno de los pasajeros que viajaban en el transatlántico cuya travesía comenzó dos días antes de la muerte de Oliver Maddock. Entretanto, el cuartel general de la policía belga de Bruselas telegrafió para informar de que Henry Maddock había pasado tres años en una prisión del Congo, de 1900 a 1902, por el asesinato de un mestizo y dos nativos.

En cuanto llegaron estos informes Dewar sacó de su cajón la carpeta con los documentos de todos los asesinatos, decidido a llevar a cabo un nuevo y meticuloso intento de encontrar un resquicio de luz en aquel asunto. Revisó cada informe y leyó lenta y cuidadosamente cada palabra, hasta haber terminado el último telegrama. Después se apoyó en el respaldo de la silla y llenó su pipa.

Lo cierto es que el inspector se sentía algo confuso. Estaba acostumbrado a aferrarse a una pista o a una línea clara de investigación para seguirla obstinadamente hasta el final. Era esta capacidad suya la que le había permitido ascender con rapidez al rango de inspector. Pero en este caso había demasiados caminos abiertos y era esencial tenerlos todos en mente de forma simultánea.

En cualquier momento podía aparecer un nuevo detalle relacionado con alguno de los hechos que ya conocían, pero si no era capaz de recordar cuáles eran esos hechos que ya manejaban posiblemente terminaría pasando por alto algún elemento vital.

Por tanto, se esforzó en memorizar todos los distintos ángulos de la investigación y a continuación volvió a centrarse en los últimos progresos. ¿Qué papel jugaba Peter Hendrick en el caso y quién era el hombre que disparó a Oliver Maddock, puesto que no lo había hecho Hendrick? Posiblemente el asesino era un cómplice de este último. Sin embargo, la policía de Ciudad del Cabo había confirmado que todos sus compinches habían muerto en prisión. Supongamos que uno de ellos no murió en Breakwater, sino que regresó a Inglaterra y disparó a Oliver Maddock. Ese hombre aún seguiría libre. Entonces, ¿por qué estaba tan seguro Henry Maddock de que el peligro había pasado? ¿Por qué había desmantelado tan alegremente todas las «fortificaciones» de Greenlawns? Porque tenía la seguridad de que estaba a salvo del asesino de su hermano. Entonces, concluyó Dewar, Henry Maddock debía saber que el asesino estaba muerto o en prisión. En prisión no estaba. Por tanto, Maddock sabía que estaba muerto. «Posiblemente lo mató y lo enterró en el jardín con la colaboración del ayudante del jardinero —reflexionó—. Maddock no tendría escrúpulos a la hora de hacer algo así. Debo contarle todo esto al viejo Bone. Y eso me recuerda que aún no he recibido el informe de Enfield sobre el ayudante del jardinero».

Llamó a la comisaría de Enfield y le comunicaron que el informe ya había sido enviado por correo.

—Cuénteme lo esencial, inspector. Tengo bastante prisa —pidió Dewar.

—No hay mucho que contar, señor Dewar —dijo el inspector de Enfield—. El hombre es forastero. Llegó a la localidad con el señor Maddock. Apenas se relaciona con la gente de aquí y cuando lo hace no gusta a casi nadie. Es evidente que conoce bien a Maddock y siempre tiene dinero para derrochar. Bebe mucho, sobre todo *whisky*. Pero nunca hemos tenido problemas con él. El jardinero dice que es un completo inútil trabajando. De hecho, es evidente que lo aborrece. Dice que nunca habría aceptado un trabajo con semejante ayudante de no ser por el elevado salario y la dificultad para encontrar empleo de

estos tiempos. La mujer del jardinero está enferma, y él parece dispuesto a tragarse el sapo por dinero. Eso es todo, básicamente.

—Muchas gracias —dijo Dewar, y colgó.

«Todo es sospechoso en esa casa —añadió para sí mismo—. He de ir a ver a Bone».

El superintendente estaba muy concentrado revisando un caso de chantaje cuando Dewar llamó a la puerta de su despacho, pero lo abandonó de inmediato al ver a su subordinado.

—Entre, joven Dewar —dijo—. Sus cinco asesinatos son mucho más importantes que una estúpida condesa que ha sido lo bastante idiota como para escribir cartas de amor a su segundo chófer. ¿Qué hay de nuevo?

Dewar expuso su teoría de que el asesino de Oliver Maddock podría estar enterrado bajo los arriates de Greenlawns. Bone se frotó el cogote con la palma de la mano.

—Es posible —reconoció—; es muy posible. Y desde luego muy ingenioso, muchacho. Dumbartonshire, va mejorando. Pero antes de seguir adelante con una orden de registro y un grupo de excavación debemos reflexionar un poco más. Pensemos en Hendrick. Podría tener otro amigo que no murió en Breakwater y disparó a Oliver Maddock. ¿Es el mismo hombre que apareció en Petworth hace dos años y medio preguntando por Rice y Wilton? Y si es así, ¿qué tenían él y Hendrick contra esos ganaderos ingleses?

El superintendente hizo algo que Dewar nunca le había visto hacer ni había oído que hiciera. Se levantó de la silla y comenzó a caminar fatigosamente de un lado a otro del despacho, haciendo temblar el suelo con sus pasos de elefante.

—¡Este caso tiene algo infernal, Dewar! —exclamó—. No recuerdo nada semejante en mis treinta y cinco años en el Departamento de Investigación Criminal. He investigado decenas de casos de asesinato en los que no había pistas, en los que no había nada a lo que aferrarse, pero nunca me había enfrentado a un caso en el que las pistas aparecen por doquier y ninguna conduce a nada. Empiezo a pensar que nos enfrentamos a algún demoniaco chiflado como Jack el Destripador. Y a pesar de todo me resulta difícil de creer. Por un lado, todo el asunto de Maddock me hace pensar en un caso de venganza. Piénselo. Tenemos toda la parafernalia típica de un melodrama de

esas características. El hombre rico con un turbio pasado, sus amigos traicionados que acaban en Breakwater, el regreso del superviviente y entonces, ¡bum!, el inexplicable gazapo que culmina en el asesinato del hombre equivocado y la coartada a prueba de bomba del asesino más plausible. Es como llevar a cabo el trabajo policial dentro de una pesadilla donde todo parece al mismo tiempo tan apropiado y erróneo como para hacer zozobrar el cerebro más ecuánime. —De repente se detuvo, volvió a sentarse como si se avergonzara de su exabrupto y añadió—: En cualquier caso, es bastante irritante, ¿sabe, Dewar? Y los de arriba se están impacientando con todo esto. La prensa empieza a hacer preguntas sobre nosotros a Scotland Yard.

—Entiendo —respondió Dewar. Y tras una breve pausa continuó—: ¿Tiene alguna sugerencia sobre cómo proceder de ahora en adelante, señor?

Bone meneó la cabeza con aire pensativo.

—Creo que no. Déjeme pensar. Hemos enviado dos circulares, ¿no es así?

—Sí, señor. Una pidiendo información sobre Rice y Wilton y otra con la descripción del hombre de Petworth.

—Pero, aparte de eso, estamos en un callejón sin salida, ¿verdad?

—Exceptuando el jardín de Maddock.

—El jardín de Maddock. Mmm, creo que será mejor dejar eso aparcado durante un día o dos.

Llamaron a la puerta y entró un sargento.

—He terminado la investigación sobre las cadenas perpetuas, señor —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Y los resultados?

—Había siete hombres sentenciados antes de 1905 que no fueron liberados hasta 1925 o más tarde, señor.

Bone se incorporó.

—¿Siete? Son muchos, ¿no le parece?

—Sí, señor. Desde luego es excepcional.

—¿Qué sucedió?

—Condena adicional por intento de asesinato y fuga en todos los casos.

—Cuénteme.

—En diciembre de 1914 cuatro convictos de Princetown trataron

de fugarse durante una tormenta de nieve. Fueron detenidos por dos guardias a los que atacaron con barras de acero y dieron por muertos. Fueron capturados a la mañana siguiente y sentenciados a diez años de trabajos forzados. Sus nombres eran Foster, Box, Fountain y Pearson, que ya cumplían cadena perpetua por asesinato desde antes de 1905. Quedaron en libertad en distintas fechas durante los años 1926 y 1927.

—¿Y los otros tres?

—Una situación similar, señor. Intento de fuga de la prisión de Peterhead, en Aberdeenshire. Tres hombres atacaron a un guardia y huyeron en un bote. Fueron capturados cuando trataban de desembarcar cerca de Fraserburgh. Condenados a siete años de trabajos forzados. Nombres, Anderson y Macwhite, que ya cumplían condenas por asesinato, y Harter, por intento de asesinato. En los tres casos las sentencias eran anteriores a 1905. Fueron liberados en distintas fechas durante 1925 y 1926.

—¿Tiene aquí su informe, sargento?

—Sí, señor.

—Por favor, entrégueselo al inspector. Eso es todo, sargento.

Dewar miró el informe y murmuró los nombres de aquellos desgraciados.

—Me sorprende que sean nada menos que siete —continuó Bone—. Si le soy sincero, cuando pedí el informe al archivo no creí que apareciera ni uno.

—¿Cree que alguno de estos hombres...? —empezó a decir Dewar, pero el superintendente le interrumpió.

—Francamente, no. Como ya he dicho antes, en mi opinión la raíz de todo esto está en el extranjero. En cualquier caso, debemos ahondar en ello. Ponga a un agente a buscar fotografías y descripciones de esos hombres tal como eran cuando salieron de prisión y envíelo a Petworth a visitar a su carpintero. Después lo mejor será que usted mismo revise los juicios uno por uno, Dewar. Si uno fuera el hombre que buscamos es más probable que descubra usted alguna conexión que si dejamos la tarea en manos de los del archivo. Dudo que vayamos a encontrar nada, pero al menos tendremos algo que contar cuando haya que dar parte a los de arriba.

Dewar regresó a su despacho, pidió al Departamento de Archivos la

documentación que necesitaba y se sentó dispuesto a estudiarla. Dos de los hombres, Foster y Macwhite, habían asesinado a sus novias en sendos ataques de locura provocados por los celos. Pearson había asesinado a una joven por no querer ser su novia. Fountain había matado a un hombre durante una pelea callejera en un suburbio de Sheffield y había alegado defensa propia, por lo que le habían rebajado la sentencia, pero no conmutado la pena. Harter había sido condenado a catorce años por disparar a un policía, que no murió a causa de las heridas, al ser sorprendido durante un robo en el barrio de Hatton Garden. Box había asesinado a un joven porque sospechaba que había seducido a su esposa. Y, por último, Anderson había sido pillado en flagrante delito tratando de robar en un piso de Glasgow; escapó tras propinarle un puñetazo en la mandíbula al propietario, pero el hombre se golpeó la cabeza al caer y falleció en el acto.

Este era el ordinario catálogo de crímenes que contenía el fichero. Dewar se centró en los polvorientos dosieres que contenían los archivos de los juicios y los leyó detenidamente en busca de la palabra, la frase, el nombre o la ocupación que pudiera relacionarlos con Henry Maddock, con el vagabundo, con Aloysius Skinner, con el misterioso Van Doone, con los criadores de ovejas emigrantes, con Peter Hendrick, con la Compañía de Desarrollo Colonial, con la prisión de Breakwater o con cualquier otra pieza del puzle.

Leyó durante dos horas sin interrupción, desde la primera a la última palabra de los informes de los siete juicios. Después pidió que le trajeran unos sándwiches y una taza grande de café solo y los leyó por segunda vez. No había nada, absolutamente nada, en ninguno de aquellos siete sórdidos relatos que tuviera la más mínima relación con lo que buscaba.

Dio parte de su fracaso a Bone, que se encogió de hombros y dijo:

—No me sorprende. ¿Ha enviado las fotografías con las descripciones?

—Sí, señor.

—Será mejor que envíe también a un hombre con ellas a Petworth, aunque no creo que sirva de mucho. ¿Sigue sin haber noticias de Rice y Wilton?

—Así es, señor.

—Telegrafíe a Alberta con la descripción de Petworth y pregunte si

alguien recuerda haber visto a un hombre así.

—Sí, señor.

Bone meditó un instante y miró a Dewar sonriendo.

—Parece que después de todo tendremos que excavar el jardín de Maddock.

11

El cuerpo bajo los arriates

Había pasado más de un mes desde que un respetable invitado en una respetable reunión vespertina en una finca de las afueras de Londres muriera asesinado de un disparo en una silla de jardín y casi tres meses desde el asesinato del presidente de la compañía Cochinilla Imperial mientras estaba detenido a bordo de un taxi en un atasco frente a la sede del Banco de Inglaterra. El público, que al principio se había mostrado entusiasmado, empezaba a inquietarse. La posibilidad, por pequeña que fuera, de no poder disfrutar de un juicio sensacionalista por el asesinato de un personaje de primera fila resultaba cuando menos irritante para una población ávida de escándalos; si bien, por lo general, la manera de expresar este genuino sentimiento de decepción era decir «es terrible pensar que hay asesinos así sueltos por ahí». Y ahora, a medida que transcurrían las semanas sin el arresto o la detención de un solo sospechoso, la impaciencia del público era cada vez mayor. Al principio, el arresto de Hendrick pareció un avance importante, pero el extraficante de diamantes probó su sólida coartada y solo fue acusado de intento de asesinato. La opinión pública mostró su indignación por este último suceso. Al hombre de la calle no le resultó difícil descubrir al instante la trampa en la que habían caído los detectives profesionales, inevitablemente conservadores y siempre estrechos de miras. Hendrick era sin la menor duda el asesino y la coartada debía de ser el resultado de un ingenioso fraude. Pero la policía insistía en aferrarse a aquel espejismo y la gente sacudía la cabeza incrédula.

El inspector Dewar había llegado a un callejón sin salida. El sargento había llevado a Petworth las fotografías de los siete convictos y se las había mostrado al carpintero. Este último había eliminado

inmediatamente a Harter porque tenía la cara demasiado redonda. Perplejo, había dudado sobre las otras seis, incapaz de decidir, hasta que finalmente tuvo que admitir que no estaba seguro. Los seis eran delgados, de una delgadez extrema y peculiar, de pelo oscuro y ojos amenazantes. El misterioso desconocido tenía esa clase de mirada. El sargento regresó con su informe para Dewar.

—Otro fracaso, ¿verdad? —dijo el inspector, tras conocer la indecisión del carpintero—. Pero en cierto modo parece que estuviéramos en el buen camino. Buscamos a un condenado a cadena perpetua. El hombre que recuerda el carpintero tenía el mismo aspecto que estos seis. Es extraño. La primera idea del viejo Bone podría ser la mejor. El hombre puede haber salido de un penal extranjero. En cualquier caso, eso tampoco nos permitirá avanzar.

Al marcharse, el sargento suspiró hondo y miró por la ventana. Doce semanas sin un solo avance real hacia la resolución del asesinato de Skinner, y al parecer el comisario adjunto y el propio comisario «empiezan a hartarse del problema».

No estaban en la mejor situación. El único que no parecía preocuparse era el viejo Bone. Hacía falta mucho más para preocupar al viejo Bone.

Dewar estaba pensando cuál debía ser su próximo movimiento cuando un agente entró en su despacho para entregarle una nota del superintendente. «Proceda con la excavación en casa de Maddock», decía. «Llévese a Wilkinson y a otros cuatro hombres. Puede recoger la orden de registro en Enfield. J. B., superint.».

Dewar quedó encantado ante la doble perspectiva de tener algo concreto que hacer al tiempo que ponía a prueba su propia teoría. Fue a buscar al sargento Wilkinson, experto en geología y excavaciones, escogió a cuatro hombres y pidió un coche. Al llegar a Enfield hizo una parada en la comisaría para recoger la orden judicial y al inspector y después continuaron hasta Greenlawns.

Henry Maddock los recibió sin objeciones una vez más, pero su actitud había cambiado. Estaba visiblemente preocupado y parecía ansioso por que los detectives se pusieran manos a la obra lo antes posible. No se sorprendió al ver la orden judicial y tampoco ante la idea de que excavaran en su jardín. Ni siquiera preguntó qué esperaban encontrar.

—Sírvanse una copa si a usted o a sus hombres les apetece, inspector. Las bebidas están en el aparador. Sé que podrán perdonarme si no estoy presente durante el trabajo.

Dewar se apresuró a asegurarle que no era necesario en absoluto.

—En estos momentos estoy terriblemente ocupado —continuó Maddock— y es posible que tenga que ir a Londres antes de comer. Toquen el timbre si necesitan algo. Encontrarán palas y toda clase de utensilios en el cobertizo de herramientas.

Salió de la habitación dejando a Dewar desconcertado. No tenía orden de arresto contra Maddock, a pesar de que había ido a su casa con el expreso propósito de encontrar un cadáver en su jardín. Teóricamente, si en última instancia el cuerpo estaba allí, solo podía ser el resultado de un asesinato perpetrado por Maddock y el ayudante del jardinero. Y ahora Maddock se estaba preparando para ir a Londres. Dewar decidió sin más seguir a Maddock hasta su pequeño despacho.

El propietario de Greenlawns estaba enterrado hasta los tobillos en toda clase de documentos, sacando los cajones de su escritorio. Frunció profundamente el ceño al ver al detective y después se esforzó en sonreír.

—¿Desea algo más, inspector? —preguntó.

—Señor, debo pedirle que no abandone la casa hasta que hayamos concluido la búsqueda.

Tras una brevísima pausa, Maddock hizo una leve inclinación y respondió:

—Por supuesto. Es una inconveniencia, puesto que tenía asuntos que resolver en Londres. Pero me doy perfecta cuenta de que la ley es la ley y tengo el deber de colaborar en todo lo que pueda. Me encontrará aquí si me necesita.

—Gracias, señor —dijo Dewar, y regresó junto a sus hombres, que aguardaban preparados en el jardín.

Llevó aparte a uno de los alguaciles.

—Roberts —dijo, apresuradamente—, no le necesito aquí afuera. Entre y vigile a Maddock. Está en su despacho. Haga lo que haga, no permita que se marche. Pero trate de disimular por qué está usted allí. ¿Me entiende?

El hombre asintió y entró discretamente en la casa. Dewar atravesó

el amplio césped hasta el cobertizo de herramientas.

—Bien, Wilkinson —dijo, dirigiéndose al sargento—. Manos a la obra.

El sargento Wilkinson era un experto y, como todos los expertos, sentía cierto desprecio por los aficionados. Cuando sus servicios no eran requeridos estaba sentado en su pequeño despacho de Scotland Yard leyendo tratados científicos de geología y mineralogía. Raras veces salía a resolver un caso. Los casos acudían a él. Era como un especialista de la calle Harley[5]. A menudo aportaba su opinión sin abandonar su pequeña guarida. Pero ocasionalmente salía para llevar a cabo una demostración práctica de sus habilidades. Esta sería una de dichas demostraciones. Sacó de los bolsillos dos voluminosos rollos de cordel y un paquete de piquetas. Entregó los rollos a los tres alguaciles y al inspector local, indicándoles que sujetaran cada uno un extremo de cordel; después, formando dos parejas, se situaron frente a frente a lo largo de uno de los muros, de tal modo que los cordeles extendidos en paralelo delimitaban una franja de césped de un metro de ancho que abarcaba toda la longitud del jardín. El sargento Wilkinson comenzó entonces a caminar lentamente sobre la hierba con las manos a la espalda y sin levantar la mirada del suelo. Al llegar al final indicó a los agentes que se desplazaran un paso hacia un lado y repitió la misma operación. De cuando en cuando se detenía y se ponía en cuclillas, y en cuatro ocasiones clavó en el suelo una pequeña piqueta. Después de revisar todo el jardín examinó cuidadosamente los macizos de flores y clavó otras dos piquetas junto a uno de los arriates. Por último, caminó hasta donde Dewar estaba sentado sobre un rodillo para césped y dijo:

—Ya lo tiene, señor. Seis posibles lugares.

Dewar se levantó de un salto, cogió una pala del cobertizo y atravesó ansioso el jardín hasta donde estaba la primera piqueta. Finalmente, su teoría sería puesta a prueba a conciencia. El sargento Wilkinson se sentó en el rodillo, ahora vacío, encendió su pipa y sacó del bolsillo de la chaqueta un pequeño tratado alemán sobre subsuelos. Su tarea había terminado. El trabajo físico que tendría lugar ahora no le concernía, excepto para indicar a los operarios cuándo debían parar.

Dewar y sus cuatro colegas excavaron durante diez minutos en la

primera piqueta, hasta que Dewar gritó:

—¡Wilkinson!

—¿Señor?

El experto señaló la página del libro que estaba leyendo con el dedo índice, caminó hasta los cavadores y observó el hoyo que habían hecho.

—No puede ser aquí. Es suelo virgen —dijo.

Regresó a su asiento sobre el rodillo y esperó a que volvieran a solicitar sus servicios.

Con la segunda, tercera y cuarta piquetas tampoco hubo resultados y hasta que hubieron cavado un metro bajo la quinta marca del geólogo, en el arriate, no encontraron el cuerpo.

En cuanto Dewar vio que la búsqueda había tenido éxito tiró su pala y se dirigió al inspector local:

—Inspector, llévese a dos agentes y detenga al ayudante del jardinero. Será mejor que le acompañen también los demás hombres del servicio que encuentre en las dependencias. Draper, usted venga conmigo a buscar a Maddock. Ahora, deprisa.

Atravesó rápidamente el jardín en primer lugar en dirección a la casa, entró por la puerta lateral y fue directo al despacho. Henry Maddock era un hombre peligroso que solía portar armas de fuego y tendría pocos escrúpulos a la hora de usarlas. No obstante, Dewar y el alguacil Draper no vacilaron ni un instante. Ninguno de los dos iba armado, pero entraron en el despacho como quien va a tomar el té.

Dewar se detuvo en el umbral. El agente Roberts estaba tendido en el suelo a la larga con una fea herida en la frente y olía ligeramente a cloroformo en la habitación. Henry Maddock había desaparecido.

—Ocúpese de Roberts —ordenó Dewar a su ayudante, y corrió hacia el teléfono.

El aparato estaba hecho añicos. A su lado, en el suelo, había un atizador.

Dewar miró su reloj. Habían pasado casi dos horas en el jardín.

—Draper, ¿está vivo? —preguntó, ansioso.

—Sí, señor. Tiene pulso, señor.

—Bien, le dejo con él. Llévele lo antes posible a un hospital o a la comisaría y póngame al día sobre su estado en cuanto regrese.

Salió rápidamente al jardín y se encontró con otro de los agentes,

que corría hacia la casa.

—No hay ni un alma en toda la finca, señor —dijo jadeando.

—Lo imaginaba. ¿Dónde está el inspector?

—Abajo, en el sótano, señor.

En ese momento apareció el inspector local procedente de la cocina.

—¡Se han marchado todos, señor! —gritó.

—Yo también me voy —chilló Dewar—. Dejo todo esto bajo su supervisión, inspector. Detenga a cualquier sospechoso.

Corrió hacia el portón de entrada de Greenlawns y esprintó carretera abajo en dirección a la comisaría de policía. En apenas cinco minutos estaba hablando por teléfono con el superintendente Bone y menos de un cuarto de hora después habían transferido a todas las comisarías la orden de detención contra Henry Maddock y el ayudante del jardinero.

5 Calle londinense donde se concentra una gran cantidad de consultorios médicos privados.

12

Pobre Jan Hendrick

El inspector Dewar estaba eufórico por el hallazgo en el jardín de Greenlawns y su entusiasmo no disminuyó en absoluto a causa de la huida de Maddock y su cómplice. Después de todo, su desaparición solo era algo temporal. Maddock era demasiado conocido para evadir a la policía durante mucho tiempo. Había numerosas fotografías y huellas dactilares disponibles y su captura solo era cuestión de días. La captura de su cómplice sería más difícil, pues en comparación su aspecto era bastante corriente. Y, en cualquier caso, resultaría más complicado encontrar cargos sólidos contra él. No, lo cierto es que el ayudante del jardinero no era una pieza importante para resolver el puzle. Henry Maddock era el hombre que necesitaban. En cuanto al cuerpo encontrado en el jardín, permitiría poner fin, reflexionó Dewar mientras regresaba en coche a Londres, a la desconcertante serie de crímenes y al enfado de sus superiores por el persistente fracaso al descubrir al asesino de Skinner. Y según su propia lógica había sido él quien llevó a cabo el descubrimiento. Con razón estaba eufórico.

También el superintendente Bone se mostró encantado cuando Dewar le presentó su informe.

—Lo ha hecho bien, Dewar —dijo—. La culpa de que se escaparan es mía por no darle órdenes explícitas, y yo mismo se lo explicaré a los de arriba. La verdad, joven Dewar, es que he metido la pata. No le ordené detener a Maddock porque en ningún momento llegué a creer que encontraría nada. Pero estaba usted tan ansioso por poner a prueba su teoría que pensé que lo mejor sería demostrar lo contrario cuanto antes para que se centrara en otra cosa. Y ahora va y demuestra que estaba en lo cierto, lo cual es una prueba más de su inteligencia, aunque mi orgullo de investigador salga resentido de

todo esto. En cualquier caso, hablaré de usted con el comisario. Lo mejor será que se encargue personalmente de cerrar todo el asunto. Regrese a Enfield. Que le acompañe el forense de la división y lleven a cabo la identificación. Déjeme a mí a Maddock y su compinche.

Dewar regresó a Enfield una vez más y revisó los documentos de Maddock mientras el doctor examinaba el cadáver. Había pocas cosas de interés. Dewar revolvió arrepentido una enorme pila de cenizas de la chimenea del despacho. Era evidente que el fugitivo había visto venir el golpe y llevaba varios días preparando su huida. Los documentos que habían sobrevivido a la purga eran principalmente facturas, recibos, notas en las que se aceptaban invitaciones a fiestas y algunos sobres de color púrpura, rosa o verde muy perfumados y con direcciones y remites escritos con una fluida caligrafía femenina.

Dewar registró minuciosamente toda la casa y llegó a la conclusión de que todos los documentos de interés habían estado en el despacho. Maddock era un pájaro demasiado curtido para dejar pruebas desperdigadas por toda la casa. La búsqueda no obtuvo ningún resultado. El siguiente paso era tratar de encontrar a todo el personal; cocineras, doncellas, chóferes y criados que hasta hace poco se ocupaban de Greenlawns y atendían sus numerosos eventos. Por suerte, la mayoría eran vecinos de la localidad y aparecieron enseguida y facilitaron toda la información que poseían. No era demasiada. Una semana antes habían recibido el salario de un mes, acompañado de una notificación de despido inmediato. En cierto modo Maddock había llegado a gustarles, aunque todos admitieron tener «impresiones encontradas» en su presencia. Solo uno de ellos, el jardinero jefe, tenía alguna información concreta que aportar. Proporcionó una descripción detallada de su subordinado. Lo aborrecía, y aseguró que tan solo había permanecido en Greenlawns porque el salario era muy bueno. En primer lugar, el ayudante del jardinero no sabía absolutamente nada de jardinería; en segundo lugar, casi nunca hacía lo que le ordenaba; y por si eso fuera poco solía hablar con el jefe en un idioma extranjero peculiarmente gutural y siempre en un tono de excesiva confianza.

De hecho, concluyó el jardinero jefe satíricamente, como jardinero solo servía para empujar el rodillo del césped y como hombre para darle a la cerveza. El hijo y la hija del patrón se habían marchado,

posiblemente a Brighton, y Dewar telegrafió a la policía de esa localidad para solicitar que los buscaran y vigilaran con discreción. Era probable que el fugitivo se comunicara con sus hijos. Cuando concluyó todos estos trámites, el forense ya tenía listo el informe.

El cuerpo encontrado bajo el arriate del jardín era el de un hombre de mediana edad, de entre cuarenta y cinco a cincuenta y cinco años. Llevaba muerto de ocho y diez semanas. El especialista fue incapaz de hacer una estimación más precisa. El hombre había sido golpeado en la cabeza repetidas veces y tenía el cráneo fracturado. Tenía un diamante tatuado en el antebrazo derecho y una bailarina semidesnuda en el izquierdo. En algún momento de su vida se había roto dos costillas que no habían llegado a curarse correctamente, tenía la pierna derecha atrofiada a causa de una terrible herida sufrida hace años y le faltaba un dedo de la mano derecha. El resto del informe del forense eran tecnicismos y Dewar lo leyó con rapidez. Después anotó los principales detalles y preguntó al sargento que estaba de guardia en la comisaría si podía ver a Peter Hendrick.

Pocos minutos después el sudafricano llegó escoltado a la habitación. Estaba más tranquilo que nunca y miró a Dewar de forma casi apacible.

—Bien, Hendrick —dijo el inspector—. ¿Cómo está? ¿Todo bien?

—Muy bien, gracias —respondió lacónicamente—. ¿Dónde está su amigo, el gordo?

Dewar no pudo contener una sonrisa y dijo:

—Está usted en prisión preventiva, ¿verdad?

—Prisión preventiva de una semana. Hasta mañana.

—Mañana será puesto en libertad, Hendrick.

El sudafricano no se inmutó.

—¿Sabe por qué?

—Sí. No hay pruebas contra mí.

—¿Le ha hablado alguien sobre Maddock?

—No. Desde el principio he sabido que ese puerco no se atrevería a declarar contra mí.

—¿Conoce a algún hombre con un diamante tatuado en el antebrazo izquierdo?

Hendrick entrecerró los ojos y tardó un poco en responder.

—No.

—¿O con una bailarina en el derecho?

—Decenas de ellos.

—Pero ninguno con ambos tatuajes.

Hendrick dudó de nuevo y después, de repente, exclamó con la voz rota y muy distinta a su habitual tono firme y confiado:

—Por Dios santo, inspector, ¿no estará confundiendo los brazos?

Dewar miró sus notas.

—Tiene razón, Hendrick. El diamante en el derecho y la mujer en el izquierdo.

—¿Y cojo de una pierna?

—Sí. ¿Le conocía?

—Sí.

—Está muerto, Hendrick.

—Lo sabía, lo sabía —murmuró el sudafricano.

Se irguió de hombros y trató de recuperar su tono de voz firme y tranquilo.

—¿Puede contármelo, inspector? Verá, es posible que se trate de mi hermano.

Escuchó el relato de la búsqueda en el jardín y el descubrimiento del cadáver y después volvió a hablar:

—Mi hermano se rompió dos costillas cuando Maddock lo tiró por la ventana.

Dewar asintió.

—¿De modo que ese hombre era su hermano? Conozco la historia. Háble me de él.

—Era más joven que yo, siete años más joven —respondió Hendrick, haciendo un esfuerzo evidente por controlar sus emociones —. Quise impedirle entrar en el negocio del tráfico de diamantes. Demasiado peligroso. Pero era un muchacho indomable y no me hizo caso. Vendió armas en Angola a todo aquel dispuesto a comprarlas. Era muy lucrativo. Después Maddock se enteró y entró en el juego. Finalmente se repitió la misma historia. Se expusieron demasiado y Maddock los vendió. Mi hermano escapó a Rodesia y desde allí cruzó a Somalia. Sus amigos fueron detenidos y su mujer murió de hambre o porque se le rompió el corazón. Durante la guerra combatió con Botha y Smuts. Después vino a Inglaterra para buscar a Maddock. Y lo encontró.

—Tiene suerte —dijo Dewar— de no estar en el mismo lugar que su hermano.

Hendrick asintió.

—Supongo que me salvó la aparición del jardinero. De no ser por él habrían acabado conmigo. Por eso tuvieron que inventarse una historia sobre mí.

—¿Por qué llevaba un cuchillo?

—La costumbre. Siempre llevo uno, aunque nunca lo he utilizado. Nunca tuve motivos para hacerlo hasta ahora.

—¿Hasta ahora? —preguntó Dewar, abruptamente.

—Ahora sí los tengo. Eso es todo.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué pretende?

Pero Hendrick se limitó a sonreír y dijo con aire ensimismado:

—No tiene importancia.

Dewar se dio cuenta de que era inútil insistir y volvió a hablar sobre el muerto:

—¿Puede darme algunas fechas de la vida de su hermano? Nacimiento, etcétera.

—Nació cerca de Pretoria en 1880, pobre pequeño Jan. Trabajó en la granja de mi padre hasta que estalló la guerra con los ingleses. Estuvimos juntos durante la contienda. Después yo me fui a Johannesburgo y él regresó a la granja, o a lo que quedaba de ella. Era una ruina calcinada. Pero eso fue hace mucho tiempo. Se presentó en Johannesburgo entre 1906 y 1907. La granja era demasiado tranquila para un muchacho. En 1911, con la crisis, tuvo que marcharse. No volví a verle.

—¿Cuándo vino a Inglaterra para buscar a Maddock?

—No lo sé con seguridad, pero creo que en 1926 o 1927.

—¿Por qué no vino en cuanto terminó la guerra?

—En septiembre de 1918 un francotirador de las milicias de Lettow-Vorbeck del África Oriental le disparó en una pierna. Lo dieron por muerto, aunque después fue rescatado y pasó cuatro o cinco días en un hospital. La herida era muy grave y casi pierde la pierna. Cuando salió del hospital estaba sin blanca y no pudo conseguir un trabajo que le permitiera ahorrar para comprar el pasaje a Inglaterra. Hasta 1926 no reunió el dinero.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Siempre había formas de conseguir información en Breakwater.

—Si todo lo que dice es cierto, Hendrick —dijo Dewar, pensativo—, no tiene muchos motivos para apreciar a Henry Maddock.

—No —fue su escueta respuesta.

Y a Dewar le impactó más que si hubiera empezado a proferir amenazas e insultos.

—¿Sabe si su hermano se la tenía jurada a alguien más?

—No. Aunque tampoco me sorprendería que hubiera unos cuantos.

—Pero no sabe sus nombres.

—No. Ya le he dicho que no veía a Jan desde 1911.

—¿Cómo puede estar tan tranquilo si acaba de enterarse de que ha muerto?

La mirada de Hendrick se iluminó durante un segundo y después dijo:

—Un hombre aprender a tomarse las cosas con calma en Breakwater. Y tenía la certeza de que Jan estaba bajo tierra. Nos habíamos citado en Londres y no apareció ni me escribió. Janny siempre cumplía su palabra.

Dewar no necesitaba saber nada más que Peter Hendrick pudiera contarle. Le estrechó la mano y le dio un consejo de despedida.

—Mire, Hendrick, de un modo u otro ya ha conseguido meterse en un buen lío. No empeore las cosas cometiendo alguna estupidez. Queremos a Maddock y le encontraremos. Si alguien tiene que morir deje que la ley se encargue de hacerlo y no lo intente usted.

Pero Hendrick se limitó a sonreír y Dewar decidió no insistir. «Espero que le atrapemos antes que Hendrick —se dijo—. Dios, ese Maddock es un demonio. Lo mejor es que esté fuera de circulación lo antes posible».

Cuando regresó al cuartel general le dijeron que el superintendente quería verle.

Fue directamente al despacho de Bone.

—Pase, Dewar —dijo Bone—. Quería verle. ¿Cómo va la identificación?

—Concluida, señor.

—¿Tan rápido? Buen trabajo.

—Era el hermano de Peter Hendrick, Jan Hendrick. También se la tenía jurada a Maddock y vino a buscarle a Inglaterra.

—¿Y qué hay de Skinner y los otros?

—Peter dice que no le sorprendería saber que su hermano se la tenía jurada a mucha gente.

—¿Y llevaba muerto entre ocho y diez semanas?

—Sí.

—De modo que el caso está cerrado, ¿eh, Dewar?

—Cuando Henry Maddock esté sentado en el banquillo después de haber sido acusado de asesinato —fue la lúgubre respuesta de Dewar.

—Por supuesto. Pero la investigación ha terminado, ¿verdad? ¿El caso entero se ha resuelto?

—Sí, señor.

Bone miró al techo.

—Espero que tenga razón. Sin embargo, todo parece tan deslavazado... No es lo que yo llamo un final limpio. Hay demasiados cabos sueltos.

—Maddock lo aclarará todo cuando le atrapemos —dijo Dewar, confiado.

—Está bien. Entonces, en marcha —dijo el superintendente, concentrándose en una carpeta de documentos que había sobre el escritorio.

La desaparición de Henry Maddock

La búsqueda de Henry Maddock dejó en evidencia desde el principio el hecho innegable de que la huida había sido cuidadosamente organizada y preparada. No había indicio alguno de una evasión torpe y precipitada. Todo había sido planificado de antemano. Maddock era la clase de hombre que dejaba muy pocas cosas en manos del azar. No había abandonado Greenlawns en automóvil. Sus tres coches seguían en el garaje y nadie en el vecindario había visto salir vehículo alguno por la parte delantera de la casa. En los alrededores no había más de media docena de garajes donde poder alquilar uno avisando con tan poco tiempo, y ninguno de ellos había recibido tal petición. Por otra parte, tampoco habían utilizado el teléfono durante la media hora anterior a que lo destrozaran con el atizador.

Dewar estaba desconcertado. Parecía absurdo suponer que Maddock se hubiera marchado caminando, corriendo o en bicicleta. Debió imaginar que podían detenerlo en cualquier momento y esa era su única oportunidad para alejarse lo más posible y con la mayor rapidez. Por tanto, solo quedaba una explicación lógica posible: que Maddock había escapado en una motocicleta. Pero también aquí había peros. El jardinero y otros dos miembros del servicio declararon con total seguridad que nunca había habido una motocicleta en Greenlawns y de lo contrario sin duda la habrían visto. Una minuciosa búsqueda en los cobertizos y el resto de la finca reveló que no había el menor indicio de que hubieran escondido una motocicleta. Dewar no salía de su asombro y se sentó a reflexionar.

Maddock era un hombre inteligente y no actuaría de forma atolondrada. Por tanto, tampoco habría golpeado en la cabeza al agente Roberts a menos que tuviera la seguridad de que conseguiría

escapar. Eso eliminaba la posibilidad de que hubiera ido corriendo hasta la estación de ferrocarril, a diez minutos de distancia a buen ritmo, para intentar subir al primer tren que hubiera en ese momento en el andén. Dewar revisó los horarios y descubrió que de todas formas no habría podido tomar ningún tren sin esperar al menos un cuarto de hora. Tampoco había abandonado la casa en coche ni alquilado ningún vehículo. Por último, nunca había habido una motocicleta en Greenlawns.

De repente, Dewar pegó un brinco.

—O se ha esfumado sin dejar rastro —exclamó en voz alta— o tenía otro escondite muy cerca para un coche o una motocicleta.

Llevándose a un par de hombres, el inspector caminó rápidamente por la carretera hasta doblar la esquina. Era la típica carretera suburbana. Todas las casas eran grandes, imponentes y feas; con la parte delantera protegida por frondosos laburnos, y jardines y huertos en los patios traseros. No era probable que Maddock fuera propietario de ninguno de esos monstruos de ladrillo amarillo. Y, aun así, si la teoría de Dewar era cierta, el vehículo a motor en el que escapó tenía que estar escondido cerca de Greenlawns. Entonces el inspector vio una estrecha vereda, prácticamente oculta por las ramas colgantes de un lilo, que discurría en ángulo recto entre dos de las casas. Se adentró por ella y salió unos cincuenta metros más adelante a un amplio espacio abierto. En el centro había un edificio abandonado a medio construir. Los cimientos estaban cubiertos de hierba, diente de león y ortigas. En una esquina había un viejo y ruinoso cobertizo, como los que los constructores suelen utilizar para guardar materiales, sentarse a comer y protegerse de la lluvia. La puerta estaba entreabierta y en el interior había un fuerte olor a gasolina y aceite. Podían verse claramente rodadas recientes de una motocicleta con sidecar en la tierra, saliendo del cobertizo.

Dewar se sintió eufórico por el éxito de su deducción y examinó el cubículo en busca de huellas de Maddock. Pero el cauteloso caballero no había dejado atrás nada que pudiera sugerir cuál había sido su siguiente paso, de modo que Dewar regresó a la comisaría de Enfield para transmitir la orden de búsqueda de una moto con sidecar. En el vecindario nadie había visto el interior del ruinoso cobertizo ni la marca de la motocicleta y Dewar se dio cuenta enseguida de que sería

una pérdida de tiempo buscar la empresa o la persona que se la había vendido a Maddock. De modo que, haciendo acopio de paciencia, se sentó a esperar novedades. Y no tardaron en llegar. Una potente motocicleta con sidecar fue encontrada a la mañana siguiente en una cuneta, no muy lejos de allí, en Epping Forest, y el inspector Dewar se dirigió al lugar tan rápido como pudo.

Si al principio hubo dudas sobre si la máquina pertenecía realmente a Henry Maddock, una brevísima búsqueda por los alrededores las despejó por completo. Pues el lugar del hallazgo estaba junto a un estrecho camino que discurría en paralelo a una pradera llamativamente larga y llana. En el otro extremo del prado se alzaba lo que parecía un pequeño hangar y sobre la hierba húmeda había claras rodadas de neumáticos a lo largo de unos noventa metros, desde la puerta del edificio hasta el centro del prado, donde se interrumpían de manera abrupta. No tardaron en aparecer varios jornaleros de las granjas de los alrededores que la tarde anterior habían visto despegar la avioneta antes de que desapareciera por el este, en dirección a Lowestoft o Colchester.

Igual que había sucedido en Greenlawns y en el cobertizo de la motocicleta, tampoco en el hangar se encontró ninguna pista útil.

Dewar se dio cuenta al instante de que no tendría más remedio que enfrentarse a un nuevo periodo de espera. Y, puesto que este posiblemente sería más largo que el anterior, decidió aprovechar el tiempo llevando a cabo un experimento. Al regresar a Enfield coincidió con el magistrado que estaba poniendo en libertad a Peter Hendrick por falta de pruebas en su contra. Dewar decidió seguir a Hendrick, pues consideró bastante probable que el sudafricano se hubiera propuesto perseguir a Maddock hasta las mismas puertas del infierno y quizá conociera alguna guarida o escondite donde el asesino podría refugiarse. Sin embargo, Hendrick no hizo ningún intento aparente de perseguirlo. Al quedar en libertad hizo una reverencia al magistrado sin decir palabra, se echó el macuto a sus anchas espaldas y caminó hacia la estación de ferrocarril con paso tranquilo y regular. A Dewar le resultó un objetivo fácil de seguir, pues nunca miraba tras de sí y apenas a izquierda y derecha. Viajó a King's Cross y desde allí caminó hasta un pequeño hotel de Euston Road, donde tomó una habitación bajo el nombre de Smit. Hasta el momento había actuado

tal como Dewar esperaba. Fue lo que hizo después lo que pilló por sorpresa al inspector. Pues el exconvicto de la prisión de Breakwater, en Ciudad del Cabo, el implacable vengador, subió a su habitación y no hizo nada. No hizo el menor esfuerzo por continuar la búsqueda para concluir la misión que le había traído desde Sudáfrica y que seguramente sería su principal, si no su único, objetivo en la vida hasta haberlo conseguido.

Tras el primer día de desconcierto, Dewar creyó empezar a entender. La única explicación posible era que Hendrick estaba en esos momentos tan perdido como él en lo referente al paradero de Maddock, y no sabía cómo comenzar la búsqueda. Por otra parte, obviamente Hendrick no era el tipo de hombre que permanecería sentado de brazos cruzados en Euston Road esperando la inspiración divina. Debía estar esperando noticias de Maddock de alguna fuente y el único modo posible tenía que ser mediante un amigo o a través de la prensa. Dewar se había instalado en una habitación justo enfrente del sudafricano, al otro lado de un oscuro y lúgubre descansillo, y después de recortar una pequeña mirilla cuadrada en su puerta pudo vigilar fácilmente los movimientos de su vecino. Hendrick no salió del hotel ni una sola vez durante tres días enteros y tampoco recibió ningún periódico. De lo que Dewar infirió que Hendrick tenía un compinche en Inglaterra o en el extranjero que buscaba a Maddock, que le escribiría o enviaría un telegrama en cuanto tuviera noticias de él.

El tercer día Dewar recibió un mensaje de Scotland Yard. Una avioneta, seguramente la de Maddock, había aparecido en aguas del mar del Norte, a unas ocho o nueve millas de Harwich. La información desconcertó al inspector. Se negaba a creer que la aparición de la avioneta se debiera a un simple accidente y que los cuerpos de Maddock y el ayudante del jardinero estuvieran en el fondo del mar. Al mismo tiempo, aunque estaba preparado para admitir que Maddock había perpetrado hábilmente su huida, le costaba creer que hubiera podido concertar una cita con sus cómplices para que le recogieran en algún punto de encuentro en el mar del Norte con tan poco tiempo y sin utilizar el teléfono de Greenlawns. Por supuesto, era posible, aunque improbable, y había en todo ello un componente de azar que no parecía encajar con los complejos y sagaces planes de Maddock.

No obstante, la aparición de la avioneta en el mar del Norte podía ser intencional o resultado de un simple accidente; aunque, por algún motivo, Dewar no encontraba del todo satisfactoria ninguna de las dos soluciones. Una llamada a Brighton le permitió confirmar que el joven Bill Maddock no podía estar implicado. Seguía en el Hotel Metropole, bajo una estricta y discreta vigilancia.

La policía continental estaba alerta en todo momento, pero no tenía nueva información que compartir. Dewar estaba seguro de que Maddock no había huido al continente, y el superintendente Bone estaba de acuerdo con él; pero fue incapaz de encontrar la embarcación, o a alguien que hubiera visto rescatar a los dos hombres tras un accidente de avioneta la madrugada del día en que huyeron.

Y entretanto Peter Hendrick seguía sin salir de su habitación de hotel de Euston Road.

El hotel de Euston Road

Los días pasaban y el exconvicto y traficante de diamantes seguía sin moverse. Al parecer, carecía por completo de cualquier interés en la vida. No recibía cartas ni telegramas ni comunicación alguna del mundo exterior. Por otro lado, no daba la sensación de que se estuviera escondiendo. El policía de guardia que hacía su ronda por las inmediaciones del hotel informó a Dewar, cuando este le preguntó por sus movimientos, de que Hendrick solía apostarse en la ventana de su habitación durante horas y se limitaba a contemplar el tráfico constante que recorría la calle. En ningún momento intentó ocultar su rostro ni su aspecto, una prueba bastante concluyente de que no pretendía pasar desapercibido.

Dewar entró dos veces discretamente en la habitación del sudafricano durante las breves ausencias de su ocupante para bajar al bar a por tabaco y una botella de *whisky*, pero no encontró nada sospechoso ni interesante. El macuto donde Hendrick llevaba sus pertenencias era fácil de revisar y Dewar lo hizo con destreza y rapidez. No había nada bajo llave en la habitación y tampoco encontró documentos. El aire de la estancia estaba cargado de humo de tabaco y había un mazo de cartas muy gastado junto a dos botellas de *whisky* que reposaban vacías sobre una silla. Fue una completa decepción registrar la habitación y no hallar nada, y Dewar se sintió más desconcertado que nunca. La búsqueda de Maddock parecía haber perdido importancia. El hallazgo de la avioneta en el mar del Norte significaba que Maddock y su compinche se habían ahogado o, más probablemente, que habían huido al continente. En cualquier caso, tendría que ser otro quien se hiciera responsable de sus cuerpos o sus almas. El inspector había centrado su interés y su atención en

Hendrick de manera casi exclusiva. Dewar sentía instintivamente que estaba tramando algo y que el silencio y la aparente pasividad del exconvicto no eran más que el preludio de un nuevo estallido de violencia que culminaría con otra muerte. Por otra parte, él no era de los que basaban sus acciones en el instinto. Como la mayoría de los escoceses de las Tierras Bajas, Dewar desconfiaba de manera natural del instinto, la impulsividad, la intuición y de todas las demás excusas que por lo general se utilizan para justificar acciones irracionales e ilógicas. Prefería depositar su confianza en la lógica y el razonamiento, y tenía la impresión de que su conducta nunca se veía influenciada por impulsos femeninos y poco fiables. En este caso, como en muchos otros, el inspector sentía que algo no cuadraba y buscaba a su alrededor argumentos sólidos que apoyaran la forma de proceder que su instinto le sugería. No le resultó difícil encontrarlos, y apuntaban sobre todo a la personalidad del mismo Hendrick. El hombre era un forajido confeso, un convicto que había pasado gran parte de su vida encerrado, un hombre que cargaba sobre sus espaldas una terrible serie de afrentas que vengar, un hombre al que le habían arruinado la vida y cuyo hermano había sido asesinado de la manera más vil. Había seguido el rastro de Henry Maddock sin descanso y de forma implacable hasta encontrarlo en Enfield. Había afrontado con una calma absoluta la posibilidad de una acusación de intento de asesinato, o de una deportación, en el mejor de los casos. Había abandonado la comisaría de Enfield con una serena confianza en sí mismo, dispuesto a seguir a su presa. Y después se había sentado en una habitación de hotel en Euston Road y no había hecho nada más. No era natural, se decía Dewar, frustrado, una y otra vez. Era absurdo, era inhumano. Había algo sospechoso en esa repentina actitud. Y, con esas frases repitiéndose de forma incesante en su cabeza, explicó al superintendente Bone el porqué de su inactividad y obtuvo permiso para continuar vigilando al sudafricano en Euston Road.

Los informes del continente eran la habitual mezcla de inconsistencias y contradicciones. Los hombres habían sido vistos en Bruselas, habían desembarcado de un pesquero en Cuxhaven, habían comprado pasajes en Hamburgo para un crucero con destino a Río de Janeiro, se habían separado y al parecer uno de ellos fue a Ámsterdam y el otro a Nápoles, no habían desembarcado en la costa francesa,

belga, holandesa ni alemana, etcétera. Se habían visto embarcaciones sospechosas con rumbo a Burdeos, Noruega, Cherburgo, incluso en el estrecho de Skagerrak. Cerca de Ostende se había avistado la luz de un reflector, junto a un carguero, para el cual no había explicación. Un pequeño aeroplano había sobrevolado Lille en dirección a Alemania. Pero de ninguno de esos rumores salió nada concluyente.

Cuando Dewar llevaba ya seis días alojado en el hotel, llegó un mensaje de Scotland Yard. Al leerlo el inspector pegó un respingo sin moverse de la silla y dejó escapar un largo silbido. Habían encontrado un paracaídas cerca de Frinton-on-Sea, en el condado de Essex. Dewar se dio una palmada en el muslo, mezcla de enfado y admiración; enfado consigo mismo por haberse dejado arrastrar tan fácilmente a ampliar la búsqueda de Maddock desde Inglaterra hasta el continente, y admiración por la capacidad de anticipación y el arrojo del asesino al lanzarse en paracaídas desde una avioneta en plena noche. Debió ascender hasta una gran altura y después, al aproximarse a la costa, saltar de la aeronave, dejando que esta siguiera su curso de manera errática durante varios kilómetros antes de caer al mar. Dewar se preguntó si el ayudante del jardinero dispondría también de un paracaídas o si Maddock lo habría abandonado a su suerte, dejándolo en la avioneta.

¿Cuál sería el siguiente movimiento de Maddock después de tomar tierra en algún lugar desolado de la costa de Essex?

—Solo puedo hacer una cosa —dijo Dewar en voz alta—. Maddock tenía un plan de escape organizado hasta el último detalle. ¿Qué hizo al volver a tierra?

Varios elementos le resultaron evidentes enseguida. Maddock había atraído la atención sobre su huida deliberadamente al continente volando hacia Harwich en pleno día y dejando caer su avioneta en el mar del Norte. Por tanto, casi con toda certeza en ningún momento había tenido intención de salir del país. En segundo lugar, era imposible determinar con precisión dónde caería un paracaídas. Depende de diversas variables, como la dirección y la fuerza del viento según la altitud, además de otros factores más sutiles y difíciles de calcular. Luego Maddock tenía que estar preparado para aterrizar casi en cualquier parte del condado de Essex. Sin duda contaría con la posibilidad de verse obligado a hacerlo en un radio de entre diez y

quince kilómetros del lugar donde habría dejado preparada una motocicleta o quizá un coche; y diez o quince kilómetros en plena noche en un lugar desconocido podían constituir un serio inconveniente para un asesino a la fuga perseguido por la policía. ¿Qué planes había trazado Maddock para huir de Essex, planes que demostrarían casi con toda certeza que su huida no había fracasado?

Ese era el principal problema.

Dewar bajó las escaleras y, algo reacio, telefoneó a Scotland Yard para pedir que enviaran a un hombre que le sustituyera en el hotel, así como el inicio inmediato de un rastreo de los movimientos de coches, motocicletas y aeroplanos en Essex la noche de la huida de Maddock. Después él mismo se dirigió a Frinton para examinar el paracaídas y tratar de encontrar algún indicio del medio de huida o la dirección de los movimientos posteriores de Maddock. La policía del condado de Essex ya había iniciado la investigación, pero no había novedades reseñables. El paracaídas había sido hallado por un jornalero de una granja, escondido bajo la maleza en una acequia. Alguien se había abierto paso a la fuerza a través de un seto cercano para salir a una vereda, donde terminaba abruptamente el rastro de hacía seis días. El suelo allí era duro, por lo que no había huellas de pisadas recientes y tampoco el menor rastro de tránsito de vehículos a motor. Sobre el terreno, Dewar llevó a cabo una larga y minuciosa búsqueda en el prado donde había sido encontrado el paracaídas, pero sin ningún resultado tangible. Había un punto concreto donde parecía plausible que el hombre hubiera tomado tierra con el paracaídas, aunque resultaba difícil determinarlo con seguridad y, en cualquier caso, sería un hallazgo inútil. El inspector de Scotland Yard regresó a Frinton y pidió un mapa del distrito. El lugar donde había sido encontrado el paracaídas estaba situado a cinco kilómetros de Frinton, y a menos de dos kilómetros y medio de la carretera general entre dicha localidad y Colchester. Cuanto más estudiaba Dewar el mapa más seguro estaba de que la clave de toda la situación estaba en Colchester. La ciudad está ubicada en el cuello de botella de la península formada por Brightlingsea, Clacton, Walton, Harwich y Manningtree. Todas las carreteras de cierta importancia confluían allí, como los dedos extendidos de una mano, desde los balnearios de la costa. Si Maddock planeó tomar tierra en algún lugar de la península, sería casi

imposible que hubiera caído a más de un kilómetro y medio o dos de cualquier carretera de las que conducen a Colchester. De modo, razonó Dewar, que se habría visto obligado a caminar hasta la más cercana y, tras esbozar su sonrisa más encantadora, rogaría al primer conductor que pasara por allí que le acercara a Colchester. Una vez en la ciudad tomaría el tren de regreso a Londres o al norte, o quizá más probablemente él mismo conduciría en un coche que habría dejado con antelación en un garaje de su conveniencia. Si este razonamiento era correcto implicaba que la búsqueda de Maddock tendría que comenzar de nuevo, con seis días de retraso. Un hombre inteligente puede hacer muchas cosas en un plazo de seis días. Dewar frunció el ceño. Uno de los principios de Scotland Yard era que ningún hombre o mujer de identidad conocida podía esfumarse sin dejar rastro, a menos que se valiera del irreversible método de la muerte. Es decir, los criminales tenían una oportunidad de escapar siempre y cuando su identidad fuera desconocida. En cuanto Scotland Yard sabía a quién buscaba, la partida estaba ganada. Sin embargo, el caso de Maddock era algo diferente. Se trataba de un hombre con una inmensa experiencia a la hora de evadir la ley. Tenía nervios de acero, una mente fría, y además había contado con un mínimo de cinco o seis años para planear su huida. Y, por si eso fuera poco, tenía mucho dinero. Dewar no pudo evitar preguntarse si el prófugo no iba camino de convertirse en la excepción a la regla de Scotland Yard al lograr desaparecer para siempre. Una sombra oscureció entonces el mapa que estaba estudiando y al levantar la vista se encontró con la apacible mirada de Peter Hendrick.

15

Frinton-on-Sea

Dewar saltó como si acabaran de clavarle un alfiler y miró con la boca abierta al sudafricano, hasta que por fin exclamó:

—¿Qué diablos hace usted aquí?

Hendrick sonrió con benevolencia y respondió:

—Tomar el aire, capitán.

—Pero ¿cómo diantres..., cómo demonios... lo averiguó?

—¿Averiguar qué, capitán?

—Pero ¿qué...? —Dewar se detuvo a media frase y observó a Hendrick—. ¿Qué ha descubierto?

El otro se encogió de hombros y volvió a sonreír. Esta vez el detective encontró su sonrisa terriblemente irritante y tuvo que hacer un esfuerzo para contener el mal humor.

—Es usted un tipo curioso, Hendrick —dijo—. Venga a tomar una copa.

En el vestíbulo del hotel donde se alojaba Dewar los dos hombres se sentaron en un rincón tranquilo y Dewar pidió *whisky* y cigarros. Cuando encendieron los cigarros el detective ya había decidido su plan de acción.

—Bien, Hendrick —dijo—, voy a hacerle una confidencia. No le pido a usted que haga lo mismo, aunque me alegraría que decidiera hacerlo.

Hizo una pausa, pero en el rostro de Hendrick no se movió ni un músculo.

—No es coincidencia que esté usted aquí —continuó—. De un modo u otro se ha enterado de lo del paracaídas y ha llegado a sus oídos algún indicio de adónde se dirigía Maddock. No sé cómo lo ha conseguido, pero le diré una cosa: debe de tener usted un amigo

endemoniadamente listo en alguna parte. Me resulta asombroso que haya encontrado el rastro.

Hendrick se permitió esbozar la sombra de una sonrisa.

—En cualquier caso, dejémoslo así. No tiene importancia. Lo importante es que está usted aquí. Ahora preste atención a lo que voy a decir.

Dewar describió rápidamente las fases de la huida de Maddock hasta el momento, el descubrimiento del paracaídas y las deducciones que le habían llevado hasta la estación de ferrocarril, o hasta un garaje de Colchester. Finalmente, se apoyó en el respaldo, vació su vaso y esperó.

—Muy interesante —dijo finalmente Hendrick, y después se impuso el silencio.

Dewar pidió otras dos copas y se aventuró a hacer una pregunta directa:

—¿Cree que Maddock tiene intención de regresar a África?

Hendrick pareció despertar al oír la palabra «África» y respondió:

—Sí, pero no al África británica.

—Ajá.

—Tampoco a las colonias belgas. Quizá a las portuguesas o a algún Estado independiente. Liberia sería un paraíso para él.

—¿Ha estado en Liberia? —preguntó Dewar.

—No.

—¿Por qué piensa que querría llegar allí?

Hendrick volvió a encogerse de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Cómo voy a saber algo que usted no sabe, capitán?

—Sabía lo suficiente para presentarse en Frinton —dijo Dewar, malhumorado.

Hendrick dejó que su sonrisa se convirtiera en una mueca.

—¡Ah, claro! Pero yo tengo a un compinche muy inteligente que averigua las cosas por mí —dijo—. No se olvide de él.

—Me gustaría mucho saber cómo se enteró de lo del paracaídas —respondió Dewar.

Pero el exconvicto se resistía a entrar en su juego.

—He puesto mis cartas sobre la mesa —dijo al fin el inspector—. ¿Está dispuesto a mostrar una o dos de las suyas?

Hendrick extendió sus grandes manos morenas.

—¿Cartas, capitán? No tengo ni una sola carta, ni siquiera un dos de tréboles. Se las mostraría todas si las tuviera, pero sencillamente no hay nada que mostrar.

—Sabe muchas cosas sobre el pasado de Maddock que pueden ser útiles. Él ya ha estado acorralado otras veces. Usted sabe cómo logró salir airoso. Podría volver a utilizar los mismos métodos.

—Dígame una cosa, capitán —dijo Hendrick, ignorando lo que acababa de escuchar—. ¿Por qué escogió Maddock esta parte de Inglaterra para huir?

—Podría haber una docena de razones.

—Pero solo una importa realmente.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque Maddock nunca actúa sin pensar. Si eligió esta zona es porque convenía a sus propósitos más que cualquier otra. ¿Por qué motivo era más adecuada?

—En efecto, ahí está el meollo de la cuestión. ¿Tiene alguna idea?

—¿Cómo podría? No sé nada sobre el condado de Essex, no más que sobre Siberia o el Polo Sur. ¿Qué es lo que la hace conveniente para él, capitán? Eso es lo que le estoy preguntando.

—¿Por qué no se lo pregunta a su brillante amigo?

—¿Mi brillante amigo? No, eso no serviría.

—Entonces, ¿no va a ayudarme?

—Lo haría si pudiera... quizá —respondió lentamente.

Dewar se levantó impaciente.

—Muy bien. No lo haga si no quiere. Pero no olvide lo que le dije, Hendrick. Si ha de haber más muertes, deje que sea la ley quien se ocupe.

Pero el sudafricano ya había bajado la cabeza y parecía perdido en sus pensamientos. Dewar abandonó la estancia a grandes zancadas, pidió prestada una motocicleta a la policía de Frinton y condujo hacia Colchester.

Su búsqueda en los garajes de Colchester concluyó de manera rápida y satisfactoria. En el tercero que visitó encontró exactamente lo que estaba buscando. Unos seis meses antes un hombre alto y corpulento de barba negra y poblada, que se identificó como Norton, había aparecido en el garaje con un coche antiguo de fabricación

norteamericana explicando que se iba al extranjero en viaje de negocios, por lo que necesitaba dejarlo a buen recaudo mientras tanto. Había pagado tres meses por adelantado y cuando dicho plazo estaba a punto de expirar había enviado un giro postal para abonar los tres siguientes. Tanto en su primera visita como en la carta que acompañaba el giro, había insistido ante el gerente en la importancia de mantener el vehículo en óptimas condiciones para poder utilizarlo en cualquier momento. Con tal fin debía tener el depósito lleno de gasolina, y estar surtido de aceite y agua, había que arrancarlo todas las mañanas y dejarlo al ralentí durante diez minutos. El propietario había ido a recogerlo a primera hora la mañana después de la huida de Maddock, había pagado la pequeña cantidad restante del total facturado y se había marchado rápidamente. El coche había estado tanto tiempo en el garaje que el gerente pudo dar una descripción muy detallada del mismo, incluyendo las abolladuras del guardabarros, la pequeña grieta del parabrisas y el chirrido de un amortiguador trasero insuficientemente engrasado. Dewar dio parte de la descripción y regresó a Frinton a tiempo para la cena. Hendrick se había alojado en una habitación del mismo hotel, pero no apareció por el comedor.

Mientras cenaba a solas, Dewar meditó sobre el pequeño, aunque irritante, problema del sudafricano y su llegada a la costa este. Si su comportamiento en el hotel de Euston Road ya había sido bastante fastidioso y desconcertante, su sorprendentemente rápido y preciso servicio de información resultó serlo incluso más, y Dewar se vio obligado poco a poco a aceptar la idea, en absoluto probada, de que su «brillante amigo» era en realidad el hombre que había disparado a Oliver Maddock. Por supuesto, la debilidad de este argumento era que no existía absolutamente nada que relacionara al desconocido con ese asesinato; si bien Dewar tenía la certeza no demostrable de que el asesino de Oliver Maddock era el más joven de los Hendrick, cuyo cadáver habían desenterrado en el jardín de Greenlawns, en Enfield. Peter Hendrick regresó al hotel hacia las once en punto de la noche y pasó junto a Dewar en el vestíbulo diciendo «Buenas noches, capitán».

A la mañana siguiente, un policía local despertó a Dewar con un mensaje. El viejo coche de fabricación norteamericana había sido encontrado hacía seis días en un prado cerca de Thetford, en Norfolk.

El inspector, sorprendido, permaneció inmóvil. Thetford no parecía estar en la ruta directa entre Colchester y cualquier otro lugar, exceptuando quizá King's Lynn. Yarmouth y Lowestoft estaban lejos, hacia el este; Cambridge y las Tierras Medias, al oeste. De todas las rutas de escapada más absurdas, Thetford sin duda se llevaba la palma. No conducía a ningún sitio, excepto al callejón sin salida de Norfolk. Era una localidad pequeña en la que los forasteros llamarían la atención, y no estaba cerca de ningún gran núcleo industrial, donde es más fácil encontrar lugares para esconderse o pasar desapercibido. Dewar estudió el mapa una vez más, y cuanto más lo observaba más estúpida le parecía la elección de Thetford. Al final dio una palmada sobre el papel y dijo en voz alta:

—Me niego a creerlo. Es obvio que se trata de una pista falsa.

Saltó de la cama, se vistió y telefoneó a la comisaría de policía de Thetford. No había demasiados detalles sobre el coche.

Nadie había visto al hombre o los hombres que lo habían abandonado. Y tampoco habían dejado el menor rastro de su llegada a Thetford ni de su partida.

—¡Ha regresado a Londres! —exclamó Dewar, mientras colgaba el auricular—. Y también yo voy a volver. Estoy harto de esto.

Después del desayuno telefoneó al superintendente Bone y le comunicó su intención de volver al cuartel general. El superintendente estuvo de acuerdo. Podían dar por concluida la búsqueda en East Anglia. Habría que vigilar Londres o la región industrial del norte.

—Lo único que me inquieta —dijo Dewar— es ese Hendrick. Tiene una fuente de información, de primera mano. No me gusta la idea de dejarlo sin vigilar.

Bone consideró la idea antes de volver a hablar.

—Escúcheme, muchacho. Permanezca en Frinton hasta mañana y ponga a prueba su teoría. Usted y yo sabemos que Maddock y su compinche han abandonado la costa este. Pero ¿lo sabe Hendrick? Si tiene razón, Dewar, ese informador suyo debería decirle algo hoy mismo, y estando usted cerca quizá tenga ocasión de descubrir cómo le pasa los soplos. Si no sucede nada, no malgaste más tiempo con él. Regrese y que los locales lo mantengan bajo vigilancia.

Con esas instrucciones, Dewar recorrió las salas comunes del hotel en busca del sudafricano hasta que lo encontró saliendo del ascensor.

Tenía puesto el sombrero y llevaba un bastón. Al ver a Dewar se descubrió cortésmente y murmuró:

—Buenos días, capitán.

—¿Se va de paseo? —preguntó Dewar.

—No, capitán. Me voy de viaje en tren.

Dewar consiguió ocultar su sorpresa en el último momento, mientras un pensamiento atravesaba su cerebro a toda velocidad: «El muy granuja se va a Thetford».

—¿Muy lejos? —consiguió decir, en tono despreocupado.

Hendrick sonrió con expresión indulgente.

—Usted sígame el juego, capitán —se limitó a responder.

Y continuó caminando en dirección a la calle.

El inspector lo siguió a una distancia discreta. Hendrick caminaba despacio y se detuvo un par de veces a pedir indicaciones a algún transeúnte hasta llegar a la estación de ferrocarril. Dewar estaba muy cerca de él cuando se dirigió a la taquilla, pues el exconvicto no había mirado a su alrededor ni una sola vez y lo oyó claramente pedir un billete para Clacton-on-Sea.

Dewar recordaría ese día en Clacton como uno de los más aburridos de toda su vida. Para empezar, Hendrick parecía hacerlo todo con lentitud. Caminaba despacio, comía y bebía despacio y se detenía a contemplar a las alegres multitudes que llenaban las playas con tal parsimonia que en varias ocasiones Dewar pensó que se había quedado dormido. Además del paralizante letargo que parecía haberse apoderado del hombre, estaba la empecinada insistencia con que miraba y miraba los tiovivos, las calesitas, los columpios y toda la parafernalia dorada y roja que abundaba en las calles de la popular ciudad de vacaciones junto al mar.

Dewar se planteó dos teorías para dar cuenta de aquella jornada singular. O el hombre se limitaba a matar el tiempo una vez más, igual que había hecho en Euston Road, y contemplaba con admiración los carruseles y los caballitos voladores simplemente porque nunca había visto esa clase de cosas; o Clacton era el punto de encuentro donde su misterioso amigo le iba a pasar nueva información. Sin embargo, no ocurrió nada que demostrara la segunda teoría, y mientras regresaba a Frinton aburrido y asqueado el inspector se vio obligado a decantarse por la primera.

Al salir de la estación se topó con Hendrick, que le esperaba en la acera.

—¿Qué le ha parecido Clacton, capitán? —dijo el exconvicto.

Desenlace en Southend-on-Sea

No era frecuente que Dewar se sintiera desconcertado hasta el punto de quedar boquiabierto, pero en esta ocasión no pudo evitarlo. Incapaz de decir nada, sintió el mismo enfado y frustración que solían producirle todas las conversaciones y los encuentros con el sudafricano.

—¿Qué quiere decir? —dijo bruscamente.

—Solo me preguntaba si ha disfrutado de la visita a Clacton tanto como yo —respondió el otro con parsimonia.

—¿Qué hacía usted en Clacton?

—Le estaba dando unas vacaciones, capitán.

—¿De qué diablos está hablando?

—No se enfade, capitán. Pensé que le vendría bien alejarse de sus responsabilidades durante un día, de modo que me fui a Clacton. Sabía que me seguiría y que un día tranquilo le sentaría de maravilla.

—Así que sabía que le seguiría, ¿eh?

—Pensé que era probable que me siguiera a Clacton igual que hizo en Euston Road.

Dewar dio media vuelta conteniendo un improperio y se dirigió con prisa al hotel. Después de recorrer unos doscientos metros aflojó el paso y Hendrick enseguida lo alcanzó discretamente.

—No se enfade, capitán —dijo—. Solo intento ayudarle. Sé dónde está Maddock.

Dewar se detuvo y lo miró.

—¿Sabe dónde está Maddock?

—Desconozco el lugar exacto, pero lo sabré dentro de uno o dos días.

El hombre parecía tan tranquilo y seguro de sí mismo que Dewar no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Dónde está?

—¡Ah!

—¿Cómo le encontró? Estoy seguro de que su amigo no le ha dicho nada. No le he perdido a usted de vista en todo el día.

Hendrick empezó a reír en silencio.

—¡Ese impagable amigo mío! No, no fue él. Le diré una cosa, capitán. No existe tal persona.

—No intente hacer eso conmigo —dijo Dewar—. No nací ayer.

—De verdad, no existe. Conseguí llegar hasta aquí gracias a un método mucho más simple. Ahora puedo decírselo, pues mi tarea casi ha terminado.

Pronunció esas últimas palabras con voz grave y un fuego abrasador en la mirada.

—Cuando abandoné Enfield no tenía la menor idea de cómo encontrar a Maddock. No conocía el país, su gente ni sus costumbres, nada. Sin embargo, me dije a mí mismo: seguro que el capitán dará por hecho que sé dónde está y me seguirá con la esperanza de que le guíe a su escondite. Mi única oportunidad es seguir al capitán. Así que cuando se instaló usted en la habitación frente a la mía en aquel hotel —Dewar soltó un brevísimo juramento—, supe que únicamente tenía que esperar a que averiguara algo. Entró usted dos veces en mi habitación, pero eso ya me lo esperaba. Yo entré en la suya todos los días, pero usted no contaba con ello. De modo que encontré documentos, mensajes..., uno en especial sobre un paracaídas en Frinton. Tan pronto lo recibió, abandonó usted el hotel. Y yo hice lo mismo. En cuanto a mi brillante amigo, se desvaneció. Tan solo existía en la mente del capitán de policía.

Dewar tuvo la certeza de que se estaba riendo de él, pero decidió ignorar la burla e ir al meollo de la cuestión.

—¿Y sabe dónde está Maddock?

—Sí.

—¿Cómo?

—Esta vez no fue gracias a usted, capitán. Fue algo de hace años que recordé haber oído acerca de él. En cierta ocasión estuvo en apuros y fue perseguido por mucha gente. Lo buscaron por todos los

rincones del Transvaal, pero él se escondió durante un mes y después logró escapar.

—¿Qué tiene eso que ver? Hay una sola posibilidad contra cincuenta de que utilice el mismo método.

—Se equivoca. Las condiciones son las mismas y el distrito es el mismo.

Dewar intentó que su voz sonara despreocupada y distendida al decir:

—¿Por qué dice que el distrito es el mismo?

Pero Hendrick estaba en guardia y sonrió.

—¡Ah! Le gustaría saberlo, ¿verdad? Pero si lo supiera enseguida adivinaría el resto. Cuando vine aquí me dije a mí mismo: «¿Qué tiene de especial este lugar para que Henry Maddock lo escogiera?», y en cuanto lo averigüé recordé esa antigua historia de su huida en África.

Llegaron a la entrada del hotel. De repente la irónica e impasible máscara de Hendrick cayó y durante un instante pareció un animal salvaje y peligroso.

—Solo dos o tres días más, capitán —murmuró, emitiendo un gruñido áspero y grave—. Dos o tres días y se saldarán algunas viejas cuentas pendientes.

—No sea idiota —empezó a decir Dewar, pero el otro le interrumpió.

—¿De veras cree que voy a dejarme engañar por un juez y un jurado? Asesinaron a mi hermano. No permitiré que ningún verdugo del Estado haga mi trabajo.

Le dio la espalda y entró en el hotel.

Dewar se dirigió casi corriendo a la comisaría de Frinton, donde solicitó cuatro hombres de paisano para que vigilaran a Hendrick día y noche. El inspector hizo hincapié en la urgencia del caso. No solo era necesario impedir un doble asesinato; también había que arrestar a Maddock y a su compinche. Dewar no tenía la menor duda de que Hendrick había dicho la verdad al afirmar que sería capaz de echarle el guante a Maddock en el plazo de dos o tres días, y parecía obvio que evitaría cualquier confrontación inútil con su presa. No podía arriesgarse a que Maddock huyera y volviera a desaparecer.

Dewar se retiró a su habitación e intentó descifrar las características del distrito de Frinton que de forma tan certera habían

hecho recordar a Hendrick lo sucedido en África años atrás. Después él mismo recordó que, más allá de toda duda razonable, Maddock había abandonado el distrito para ir al norte, nada menos que a Thetford. ¿Había regresado o quizá se había dirigido a Londres después de todo? ¿Y si había optado por un destino más al norte, como Liverpool o Glasgow? Hendrick era la clave para resolver todos estos acertijos.

Pero a la mañana siguiente el exconvicto se había vuelto a poner su inescrutable máscara, y, para mayor desconcierto y sopor de Dewar y los dos agentes de paisano de la policía local que se dedicaron a seguir sus pasos, pasó el día entero en Walton-on-the-Naze, paseando ocioso y contemplando las vistas, igual que había hecho en Clacton para exasperación del inspector. Nada parecido, en cualquier caso, a lo que se habría esperado de un cruel vengador que está a punto de asestar el golpe definitivo. En lugar de un halcón, era un holgazán. El único consuelo de Dewar fue pensar que, cuanto más tiempo malgastara Hendrick con sus pueriles intentos de fastidiarle, antes llegaría el desenlace cuando el exconvicto pusiera manos a la obra; y estaba totalmente convencido de que ese mismo día en Walton aquella enrevesada broma llegaría a su fin. Pero se equivocaba, pues al día siguiente de nuevo tuvo lugar en Clacton la misma tediosa ceremonia; y el día después en Southend. Sin embargo, la jornada de Southend fue diferente en ese sentido, pues sucedió algo.

Hendrick paseaba con lentitud a lo largo de la amplia explanada junto al mar, mientras los tres aburridos detectives seguían sus pasos a una distancia de unos setenta u ochenta metros. El sudafricano se detuvo unos instantes para comprar una caja de cerillas en una máquina expendedora, luego se unió a un nutrido grupo de gente reunido ante un espectáculo de marionetas, y minutos después se alejó de allí bostezando y se sentó a escuchar a una banda de músicos pintados de negro que tocaban en la arena. Los miró con indiferencia, se levantó y avanzó lentamente hasta un asiento donde el tañido de los instrumentos de cuerda y el canturreo con aires del Misisipi resultaba menos estrepitoso. Tomó asiento, se tapó la cara con el ala del sombrero y cruzó los brazos. Un minuto después parecía haberse dormido. Pero es imposible permanecer indiferente durante mucho tiempo en un parque de atracciones vacacional público de la costa en

pleno verano. Una pareja de músicos negros que caminaban por la arena, procedentes del otro lado de la playa, se instalaron casi frente a él y empezaron a afinar. Fue entonces cuando tuvo lugar el incidente. De repente, Peter Hendrick se apartó el sombrero de los ojos y gritó con fuerza:

—¡Por fin te tengo, Henry Maddock!

Después sacó una pistola y disparó a los dos músicos. Dewar se sobresaltó y echó a correr hacia él. Cuando estaba a punto de alcanzarlo, Hendrick le miró y esbozó una sonrisa.

—Adiós, capitán —dijo, y se pegó un tiro en la frente.

Número nueve en Reading

—Están todos muertos —dijo el inspector Dewar—. Peter Hendrick no falló. Dos certeros disparos a unos diez metros y en cuestión de segundos otro para él.

—Ese hombre había sufrido mucho —murmuró Bone.

—Cierto, señor. Desde luego Maddock se lo había buscado.

—Al decir «Peter Hendrick no falló» —dijo el superintendente, pensativo—, ¿por qué recalcó de ese modo su nombre de pila?

—Para diferenciarlo de su hermano, señor, que ciertamente cometió un gran error al disparar a Oliver Maddock.

—«Ciertamente» es una palabra algo contundente. De todos modos, lo dejaremos estar. Y así termina el caso, ¿no es cierto?

—Sí, señor, no creo que descubramos nada más. Ahora que los dos hermanos Hendrick están muertos, no creo que podamos averiguar cómo llegó a verse implicado Skinner, ni por qué mataron al vagabundo. Resulta curioso haber llegado al desenlace del caso saltándonos las etapas intermedias, ¿no le parece, señor? Pero lo cierto es que todo fue raro desde el principio.

—Pero ahora ha terminado, ¿verdad?

Había algo en el tono de voz del superintendente que hizo dudar a Dewar antes de responder.

—Nunca he visto un caso que estuviera tan absolutamente cerrado. Parece que todos los implicados han muerto.

Bone cogió un telegrama que reposaba sobre su escritorio y leyó en voz alta:

—Un hombre llamado Cullen, un humilde farmacéutico, murió de un disparo ayer por la noche en su tienda de Reading. Un trocito de cartón blanco con el número nueve fue encontrado sobre el mostrador.

Dewar miró al superintendente Bone y este a su vez al inspector.

—No puedo creerlo —dijo Dewar al fin.

—¡Oh, vaya! —protestó Bone—. Se considera un acto de insubordinación poner en duda las afirmaciones de un oficial superior.

—No era esa mi intención, señor —respondió Dewar, algo confundido—. Quiero decir que no creo que este crimen pueda estar relacionado con los otros asesinatos. No puede ser. Los cometió Jan Hendrick, que lleva ocho o diez semanas muerto.

—¿Y qué hay del cartón?

—Una pista falsa. Oiría hablar de los otros.

—¿Cómo? Ese detalle nunca se ha hecho público.

Dewar sintió que su exasperación aumentaba.

—No se ha hecho público, pero muchas personas lo saben. Y la gente habla. Además, ¿por qué el número nueve? Si se tratara del mismo hombre, estaríamos ante el número seis.

—Los números que faltan podrían haber aparecido en la Patagonia o en Tombuctú —respondió Bone, maliciosamente.

—No ha tenido tiempo suficiente para eso. El caso de Canadá es diferente porque esos crímenes fueron los primeros de la serie. Pero ningún hombre podría asesinar a Oliver Maddock e ir a la Patagonia y a Tombuctú para matar al seis, el siete y el ocho y regresar a tiempo para acabar con el nueve la pasada noche en Reading.

Bone suspiró.

—Desde luego es usted de lo más literal, Dewar. Muy escocés. No tiene por qué ser en la Patagonia. Podría haber sido en Viena. Es posible volar a Viena en un día, o a Constantinopla o El Cairo.

—No creo que se trate de la misma serie —dijo Dewar, obstinado.

—¿No le gustaría ir a Reading para asegurarse?

—Iré si usted lo considera oportuno, señor. Con un día libre sería suficiente.

—Respóndame una cosa, Dewar —dijo Bone, pensativo—. ¿Se parecía Jan Hendrick al hombre de Petworth?

—Es posible que el hombre de Petworth no tenga nada que ver con esto.

—Cierto. ¿Puede establecer alguna conexión entre Jan Hendrick y Skinner?

—No.

—¿Tampoco entre Jan Hendrick y el vagabundo?

—No.

—Tampoco entre...

—Solo una cosa, señor —interrumpió Dewar—. Llegamos a la conclusión de que la única manera de explicar el extraño comportamiento de Henry Maddock era que tuviera el cadáver del asesino de Oliver enterrado en su jardín. Excavamos y allí estaba. No veo el motivo para seguir más allá de...

—Lo sé, Dewar. Parece irresistible. Pero no termino de verlo claro. Hay demasiadas cosas sin explicar.

—Tengo al asesino. Eso es lo único que necesito.

—No llegamos a averiguar por qué el otro hombre disparó al Maddock equivocado.

De no haber sido Bone su superior, Dewar habría suspirado irónicamente. Pero, puesto que lo era, se limitó a decir:

—Y, dado que el hombre está muerto, probablemente nunca lo sabremos.

Bone levantó la vista hacia el inspector con una cómica sonrisa en su gran cara.

—Haremos un trato, muchacho —dijo—. Quédese aquí y eche un vistazo al caso del pirómano de Clerkenwell. El joven Cotton parece algo desbordado con todo ese asunto. Entretanto, Henderson irá a Reading con su microscopio. Si la bala que mató al farmacéutico presenta las mismas estrías que las que acabaron con la vida de Skinner y Maddock, entonces se disculpará usted con el pobre Jan Hendrick, me dirá que lo siente y tomará el primer tren a Reading. Si no tiene ninguna marca, no le molestaré hasta...

—¿Hasta qué, señor?

—Hasta que se produzca el décimo asesinato.

Dewar se rio.

—De acuerdo, señor.

—Está bien. Dígale a Henderson que suba a verme y luego vaya a hablar con Cotton; le enseñará el archivo del caso. Yo lo revisé esta mañana. Tengo la impresión de que todo está relacionado con el propietario del yesquero que apareció entre la ceniza. Pero ya lo verá usted mismo.

Dewar pasó el día en el barrio de Clerkenwell y hasta las ocho en

punto no regresó al despacho. Sobre su escritorio había un sobre dirigido a él con la letra excesivamente grande del superintendente. Lo abrió y al sacudirlo cayó un pequeño cartón rectangular.

El inspector Dewar raras veces blasfemaba. Años de autocontrol habían erradicado en él casi por completo la necesidad de proferir improperios. Pero al coger el cartón no pudo controlarse.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó.

Era un billete de ida de tercera clase a Reading.

El misterio de Albert Cullen

Cuando el expreso de la tarde llegó a Reading el inspector Dewar había recuperado por completo su característica ecuanimidad y tenía muy claro cuál era el principal objetivo de su investigación. Al principio, cuando no conseguía controlar su enfado, estaba decidido a demostrar que no había ninguna conexión entre los asesinatos, aferrándose a la teoría de que el descubrimiento del cadáver de Jan Hendrick había orientado la investigación hacia las muertes de Skinner y Oliver Maddock. Sin embargo, mientras el expreso de la Great Western traqueteaba a través de Slough y Maidenhead, su sentido común típicamente escocés volvió a imponerse y llegó a la conclusión de que abordar este nuevo caso desde un punto de vista sesgado y lastrado por los prejuicios sería muy poco profesional. Cuando bajó al andén al llegar a su destino y estrechó la mano de un viejo amigo, el inspector Avory de la policía de Reading, estaba preparado para abordar el problema del farmacéutico asesinado con la mente abierta. Y si el triunfo de su raciocinio no le llevaba a buen puerto y Jan Hendrick resultaba ser el asesino, aún le quedaría el consuelo de perseguir a un hombre vivo en lugar de a uno muerto, con el prestigio adicional que le granjearía poder presentar el caso con éxito en Old Bailey[6].

El inspector Avory le preguntó si prefería ir directamente a la escena del crimen, pero Dewar decidió pasar antes por la comisaría para conocer de primera mano todos los detalles antes de iniciar la investigación. Allí se encontró con el sargento Henderson, experto en microscopía, que se disponía a regresar a Londres.

—No hay dudas sobre la bala, ¿verdad, Henderson?

—Siempre hay una posibilidad —empezó a decir el experto con

cautela, pero Dewar le interrumpió.

—Lo sé, lo sé. Pero de hombre a hombre.

—Es la misma pistola, señor. Sin la menor duda —sentenció Henderson.

—Gracias —respondió Dewar—. ¿Ya se marcha?

—Sí, señor. No tengo tiempo que perder. Hay un caso importante con manchas de sangre en Huddersfield y estaré en pie toda la noche. Buenas noches, señor.

—Buenas noches —respondió Dewar, ausente.

Estaba valorando en silencio la posibilidad de que Jan Hendrick fuera tan solo uno de una serie de vengadores que utilizaron la misma pistola. Después entró en el despacho del inspector Avory, se sentó y escuchó la crónica del asesinato del farmacéutico.

—La víctima se llama —comenzó Avory—, o más bien se llamaba, Albert Cullen. Era un conocido residente de Reading, popular entre amigos y colegas. No era un hombre rico, pero había trabajado duro toda la vida y vivía bastante bien. De forma acomodada, aunque humilde.

—¿Trescientas o cuatrocientas al año?

—Más o menos. Quizá algo más. Tenía un ayudante en la tienda, un joven llamado Arthur Broad. Fue él quien encontró el cuerpo.

—¿Cullen estaba soltero?

—Viudo. Con tres hijos, todos casados.

—¿Todos casados? —preguntó Dewar, levantando las cejas—. ¿Qué edad tenía Cullen?

—Cullen tenía sesenta y siete años. Su mujer falleció en 1922 y desde entonces vivía solo encima de la tienda.

—Entiendo —dijo Dewar, pensativo—. Tenía sesenta y siete. Continúe.

—Al vivir encima de la tienda —continuó Avory—, llevaba a cabo el procedimiento habitual de cualquier negocio al revés. El ayudante se marchaba a casa a las siete y media y era el jefe quien se encargaba de cerrar las contraventanas a las ocho en punto y clausuraba el local. Por lo general es justo a la inversa. La pasada noche Broad se fue a las siete y media. Es un terrier de corazón, sargento del cuerpo de ingenieros de la localidad, y tenía que participar en un desfile a las ocho menos cuarto. Llegó a la sala de instrucción en su motocicleta a

las siete cuarenta y estaba uniformado y listo para revista a las siete cuarenta y cinco.

—Muy eficiente.

—Es un muchacho inteligente. El desfile se prolongó hasta las diez, después estuvo charlando y bebiendo cerveza en la sala de descanso hasta casi las once y llegó a casa, en el otro extremo de la ciudad, pocos minutos antes de las once. Su padre y su madre aún estaban levantados. Se fue directo a la cama y su madre lo despertó a la mañana siguiente a las siete para desayunar. A las ocho menos tres minutos llegó a la tienda, abrió la puerta y entró. Cullen estaba tendido sobre el mostrador. Broad no tardó en darse cuenta de lo que sucedía y fue a pie a buscar al médico más cercano y después a nosotros en su motocicleta.

—¿Siempre abría él la puerta por las mañanas?

—Sí, con su propia llave.

—¿Una cerradura Yale?

—Sí. El doctor dice que Cullen llevaba muerto varias horas con toda seguridad, posiblemente diez o doce. Dos disparos de pistola.

—¿Había casquillos a la vista?

—No. Y tampoco restos de humo o pólvora. Y eso que la tienda no mide más de tres metros de un lado a otro.

—¿Alguien vio a Cullen la noche pasada después de las siete treinta?

—Sí. La señora Barney fue a comprar una dosis de tintura de Warburg unos diez minutos antes de las ocho. Cullen se la preparó y ella la tomó allí mismo. Charlaron durante un par de minutos, luego ella se marchó y menos de un cuarto de hora después volvió a pasar ante el local y vio las contraventanas abiertas. Lo recuerda claramente porque se alegró de haber llegado a tiempo para que Cullen no tuviera que bajar y abrir de nuevo la tienda. Los vecinos de enfrente vieron a Cullen cerrar las contraventanas poco después.

—Entonces es de suponer que alguien llegó más tarde, llamó al timbre y fue recibido por Cullen. Después entró y pidió alguna medicina, sacó el arma, disparó al farmacéutico y volvió a salir. Por supuesto, la cerradura Yale de la puerta se cerró tras él.

El inspector de Reading asintió.

—Eso es lo que pensé. La pregunta es quién lo hizo.

Dewar sonrió con gesto adusto y dijo:

—Permítame hacerle una pequeña semblanza de la vida y la personalidad de Cullen.

Avory se quedó mirándole extrañado.

—Estaba a punto de hacerlo —dijo—. ¿Sabe algo de él?

—Trataré de adivinarlo —respondió Dewar—. Yo diría que Cullen era un hombre bueno y amable, que tenía muchos amigos y ni un solo enemigo en el mundo. Vivía en Reading desde 1906, pero nadie sabe nada de él antes de ese año. Era muy muy respetado, nunca bebía ni fumaba y tampoco especulaba en bolsa. No hablaba de su pasado y nunca mencionó haber estado en Sudáfrica. Era un pilar de la Iglesia metodista, un feligrés escrupulosamente honesto en el que todo el mundo confiaba. No existe la más mínima sospecha de un solo motivo por el que alguien quisiera asesinarlo. ¿Qué le parece ese retrato a vista de pájaro del difunto Albert Cullen?

Al inspector Avory le sorprendió la acritud del tono de su colega londinense, pero se abstuvo diplomáticamente de hacer comentarios.

—No está mal —respondió, con aire pensativo—. De hecho, tiene razón en todo salvo en dos o tres detalles.

—Eso pensaba —dijo Dewar, taciturno.

—El señor Cullen era unitarista, no metodista, y vivió en Reading toda su vida, igual que su padre y su abuelo antes que él.

Dewar miró fijamente a Avory con la boca abierta.

—Repita eso —dijo despacio.

Avory lo hizo.

—Albert Cullen vivió en Reading toda su vida, y su padre y su abuelo antes que él.

Ahora sí estaba de veras sorprendido por el curioso comportamiento del detective de Scotland Yard. Dewar dio un estrepitoso puñetazo sobre el escritorio y dijo entre dientes:

—Me niego rotundamente a creerlo. Es del todo imposible. Tiene que haber un error.

Avory negó con la cabeza, pero Dewar se adelantó, impidiéndole hablar:

—No sirve de nada menear la cabeza de ese modo. Puede hacerlo hasta que se canse si quiere. Pero le diré una cosa, Avory. Este hombre, Cullen, estuvo en África en algún momento entre 1900 y

1906. Tiene que haber estado. Estuvo. Sé que estuvo. Y no hay más que decir.

El detective de Reading empezaba a disfrutar de la vehemencia de su colega y Dewar se calmó al instante.

—Debe pensar que he perdido la cabeza —dijo sonriendo—, pero tan solo escuche esto.

Le contó brevemente todo lo que había sucedido desde el asesinato del vagabundo. Avory estaba atónito.

—De modo que por eso Scotland Yard tenía tanta prisa por enviar aquí a uno de sus hombres. No lo entendíamos. Y ya veo a qué se refería con lo del pasado de Cullen.

—Si se demuestra con total certeza que Cullen vivió siempre en Reading —dijo Dewar—, entonces todo este asunto se convierte en la pesadilla perfecta. En todos estos casos ha habido un elemento de conexión... Fue imposible rastrear la vida de esos hombres más allá del año 1905. Si Cullen no era más que un respetable farmacéutico de Reading entre 1900 y 1906, estamos en un callejón sin salida y el caso se convierte en un caos. Aunque ciertamente ya era bastante caótico.

El detective se levantó.

—Tenemos tres posibles líneas de investigación. Primero, hemos de revisar centímetro a centímetro la vida de Cullen. Segundo, distribuiremos una descripción del hombre de Petworth por toda la ciudad. Y, por último, buscaremos sudafricanos descarriados.

—Si puede esperar dos minutos —respondió Avory— pondré las dos últimas en marcha y después podríamos ir a la tienda de Cullen a revisarlo todo y ver si ha llegado ya alguno de sus hijos. Los hijos viven en el sur de Gales, donde se dedican a la industria de la hojalata, y la hija está casada con un hombre de Bradford. Es una pena que ninguno se quedara en casa con el viejo. Pero los dos muchachos tienen un buen empleo y tampoco podían pedirle al marido de ella que dejara el suyo. De modo que se quedó solo.

Caminaron hacia la pequeña farmacia y se abrieron paso entre la multitud de curiosos reunidos en las inmediaciones del edificio. En el interior las lámparas de gas estaban encendidas y los ojos de Dewar no tardaron en acostumbrarse a la luz artificial. Llevó a cabo un rápido registro del local, más por la arraigada costumbre de hacerlo que porque esperara encontrar algo que el inspector Avory hubiera pasado

por alto. Lo cierto es que no estaba demasiado interesado en el crimen propiamente dicho ni en el método empleado para cometerlo. Los antecedentes de la víctima eran el principal objetivo de su atención. La tienda había permanecido intacta desde el asesinato, con la única excepción de la retirada del cadáver.

Dewar subió al primer piso y entró en el cuarto de estar del difunto. Había todo un estante a rebosar de libros de consulta sobre química y farmacia, y un escritorio, cuyos casilleros y cajones estaban repletos de paquetes de documentos cuidadosamente ordenados y atados. Eso era lo que Dewar buscaba. Se quitó la chaqueta y se sentó en mangas de camisa frente al escritorio. Una hora y media después se apoyó en el respaldo, miró al techo y parpadeó. No había un solo documento que arrojara el más mínimo resquicio de luz sobre la investigación. Se levantó y registró meticulosamente el resto de la vivienda. Resultaba evidente que el señor Cullen era un hombre metódico. No había ni un documento ni un pedazo de papel fuera del escritorio. Ni siquiera un viejo sobre, una receta desvaída, una factura o un recibo perdido por algún rincón. Había dado la búsqueda por terminada cuando escuchó voces en las escaleras y segundos después Avory entró en la habitación seguido por dos hombres altos y bien parecidos y una joven vestida de negro cogida del brazo de un hombre mayor que ella.

—Este es el inspector Dewar de Scotland Yard, señor Cullen —dijo Avory—. Dewar, estos son el señor Cullen, el señor George Cullen y el señor y la señora Newton. La señora Newton es la hija del fallecido.

Dewar inclinó la cabeza y se dirigió al hijo mayor.

—Mi más sincero pésame por su pérdida, señor.

El mayor de los dos hombres respondió pausadamente.

—Gracias, inspector. ¿Desea hacernos alguna pregunta?

Dewar y Avory ofrecieron sillas a los recién llegados y Dewar empezó.

—Solo quiero hacerles tres preguntas, señor. ¿Tenía enemigos su padre?

Cullen negó enfáticamente con la cabeza y el hermano más joven murmuró:

—Ni un solo enemigo.

—Gracias. La segunda pregunta es ¿quiénes son los beneficiarios de

su testamento?

—Nosotros tres, en la misma proporción.

—La tercera pregunta es esta: ¿dónde estaba su padre entre los años 1900 y 1906?

—En Reading.

—¿Está usted seguro?

El hijo mayor frunció el ceño.

—Déjeme pensar. Nací en el ochenta y ocho, de modo que en 1900 yo tenía doce años y en 1906 cumplí dieciocho. Nellie nació en 1899, ¿verdad, Nellie?

La joven asintió.

—Y sé que mi padre estuvo en casa desde que Nellie nació hasta 1902. Desde ese año trabajé con él en la tienda hasta 1908 y en todo ese tiempo nunca abandonó Reading. No, señor, puedo afirmar con total seguridad que mi padre estuvo en Reading en todo momento entre 1900 y 1906.

—¿Su padre nunca estuvo en el extranjero?

—A menudo le oía decir que nunca se había alejado de Reading más allá de Lyme Regis. Era una de sus bromas.

—Supongo que nació aquí.

—Sí. Mi abuelo llegó a Reading siendo muy joven, antes de que naciera mi padre, y la familia ha vivido aquí desde entonces. Hará unos ochenta años. Él era de Ipswich.

Dewar extendió la mano para despedirse.

—Gracias, señor. Eso era cuanto quería preguntarles.

El mayor de los Cullen estrechó la mano del detective y dijo:

—Supongo que no es muy adecuado preguntárselo, pero ¿tiene alguna explicación para esta horrible tragedia?

—Aún no, señor —respondió Dewar con gravedad. Y en cuanto la familia se marchó añadió entre dientes con acritud—: ¿Alguna explicación? Lo poco que creía saber ya no sirve de nada. Nunca había estado tan perdido.

6 Tribunal penal central de Inglaterra y Gales.

Desvelando el apacible pasado de Oliver Maddock

No podía hacer mucho más en Reading. Las declaraciones del mayor de los Cullen sobre el pasado de su padre fueron ampliamente confirmadas. Nunca había salido de Inglaterra. Una docena de viejos amigos y colegas se presentaron en comisaría para declarar que recordaban con claridad los años comprendidos entre 1900 y 1906. También hubo unanimidad a la hora de asegurar que Albert Cullen no había hecho daño a una mosca en toda su vida y de haber querido tampoco habría sabido cómo hacerlo.

Fue imposible encontrar a alguien que hubiera visto al letal desconocido entrar o salir de la farmacia, aunque un hombre se presentó en comisaría para declarar que la noche del asesinato había visto un coche de gran tamaño detenido al final de la calle. Sin embargo, el testigo no fue de gran ayuda, pues no sabía nada sobre motores y ni siquiera podía recordar si el coche era o no descapotable.

Fue necesario esperar hasta el cuarto día de investigación para obtener la primera información valiosa. Una mujer que regentaba una tienda de tabaco y prensa en una pequeña calle de otra parte de la ciudad declaró que un mes antes del asesinato un forastero que se parecía al retrato robot del hombre de Petworth le había comprado un plano de Reading. Recordaba especialmente sus ojos oscuros y hundidos, los pómulos marcados y las cadavéricas mejillas. Eran más de las seis cuando entró en el local y ella se alarmó al ver el aspecto siniestro de su tardío cliente. Llevaba un largo gabán de color negro y un sombrero de fieltro del mismo color inclinado sobre la frente. Ella se sintió aliviada al verlo marchar. Cuando le preguntaron por su voz, la mujer respondió que no tenía nada de particular, ni una especial

dureza ni acento extranjero. Cuando se disponía a abandonar la comisaría se detuvo y añadió pensativa:

—Es más, yo diría que le había visto antes. Hace años.

Dewar trató de ocultar su impaciencia cuando le preguntó:

—¿Puede recordar cuándo y dónde?

La mujer volvió a sentarse y respondió como si hablara consigo misma:

—No fue el año pasado, ni el otro. Puede que fuera el anterior a ese. No, no creo que fuera ese, pero tampoco sabría decir por qué estoy tan segura. Fue en el veintisiete, el veintiséis o el veinticinco. Lo sé. ¿Por qué no me habré acordado hasta ahora? Fue justo antes del día del derbi, y mi marido había apostado por Sansovino en la taberna La rueda y los Radios. Yo había visto a ese hombre en la calle justo después de hacer la apuesta y le comenté a mi marido que ver una cara como esa no nos daría suerte, pero sí nos dio, y Sansovino ganó. ¿Qué año podría ser?

—El año de Sansovino... —intervino el sargento de guardia—. Sería 1924.

—Bien, pues en 1924. Recuerdo con claridad haber visto esa cara en la calle, frente a la vieja taberna. De veras me asusté.

—¿Está segura de que era el mismo? —preguntó Dewar.

—Bueno, señor, ha pasado mucho tiempo y quizá no me atrevería a jurarlo ante un juez en el estrado. Pero de todas formas estoy segura.

Esa misma tarde, a última hora, Dewar regresó a Scotland Yard con el cerebro en plena ebullición, ansioso por comentar las novedades con el superintendente Bone.

—Estoy absolutamente vencido, señor —fueron sus primeras palabras al entrar en el despacho.

—No será la primera vez, joven Dewar —respondió Bone, riendo perezosamente.

El superintendente estaba de un humor excelente, ya que esa misma mañana había dirigido el arresto del mayor distribuidor de cocaína del West End londinense, un hombre que llevaba siete años huyendo de la justicia.

—¿Y ahora qué sucede? ¿El aire de Reading no le parece saludable?

—El aire de Reading me resulta desconcertante.

Bone sonrió afablemente.

—Esa impresión me ha dado. Cuénteme.

Pero la sonrisa se fue borrando poco a poco de su cara hasta ser reemplazada por una expresión inusualmente seria y pensativa.

—¡Válgame Dios! —fue su comentario en cuanto Dewar concluyó el relato—. Desde luego esto es el golpe final. No me extraña que esté usted un poco abatido. ¡Qué trabajo, el nuestro!

Hubo un largo silencio mientras el superintendente reflexionaba, y Dewar permaneció sentado sin hacer nada. Estaba harto de estrujarse el cerebro dándole vueltas a aquel asunto, y cada vez estaba más convencido de que los asesinatos eran el resultado de la conducta desquiciada e insensata de un maniaco homicida.

—De modo que otra vez nos encontramos en un callejón sin salida —observó Dewar.

—No tanto. Anímese —respondió Bone—. El hombre del rostro espantoso está saliendo lentamente a la superficie. Me pregunto si será una coincidencia. El mismo sujeto que aparece haciendo preguntas en Petworth, o si no es el mismo de todas formas se le parece, se presenta en Reading poco antes de que le disparen al pobre farmacéutico. Es curioso.

—Y también estuvo en Reading hace cuatro años. Lo que es aún más raro —dijo Dewar.

—Sí, admito que es extraordinario. No logro hacerlo encajar en ninguna parte del puzle.

—Ya que lo dice... ¿Y a Cullen? ¿Puede encajarlo en algún lado? ¿Qué relación puede tener un comerciante metodista que nunca se ha alejado de Reading más allá de Lyme Regis con una banda de asesinos, traficantes de diamantes y vendedores de armas de Johannesburgo, Angola y el Congo Belga?

—Lo ha resumido a la perfección —dijo Bone—, y no creo que sea posible responder a su pregunta. El cerebro humano se bloquea ante la posibilidad de intentarlo. Sin embargo, tenemos el cartón y la bala. Está la coincidencia de la edad del fallecido, un hombre mayor, como los demás, y la reaparición del desconocido de Petworth.

—Tengo dos ideas, señor —dijo Dewar de repente—. La descripción que hizo la mujer del desconocido de Petworth es la perfecta descripción de un lunático. Los ojos negros y las mejillas hundidas, su apariencia estrambótica... podría ser Jack el Destripador.

—Por supuesto que sí. Pero debe recordar que incluso esos maniacos homicidas tienen siempre algún extraño y desquiciado motivo para asesinar. Jack solo mataba prostitutas porque estaba convencido de que era su misión divina. Pero me niego a pensar que este hombre crea que Dios le ha encomendado asesinar a hombres de negocios como Skinner, granjeros emigrantes como Rice y Wilton, vagabundos o respetados farmacéuticos metodistas. Sería demasiado, ¿no le parece? No, siempre hay una loca motivación para su locura. ¿Cuál es su otra idea?

—Que un lote entero de pistolas salió de fábrica con el mismo defecto del cañón, de tal modo que todas las balas disparadas con ellas tienen la misma estriación.

Bone levantó el auricular del teléfono.

—¿Sargento? —dijo—, superintendente Bone al habla. Dígale al sargento armero que suba un momento a mi despacho. ¿Cómo se llama? Carter, eso es.

»Dudo que tal cosa sea posible, Dewar, pero ¿quién podría ser? En cualquier caso, Carter lo sabrá... Ah, Carter. Entre, quiero preguntarle algo. ¿Sería posible que todo un lote de pistolas saliera de fábrica con un defecto idéntico en el cañón, de tal modo que todos los proyectiles disparados con ellas presentaran una estriación exacta?

El sargento Carter respondió al instante:

—No sería imposible, señor, del mismo modo que no lo es que dos hombres tengan huellas dactilares idénticas. Pero es tan improbable que resultaría inviable conseguirlo desde un punto de vista estrictamente práctico.

—Gracias. Eso es todo, Carter.

—Eso es todo —repitió Dewar cuando volvieron a estar a solas.

—Sí, lo cual nos lleva nuevamente al punto de partida. ¿Está usted seguro de que Cullen nunca salió del país?

—En eso están todos de acuerdo. La idea les resulta cómica. Decenas de personas han declarado que nunca abandonaba Reading excepto para llevar a su familia a la costa durante las vacaciones de verano. Al parecer, a eso se resumen sus escasas escapadas desde que nació. Es una de las pocas cosas de las que podemos estar seguros desde el asesinato de Skinner.

Bone se apoyó en el respaldo de la silla.

—Es la primera víctima cuyos movimientos entre 1900 y 1905 hemos podido rastrear y que se pueden considerar útiles. Lo cierto es que no creo que se puedan considerar siquiera movimientos. El señor Cullen no era precisamente un ave migratoria. La clave de este asunto está, como sabemos o creemos saber, en alguno de esos años. Cullen está conectado con dicha clave. Cullen nunca ha abandonado Reading. Por tanto, la clave está en Reading. ¿Qué le parece ese razonamiento?

Dewar se rio.

—Es perfecto, señor. Pero no me lo creo.

—Yo tampoco. Y eso demuestra que la lógica es bastante inútil en los casos extremos. Estoy seguro de que la solución a todos nuestros problemas está en Sudáfrica, aunque la lógica me dice que ha de estar en Reading. Pero yo prefiero mi propia opinión. Por cierto, los cartones que faltan... ¿cuáles son?

—Seis, siete y ocho, señor. Oliver Maddock fue el cinco, y Cullen es el nueve.

—Lo evidente es que esos tres hombres están muertos, sea cual sea su identidad. Después de todo, 1905 fue hace veinticuatro años y no me sorprendería que algunos miembros de la banda hubieran fallecido entretanto.

—Me resulta difícil asociar al inofensivo Cullen con la palabra «banda».

—O con acaudalados hombres de negocios como Skinner y con escoria como Henry Maddock.

—De hecho, señor, Cullen lo ha desbaratado todo —dijo Dewar, indignado—. No encaja en absoluto con el resto del cuadro, o el mero hecho de que forme parte de él nos obliga a dejar fuera todo lo demás.

Un agente llamó a la puerta y entró.

—El comisario adjunto desea verle, señor.

El superintendente hizo una mueca cómica y se levantó de la silla.

—¿Y mientras tanto, señor? —preguntó Dewar.

—Oh, mientras tanto yo regresaría a Reading e intentaría averiguar algo más sobre el hombre de Petworth y la vida de Cullen. Concédale otra semana al asunto. Para entonces probablemente habrá aparecido el número diez. No me sorprendería que el número diez fuera un arzobispo o una madre superiora. Hasta la vista, Dewar.

Y el superintendente salió del despacho con gran parsimonia, como

un enorme transatlántico en plena marejada.

Dewar regresó a Reading desanimado y pesimista. La serie de asesinatos sin resolver empezaba a obsesionarle. Nunca había dedicado tanto tiempo a un solo caso sin progresar lo más mínimo y el natural desánimo causado por el fracaso era aún mayor, ya que no podía evitar pensar a todas horas en la misma serie de circunstancias y los mismos personajes. Para empeorar las cosas, entre la niebla y la oscuridad que desde el principio envolvían el caso comenzaba a emerger de forma gradual la siniestra y sombría figura del asesino. Cuanto más pensaba en él más negros y brillantes se volvían sus ojos, más hundidas eran sus mejillas y más marcados y prominentes sus pómulos. Solo tenía que cerrar los ojos para contemplar la alta figura con su largo gabán negro y el sombrero del mismo color calado sobre la frente, avanzando implacable y silencioso de un pueblo a otro, de una ciudad a otra, de continente en continente, persiguiendo con inquebrantable voluntad a los hombres que lo habían traicionado veinticinco años atrás. El largo cuchillo de hoja estrecha en el bolsillo interior, la pistola de aire con la muesca en el cañón en un bolsillo lateral. La simplicidad y discreción de su manera de actuar resultaban aterradoras. Nadie había visto al desconocido aproximarse a sus víctimas. Nadie había visto a la oscura figura huir de ninguna escena del crimen. En cada caso, el momento había sido cuidadosamente escogido, el método de evasión hábilmente planificado, y, llegado el instante decisivo, cada asesinato había sido cometido con despiadada eficiencia, y cada retirada efectuada sin prisa y con el más absoluto sigilo.

«Como un gato que caza un pájaro en plena noche —pensó Dewar —. La cosa se pondrá tensa si llegamos a encontrarle. Peter el Pintor[7] era un torpe aficionado comparado con este sujeto».

Y entonces de repente tuvo una idea. Había ido dando forma a la imagen del asesino apoyándose en las circunstancias de cada crimen; la discreción, el éxito, la huida, la muerte instantánea de cada víctima, la total ausencia de fallos, la absoluta y perfecta eficacia de cada crimen. Y ahora se preguntó si era posible que el hombre que poseía las cualidades necesarias para llevar a cabo esos asesinatos pudiera haber cometido el grotesco e increíble error de disparar al Maddock equivocado.

El inspector Dewar estaba sentado en un vagón de la Circular Interior del metro, de camino a Paddington, cuando se le ocurrió la idea. Tanto le sorprendió su simplicidad y lo estúpido que había sido al no haberlo pensado antes que cuando se recuperó se dio cuenta de que había dejado atrás su parada y había llegado a Edgware Road.

Miró el nombre de la estación y sonrió.

—Tiene que ser una señal —murmuró, aunque como buen escocés, práctico y realista, no creía en absoluto en tales supersticiones—. Es una señal para no ir hoy a Reading.

Salió del metro en Edgware Road, cogió un autobús a King's Cross y una hora después caminaba a buen paso en dirección a Greenlawns. Poco después de llamar al timbre, un joven al que enseguida identificó como Bill Maddock le abrió la puerta.

—¿Es usted el señor Maddock? —preguntó el inspector.

El joven respondió con actitud desafiante:

—Sí, y si es usted de algún periódico lo echaré a patadas.

—No soy periodista —respondió Dewar—. Soy de Scotland Yard y quiero hacerle una pregunta.

El joven dejó a un lado su arisca actitud y frunció el ceño.

—Si se trata de mi padre, puede ahorrársela. Yo no estaba aquí cuando sucedió y no sé nada al respecto, y si lo supiera tampoco le diría nada.

—No es sobre su padre —respondió Dewar bruscamente—. Es sobre su tío Oliver.

—¡Ah, esa vieja historia! —exclamó Bill, con petulancia—. Creía que ya habíamos terminado con eso de una vez por todas. ¡Por Dios santo! Menuda época ha tenido mi familia últimamente. En fin, entre, señor Sexton Blakes, y dispare.

—No le robaré más que un momento —dijo Dewar—. Quiero saber si oyó contar a su padre o a otra persona algún detalle sobre la juventud de su tío Oliver. Dónde vivió, a qué se dedicaba, etcétera.

—Vivió en St. Andrews.

—Sí, lo sé. Pero antes de eso.

—¿Antes? Ay, señor, ni idea. Siempre vivió en St. Andrews. Al menos desde que yo le conocí. Veamos. Llegamos a Inglaterra en 1906... Yo era muy pequeño entonces, tenía dos años... En aquella época el tío Oliver ya estaba en Escocia, estoy seguro. En cuanto a lo

que hacía antes de eso, fue profesor en Londres o algún otro sitio, según creo, y en esa época se movía bastante y desempeñó diversos trabajos. Pero desconozco los detalles. Lo cierto es que nunca nos interesamos demasiado por él. Era un viejo aburrido.

—¿Es posible que su hermana sepa algo más?

—Supongo que menos. Es un año menor que yo y no se entera de nada.

—¿Alguien más podría hablarme acerca de él?

El joven reflexionó.

—Bueno, tenía una especie de ama de llaves en Escocia. Quizá ella pueda hacerlo. Y también está tía Emilia, aunque no tenemos relación con ella.

—¿Es la hermana de su padre?

—No, de mi madre. Señora de George Angus. Vive en Londres, en Ilford, me parece. Odia a mi padre, pero quizá pueda contarle algo de Oliver.

Dewar tuvo que contentarse con tan escasa información. No sacaría nada más de Bill Maddock.

Según la guía telefónica, George Angus, ebanista de profesión, vivía en Bridge Road, Ilford; y allí se dirigió el inspector, después de tomar la precaución de hacer una llamada a Scotland Yard para dar parte de su cambio de planes al superintendente.

La señora Angus era una mujer bien parecida que sin duda había sido una belleza en su juventud. No tuvo ningún reparo en hablar de Oliver Maddock, aunque el inspector percibió cómo apretaba los labios y su expresión cambiaba cada vez que la conversación derivaba hacia su hermano.

—Sí, señor —dijo la señora Angus—, recuerdo a Oliver Maddock de aquellos años, aunque no creo haber coincidido con él más de seis veces en mi vida. Mi pobre hermana Mary tenía problemas respiratorios y todos ahorramos lo que pudimos para enviarla una temporada a África. Ojalá no lo hubiéramos hecho. Ya nunca pudimos estar tranquilos en lo referente a ella. Fue a África y... se casó. Nunca regresó. Ese hombre la mató, lo sé, con su crueldad y su forma de vivir. Pero antes de eso el señor Oliver solía venir a vernos con noticias suyas y..., y de su hermano. Hasta que en 1900 dejó de hacerlo. Entonces no supe por qué. Pero después lo averigüé. Tampoco

teníamos noticias de..., de Henry. Estaba en prisión.

Dewar asintió:

—Lo sé. ¿Y qué hacía Oliver Maddock en aquella época?

—Trabajaba de profesor en una escuela de Tottenham. Pero poco después abandonó Londres y no volvimos a verle.

—¿Cuándo diría que se marchó?

—Fue después de 1900, señor, porque ese año aún vino a vernos una o dos veces con noticias de su hermano. Creo que tuvo que ser en 1901.

—¿Y no sabe usted adónde fue?

—Me temo que no, señor. Sin duda me lo contó entonces, pero no le presté mucha atención. Creo que fue lejos de Londres. Consiguió un puesto nuevo y mejor. Pero ha pasado mucho tiempo para recordarlo con exactitud.

—Por supuesto, señora. Le estoy muy agradecido por lo que me ha contado.

Dewar abandonó Bridge Road, en Ilford, sin saber más que cuando había llegado. Envió un telegrama a la policía de St. Andrews y retomó su interrumpida expedición a Reading.

Al día siguiente, justo cuando estaba a punto de salir del hotel, dispuesto a recorrer varios garajes para comprobar si por casualidad el hombre de Petworth había repostado en la ciudad, le entregaron un telegrama. Era de la policía de St. Andrews y Dewar lo leyó inmediatamente:

> La señora Auchterlonie ama de llaves de Maddock afirma que su patrón fue profesor en la escuela St. Botolphs de Reading en Berkshire firmado inspector Anderson.

7 Miembro de un grupo de anarquistas letones emigrados a Londres.

8 Detective de ficción creado por Harry Blyth.

20

El embrollo sudafricano era una pista falsa

Dewar se sentía casi mareado mientras caminaba lentamente de regreso al vestíbulo del hotel y se sentaba en una butaca. Después de varios meses, lo increíble había sucedido. Dos hechos se habían conectado. Los cientos de detalles que habían recabado no parecían tener la menor relación hasta el momento. Había estado a punto de rendirse creyendo que nunca encontraría el más débil indicio de conexión entre alguno de ellos, y de repente llegaba aquel telegrama de St. Andrews y... ¡clic! Dos piezas del puzle habían encajado. Una de las víctimas, Oliver Maddock, había sido profesor en una escuela de Reading; otro de los asesinados, Cullen, había sido farmacéutico en Reading. Ahora podrían avanzar. Hizo una llamada de larga distancia a Scotland Yard para informar a Bone de las novedades y tuvo la satisfacción de impresionar al curtido y experimentado caballero.

—Repítamelo —dijo después de una larga pausa, y en cuanto Dewar lo hizo añadió—: Voy para allá. —Entonces colgó.

Más de un agente de servicio a aquella hora en Great West Road tuvo que apartarse apresuradamente de la trayectoria del gran coche de la policía de Vauxhall en el que el superintendente se dirigía a Reading, para evitar acabar sus días antes de tiempo. Y cuando al fin llegó a la comisaría de Reading, Dewar quedó estupefacto al ver la agilidad con que se movía el orondo superintendente y entraba en el despacho del inspector Avory. La apatía física por la que era conocido en Scotland Yard había desaparecido. El gran detective al que nadie había visto correr desde que alcanzara el grado de sargento entró casi corriendo en la habitación, se dejó caer en una silla que crujió peligrosamente bajo su peso, miró a Dewar y empezó a reír de forma

efusiva.

—Bueno, joven Dewar, somos un par de memos. Nos hemos pasado de listos, ¿no le parece? ¡Menudo caso! Dudo que alguna vez lleguemos al final de todo esto. Así que después de todo la clave era Oliver Maddock. Y ni siquiera nos molestamos en investigar al pobre hombre. Vaya vaya.

Se secó la frente.

—¿Qué le parece, señor? —preguntó Dewar.

—¿Qué me parece? Está más claro que el agua. Y lo habría estado desde el principio si no hubiésemos sido tan extremadamente listos. El hombre que disparó a Oliver Maddock pretendía disparar a Oliver Maddock, eso es todo. Caímos sobre Henry como una tonelada de ladrillos solo porque Henry era el hermano malo y por eso tomamos el camino equivocado. Todo lo relacionado con Sudáfrica está de más en este caso.

—Parece increíble, señor. Después de haber desenterrado a Jan Hendrick...

—Eso fue lo peor que nos pudo pasar. Nos llevó por el camino equivocado justo cuando habríamos podido encarrilar la investigación. No, muchacho. Nunca había estado tan equivocado. La clave de todos estos asesinatos no está en África, sino en Reading.

—Posiblemente pensará que soy irrespetuoso, señor...

—Seguramente lo haré. Pero no tiene importancia. Continúe.

—Bien, señor, ¿no cree que está yendo demasiado lejos?

—Puede ser, mi inteligente escocés, pero le diré una cosa. Me he hartado de fracasar una y otra vez con este caso y estoy dispuesto a ir hasta donde haga falta... o al menos a intentarlo —añadió contemplando su oronda figura—, si así tenemos una posibilidad de deshacer este entuerto. Estoy dispuesto a seguir adelante. Inspector Avory, ponga rumbo a la escuela St. Botolphs. Dewar y yo le seguimos.

Un desconcertado funcionario de la autoridad educativa local extrajo los registros de la escuela secundaria St. Botolphs de una polvorienta y lúgubre oficina antes de ponerlos a disposición de los detectives. La inspección duró alrededor de un minuto y medio. Desde enero de 1901 hasta diciembre de 1905 hubo en la escuela un maestro llamado Oliver George Maddock. Vivía en el 214 de Westhill Parade.

No encontraron nada en esa dirección. La casa había cambiado a menudo de propietario desde al año 1905 y no había nadie en las casas cercanas ni entre los pequeños comerciantes de la vecindad que recordara a Maddock.

—No tiene importancia —dijo Bone, de buen humor—. De todas formas, no habrían podido decirnos gran cosa. El siguiente paso es encontrar alguno de los otros nombres; Skinner, Rice y Wilton.

—Qué grupo tan extraordinariamente variopinto —dijo Dewar—. No es frecuente encontrar una banda de maleantes que incluya a dos hombres como Maddock y Cullen.

—No tal como eran el año pasado. Pero no sabemos cómo eran hace veintitantos años. Joven Dewar, ha conocido usted casi a tantas personas como yo que en la actualidad son más virtuosas de lo que solían ser. Hicieran lo que hicieran estos dos entre 1900 y 1905, los llevó a un final violento. De modo que no creo que todo haya sido tan inocente como parece —añadió, frunciendo el ceño—. Se me ocurren muchos trabajitos en los que un químico podría haber sido útil. Me cuesta más imaginar el papel de un maestro, a menos que todo fuera una tapadera y Oliver el cerebro de la banda. Al parecer era un pájaro muy inteligente, ¿no, Dewar?

—Era un gran lector, señor.

—Bueno, también usted, y no es que tenga mucha importancia. Dirija la marcha de nuevo, señor Avory. Estaremos una o dos horas en el ayuntamiento.

El siguiente objetivo del superintendente era el Censo de Votantes Parlamentarios de los primeros cinco años del siglo, pero se topó con un inconveniente. La última actualización del registro databa del año 1898, por lo que no incluía votantes censados en el distrito después de esa fecha. El padre y el abuelo de Albert Cullen estaban inscritos, pero no encontraron ninguno de los otros nombres. En el registro de votantes a las elecciones municipales tampoco había nada útil. Pero Bone no estaba dispuesto a renunciar a su buen humor.

—Ahora los callejeros —fue su siguiente petición.

E instantes después graznó encantado y le dio una fuerte palmada en el hombro a Avory.

—¿Qué le parece esto, muchacho? Skinner, Aloysius, 34 de la avenida Well.

—¿Qué fecha tiene? —exclamó Dewar ansioso, y Bone sonrió.

—Esto resulta emocionante hasta en Dumbartonshire, ¿verdad? Año 1902. Veamos el siguiente. Sí, aquí está, 1903. Y el siguiente, sí. Y el siguiente, no. Aquí no hay ningún Skinner. De modo que vivió en Reading en 1902, 1903 y 1904 —dijo Bone, y miró a Dewar—. Demonios, cuántos problemas nos habríamos ahorrado de no habernos pasado de listos.

Dewar no pudo evitar contradecirle.

—Incluso de haber encontrado antes el rastro de Oliver y Skinner hasta Reading, no habríamos llegado muy lejos sin el asesinato de Cullen.

—¡Qué disparate! —exclamó Bone—. El caso ya es nuestro, incluso sin Cullen. Ahora que sabemos que todos esos hombres coincidieron viviendo en Reading en el periodo exacto que sospechábamos... —De repente guardó silencio, miró a Dewar y después dejó escapar un silbido—. Mmm, esto es sin duda extraordinario. ¿Se da cuenta de que llegamos al periodo fatal comprendido entre 1900 y 1905 basándonos en el supuesto de que esa era la única época en que Skinner había podido conocer a Henry Maddock, y ahora Henry ha quedado fuera de la ecuación, pero el periodo sigue siendo válido? Eso sí es, cuando menos, extraño. No obstante —añadió más enérgicamente—, no importa demasiado si llegamos a la verdad gracias a un argumento equivocado, siempre y cuando los de arriba no se enteren. Ya están bastante contrariados por el asunto de Skinner.

El detective Avory sonrió.

—Señor, no sabe cuánto me alegra saber que también en Londres cometen ustedes errores.

Bone meneó uno de sus gruesos dedos ante el inspector de Reading.

—Y que le sirva de lección, joven, pues somos tan listos que incluso los errores nos conducen a la verdad. Pero no le diga nada al comisario. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Ahora que sabemos que estos hombres vivieron simultáneamente en Reading no deberíamos tardar mucho en averiguar qué estaban haciendo y cómo se llamaban los otros. Y, aun así —añadió moviendo lentamente la cabeza a un lado y a otro—, hay algo raro en todo esto. Algo que no cuadra.

—¿De qué se trata, señor? —preguntó Dewar.

Bone lo miró.

—Joven, ya sé cuál es su problema. Ha dejado de pensar en este caso y espera que siga haciéndolo yo solo. Bien, pues lo haré. Pero no hay motivo para que no lo intente usted también, ¿me oye?

A Dewar le pilló por sorpresa el reproche y murmuró:

—Pienso, señor, pero usted lo hace mucho más rápido que yo.

No podía haber escogido una defensa mejor. El superintendente estaba encantado. Se recostó y ronroneó satisfecho.

—¿A qué se refería con que hay algo raro en este caso? —preguntó Avory, y Bone volvió a incorporarse concentrado.

—Bien —respondió—, estamos asumiendo que estos hombres se reunieron en Reading con algún propósito ilegal. Personalmente... me atrevería a decir que eran falsificadores de moneda. ¿Recuerdan la cantidad de media coronas falsas que empezaron a circular en aquel periodo? Quizá fue hace demasiado tiempo para ustedes dos. En cualquier caso, y solo por suponer una actividad ilegal. En algún momento de 1904 o 1905 la banda se disuelve o alguien se encarga de hacerlo. Skinner lo deja en 1904, pero Maddock se queda hasta 1905 y Cullen nunca llega a abandonar. Y ninguno de ellos cambia de nombre.

—Quizá la banda no se separó por culpa de nadie —sugirió Dewar —. Puede que simplemente se disolviera.

—Pero según nuestra teoría hubo una traición y un hombre cumplió una larga sentencia. Por cierto, Dewar, hay otra cosa que no hemos tenido en cuenta... Maldito sea Henry Maddock y sus fechorías sudafricanas. En toda mi vida me había dejado engañar de esa manera.

—Nos condujo hasta un asesinato —dijo Dewar.

—Lo sé. Pero eso fue un golpe de suerte, combinado con sus poderes de deducción, por supuesto —se apresuró a añadir—. Por cierto, nos hemos olvidado de la lista de convictos con sentencias largas encerrados antes de 1905 que salieron de prisión después de 1925. ¿La tiene aquí?

—Sí, señor.

—Hay que revisarla. Pero hasta donde yo recuerdo la mayoría eran crímenes pasionales.

—Cuatro, señor. También había una pelea callejera y dos robos.

—¿No había indicios de asociación ilícita en ninguno ellos? ¿No

encontró nada por el estilo en las actas de sus juicios?

—No, señor.

Bone reflexionó unos instantes.

—Me parece que el enfoque más prometedor es averiguar a qué se dedicaba Skinner en aquella época, además del paradero de Rice y Wilton. Si usted se encarga de Skinner, Dewar, yo haré lo propio con los otros dos. Y quizá Avory pueda revisar las audiencias judiciales de esos años y elaborar una lista de las mayores condenas. Podría sernos útil. Volveremos a reunirnos en el despacho de Avory a las siete en punto de la tarde.

La tarea de Dewar no le llevó mucho tiempo. El empleado de la Cámara de Comercio de Reading era un apasionado lector de novelas de detectives y se mostró muy emocionado ante la idea de colaborar, aunque fuera de manera humilde, con un auténtico inspector de Scotland Yard. Con los dedos temblorosos y ruborizado por la emoción desde las mejillas hasta el cuello, registró con impaciencia los archivos de la Cámara y en menos de diez minutos encontró la información requerida. Aloysius Skinner había sido director ejecutivo de Tintes Van Doone, Harlem House, Reading, entre 1902 y 1904. Había abandonado el puesto para asumir la dirección de una compañía londinense. Tintes Van Doone había prosperado antes de convertirse en una empresa pública, había perdido fuelle a causa de la competencia alemana, había producido explosivos durante la guerra, había vuelto a languidecer durante la posguerra y al final había sido absorbida por otra compañía llamada Cochinilla Imperial. Según el empleado de la Cámara de Comercio, Skinner no había vuelto a participar activamente en la industria de Reading desde que abandonó la ciudad en 1904.

—¿Hay alguna información personal sobre él? —preguntó Dewar, y el funcionario se mostró dubitativo.

Dewar miró a su alrededor y bajó la voz teatralmente.

—Se trata de un caso de asesinato, ¿sabe?

—¿Cómo? —exclamó el joven, susurrando también—. ¡No será el mismo Skinner de Cochinilla Imperial! El hombre que fue...

—El mismo —dijo Dewar, con actitud melodramática.

El funcionario claudicó al instante.

—Buscaré en el registro confidencial —susurró, y salió de puntillas

en dirección a la cámara de seguridad. Dewar tuvo que contener una sonrisa.

—Aquí tiene —dijo el joven—. Skinner, Aloysius. Antecedentes desconocidos. Competente. Aparentemente honesto. Renuncia en 1904 por promoción en Londres.

Dewar se centró en la compañía que había dirigido Skinner y leyó: «Tintes Van Doone. Harlem House. Fundada en 1901. Sólido respaldo financiero. Paga elevados salarios. Reputados socios continentales». Y después, escrito con otra caligrafía: «1904. Posición AI», a lo que seguía un registro más detallado de las vicisitudes de la compañía hasta su absorción por Cochinilla Imperial.

«De cualquier modo, tenían buena opinión de él en los círculos financieros de Reading —pensó Dewar—. Al menos, aquí no hay nada en su contra».

Por si acaso caminó hasta la avenida Well e hizo algunas preguntas entre los vecinos. Pero, como era de esperar, nadie recordaba su nombre. Tampoco tuvo suerte con los Tintes. La plantilla había sido reducida durante los años austeros de la competencia alemana, se había cuadruplicado durante la guerra, se había vuelto a reducir durante la crisis de la posguerra y, por último, tras los numerosos cambios, había quedado completamente transformada. Como consecuencia, el empleado en activo con más años de servicio en la actualidad formaba parte de la empresa desde 1910.

Cuando Dewar regresó a la comisaría con el resultado de su tarde de trabajo, Avory ya estaba esperando. Bone llegó pocos minutos después.

—Los tengo —anunció—. A Rice y Wilton. Especularon con productos agrícolas en 1906 y se declararon en quiebra. No me extraña que no fuéramos capaces de seguirles la pista entre granjeros y pastores. Eran muchachos de pueblo que se marcharon a la ciudad para intentar hacer fortuna.

—Eso explica lo que contaba el tabernero de Petworth —exclamó Dewar—: Que solían sentarse en un rincón a hacer cuentas en trocitos de papel.

—Las cosas empiezan a encajar, muchacho, ¿no le parece? —dijo Bone—. ¿Qué nos trae?

El superintendente escuchó, después hizo una mueca.

—No ha tenido ni la mitad de éxito que yo. He encontrado dos hombres arruinados y usted solo a un hombre honesto. En este espectáculo no hay lugar para hombres honestos. Los hombres honestos no acaban asesinados de este modo. ¿Qué tiene usted, Avory? Hable, muchacho.

El inspector de Reading tenía un gran pliego de papel delante, completamente cubierto de notas tomadas a lápiz.

—He encontrado dieciocho sentencias de siete años o más en el archivo de actas judiciales de Reading entre los años 1900 y 1905 —dijo.

—Dieciocho —repitió Bone—. Qué lugar de perdición debió ser esta ciudad.

—Claro que eso fue antes de hacerme inspector —dijo Avory, con remilgo.

—Continúe. Empiece por las sentencias más largas.

—Por ese lado tenemos tres hombres ahorcados. Hobson, Smith y Horrock.

—Prescindiremos de ellos. Estamos buscando a un hombre sentenciado a una larga condena, pero la pena de muerte ya es pasarse de largo.

— Tenemos cuatro cadenas perpetuas: Thomas, Bartlett, Vernon y Box.

Dewar se sorprendió.

—¿Ha dicho Box?

—Sí.

Bone y Avory le miraron pasmados.

—¿Qué sucede, joven Dewar?

—Box es uno de los nombres de mi lista.

—¿Qué lista?

—La de los hombres sentenciados antes de 1905 que no salieron en libertad hasta después de 1925.

Harry Box

—Vaya vaya —murmuró el superintendente Bone—. Los hechos por fin parecen encajar. De modo que Box era uno de los hombres de Reading y Box es uno de nuestros siete héroes que cumplieron sentencias de más de veinte años. Termine su lista, inspector, si es tan amable. Es mejor verlos todos antes de seguir.

Avory leyó despacio su lista de largas sentencias, tachando una a una cada vez que el inspector meneaba la cabeza. En ninguna había indicios de organización criminal y solo en un caso había más de un hombre condenado por estar involucrado en el mismo delito y se trataba del robo de una caja fuerte llevado a cabo por dos conocidos ladrones metropolitanos.

Cuando concluyó el recital, Bone volvió a hablar.

—Ahora vamos con el señor Box. Por cierto, Dewar, revisó usted su juicio, ¿no es así?

—Sí, señor. Pero fue antes del asesinato de Cullen y entonces no estábamos demasiado interesados en Reading. De haber sido después...

Bone no dijo nada, pero Dewar tuvo la certeza de que le estaba recriminando en silencio su negligencia. Tuvo que admitir que mientras revisaba los registros en busca de información sobre los juicios no había prestado especial atención a los lugares donde se habían cometido los crímenes. La obsesión sudafricana había llegado a dominarle, igual que a Bone.

—Box mató a un hombre por seducir a su esposa. Era ingeniero de profesión y aparentemente un tipo educado. —Era Avory quien hablaba—. Tengo la sensación de que despertó las simpatías de mucha gente, pues el hombre al que mató tenía mala reputación. Un tipo atractivo y resultón, afortunado con las mujeres, pero un completo

sinvergüenza.

—¿Box tiene aún algún pariente en Reading? —preguntó Bone.

—Eso no lo sé. Trabajaba en la sala de maquinaria, como supervisor de montajes, y le iba bien.

—¿Y la mujer?

—Tampoco tengo información sobre eso. Pero imagino que abandonó el distrito después de lo sucedido.

El superintendente suspiró.

—Es absolutamente frustrante. ¿Qué relación puede tener el asesinato de un hombre así con nuestra pequeña banda? No pueden haberse fugado todos con su mujer. Reconozco que podrían haberlo hecho, aunque es altamente improbable. No podría encontrar un grupo de falsificadores de moneda, ¿verdad, Avory? O un par de bandas aficionadas a las carreras ilegales... Eso sería mucho mejor que este afrancesado crimen pasional. ¿No es así como lo llaman, Dewar? Esto no nos sirve de nada.

—Lo cierto es que no parece que pueda ser nuestro hombre —dijo Dewar.

—Desde luego que no. Pero es una notable coincidencia. Encontrar a un convicto con una condena de más de veinte años entre los únicos siete con sentencias semejantes en el periodo que nos interesa y precisamente en esta ciudad. ¡Pero esto no está bien! —exclamó de repente—. Lo de los veinte años solo lo dedujimos siguiendo las andanzas de Henry Maddock. Dewar, me estoy enredando. Avory, este es un día inolvidable en su carrera profesional. Ha visto a un superintendente londinense desconcertado.

—Ya los he visto antes, señor, pero nunca había visto que uno lo admitiera.

—Lo cierto, señor —intervino Dewar—, es que las fechas son correctas. Cullen es nuestra baza más sólida ahora mismo. Cullen nunca abandonó Reading; por tanto, fueron los demás quienes se asentaron temporalmente en esta ciudad. Skinner solo estuvo aquí de 1902 a 1904, de modo que debió ser en esos años. Y el convicto tuvo que cumplir una condena larguísima, después de todo.

El rostro de Bone se iluminó.

—Por supuesto. Ahora lo veo todo claro. Avory, esta será la última vez que vea a un superintendente desconcertado. Dejemos a un lado la

atractiva teoría de que el motivo de las visitas de Cullen a Lyme Regis durante sus vacaciones de verano era organizar una banda internacional de contrabandistas de agua de colonia, y concentrémonos en Box por un instante. ¿Tiene ahí algo más sobre él, Avory?

—Aquí no, señor. Pero todos los detalles están en el registro.

Poco después apareció un sargento con el acta íntegra del juicio de Box, cuyo duplicado Dewar había tenido ocasión de estudiar en Scotland Yard. Bone lo leyó rápidamente, murmurando de cuando en cuando a medida que avanzaba.

—Mmm, un tipo atractivo... Tiene cierta clase... No culpable... Niega todo conocimiento... Un disparo en la cabeza y otro en el pecho... Box juró que estaba poniendo a prueba un motor... No había testigos... El fallecido tenía numerosos enemigos... Pistola encontrada en casa de Box bajo el entarimado... Un escondite rematadamente estúpido, sin duda... Declarado culpable... Sentencia... Arrebato de ira en el estrado, etcétera. Eso es todo. Ahora el historial de Box. Hijo de un ingeniero de Lancashire, un hermano en la Marina Mercante... Casado con Elsie, hija de John Carpenter, panadero de Newbury. Buen jugador de fútbol, temperamental y reservado. Detenido por golpear a un hombre que dijo que Lancashire era un condado de cobardes. Metodista wesleyano. Frecuentaba la iglesia. Recibió bonificaciones de la empresa en dos ocasiones por sus inventos.

Bone levantó la vista.

—Esa es a grandes rasgos la biografía de un joven, por otra parte, bastante notable y prometedor. Es también la biografía de un asesino, pero no parece la de un maleante. Aunque nunca se sabe. Sin duda un ingeniero y un químico podrían ser útiles en cualquier grupo de las características del que nos ocupa. Skinner se ocuparía de los aspectos financieros, Rice y Wilton solo Dios sabe a qué se dedicarían, y en cuanto a Oliver Maddock... —Bone suspiró cómicamente—. ¡Menuda banda! En fin, lo mejor será enviar a alguien a buscar a Box. No nos vendrá mal dar con él. Siempre podemos pedirle a nuestro carpintero de Petworth que lo identifique. ¿Quiere encargarse usted, Avory? Yo iré a Newbury e intentaré hablar con John Carpenter; o, mejor aún, con Elsie Box.

—¿Y yo qué hago, señor? —preguntó Dewar.

—Váyase al cine.

—Preferiría acompañarle.

—No soy capaz de resistirme a un cumplido —dijo Bone—. Puede venir conmigo.

En Newbury no les resultó difícil encontrar a John Carpenter. Con el paso de los años se había convertido en una celebridad local. Con más de setenta cumplidos, había sido concejal de urbanismo del distrito durante cuatro décadas y media, y su cabello y barba blancos y sus bondadosos ojos azules eran conocidos por todo hombre, mujer y niño de la parroquia. Dewar preguntó por la dirección a un chiquillo que les indicó de forma precisa y sin ningún error por dónde debían ir a la pequeña casa independiente donde vivía el anciano. John Carpenter estaba sentado al sol de la tarde en el porche delantero y observó con benigna curiosidad el coche que se aproximaba. El superintendente escrutó durante casi un minuto el plácido y atractivo rostro del viejo veterano y después masculló entre dientes:

—Maldita sea, Dewar. A veces aborrezco nuestro trabajo.

Después saltó del coche, empujó la portilla de hierro y caminó por el estrecho sendero de grava.

—Me llamo Bone. Me disgusta terriblemente tener que abordarle de esta manera, pero la situación lo requiere.

—Si hacerlo es su deber, no tiene por qué disculparse —respondió el otro en tono apacible.

—Bien dicho —contestó Bone, e hizo una pausa tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Cuál es el motivo de su visita, señor?

—Me temo que he de despertar viejos y tristes recuerdos.

—¿Míos? —Su voz había perdido firmeza.

Bone asintió. John Carpenter apretó los puños ligeramente y después los relajó poco a poco.

—Adelante —dijo, dejando escapar un profundo suspiro—. ¿Qué es lo que quiere?

De nuevo, a Bone le resultó difícil encontrar el modo de empezar y el viejo le facilitó las cosas.

—Supongo que es sobre mi hija... y su hombre.

—Sí.

—Ella murió, ¿sabe?

—No, no lo sabía. He venido a preguntar... Me gustaría saber...

Dewar nunca había visto a su jefe tan conmovido.

—Ella vino a casa a morir. Fue en el año 1922. Tenía tisis. La enterré allí. —Señaló hacia un lugar impreciso en dirección sur.

—Y su marido...

—Él estuvo aquí en mil novecientos veinticinco. Nos vimos, claro. Incluso hablé con él, pero no he vuelto a verle.

—¿No sabrá usted dónde está ahora o a qué se dedica?

—No.

—¿Le pareció normal en aquella ocasión?

—¿Normal? ¿Quiere decir cuerdo?

—Sí.

—No. No sé quién es usted, señor, pero me ha hecho una pregunta y se la voy a responder. En mi opinión Harry Box estaba loco.

—¿Y en los viejos tiempos?

—Ah, los viejos tiempos. No había un muchacho mejor en todo el sur de Inglaterra. Algo irascible, pero honesto como pocos. Pero eso fue hace muchos años. Antes de que ese hombre llegase a Reading, el hombre que provocó el desastre.

—¿El hombre al que dispararon?

—Pero eso ya es historia y mi Elsie está muerta y Harry se volvió loco. Ha pasado mucho tiempo. —El anciano se levantó—. Lo cierto es que ha despertado recuerdos antiguos y dolorosos, señor. ¿Ha terminado?

—Sí —respondió Bone, casi susurrando.

Los dos avezados y curtidos inspectores de Scotland Yard condujeron en silencio de regreso a Reading.

22

Sir **Harold Crawhall, número diez**

La búsqueda de Harry Box se llevó a cabo, sin resultado, por todos los rincones del país. Bone y Dewar habían regresado a Londres, seguros de que encontrar a Box sería el último paso de la larga investigación. Pero Box se resistía a aparecer. Había estado tanto tiempo fuera del mundo que no tenía ninguna residencia conocida ni viejos amigos ni costumbres que la policía pudiera utilizar como pistas para continuar. Su aspecto, tal y como aparecía retratado en las fotografías de la prisión y de su historial, se prestaba singularmente al disfraz. Sus pobladas cejas negras eran un rasgo llamativo. Una vez teñidas o recortadas, su rostro perdería gran parte de su notoriedad. Un poco de cera suavizaría sus inconfundibles y delgadísimas mejillas, y ya no quedaría nada que buscar, aparte de sus ojos hundidos y brillantes. Si evitaba mirar a la gente a la cara, incluso eso lo podría disimular.

La policía peinó Lancashire de extremo a extremo ante la posibilidad de que hubiera recurrido a algún pariente desconocido, y una unidad especial de agentes de paisano fue reclutada en Reading ante la posibilidad de que hubiera más asesinatos en la ciudad.

Bone había recomendado a su subordinado que dejara de pensar en el caso durante un tiempo, y lo puso a trabajar en un complicado caso de robos de almacenes.

—Olvídese del caso Box, joven Dewar —dijo—. Hemos dedicado tres meses a intentar encajar a toda esa gente para encontrar al asesino. Ahora creo que le hemos identificado y será él quien nos ayude a encontrar al resto de la gente. Justo al revés. Váyase a Millbank y eche un vistazo al almacén de Levinson. Han robado pieles por valor de cinco mil libras.

—¿Alguna pista, señor?

—El año pasado por esta misma época hubo un gran robo de pieles y el material robado tendría que haber llegado a la feria de Leipzig de esta temporada. Esos tipos trabajan con un año de anticipación. Es cuanto puedo decirle. Adelante, márchese. Box resolverá todos nuestros problemas.

Pero Henry Box se resistía a aparecer. Pasaron dos semanas y el superintendente empezó a preocuparse. En cualquier momento podría aparecer la décima víctima de la letal serie de crímenes, y no había motivos para pensar que el número diez fuera a proporcionarles mejores resultados que el uno, el dos, el tres, el cuatro, el cinco y el nueve. Por supuesto, no había ninguna certeza de que llegara a haber un décimo asesinato. Por otra parte, tampoco la había de que la serie fuera a detenerse en el número diez o en el veinte... Bone casi sintió un escalofrío al pensarlo, y una vez más se maldijo a sí mismo por haberse dejado engañar por la cortina de humo de las correrías africanas de Henry Maddock. El decimocuarto día después de que Bone regresara de Reading, Scotland Yard recibió aviso de la aparición del número diez.

Sir Harold Crawhall, de la mansión Warrington, cerca de Bradford, había muerto a causa de un disparo en peculiares circunstancias. *Sir* Harold era extremadamente rico, un hombre hecho a sí mismo que había entrado en el negocio de la lana relativamente tarde en la vida y había aumentado con rapidez su ya notable fortuna. Después de la guerra, durante la cual había prosperado de forma extraordinaria, había comprado la mansión Warrington a un conde venido a menos y se había asentado allí como un terrateniente de tiempos pretéritos. Su riqueza llamaba la atención incluso en una región de Inglaterra donde los industriales acaudalados eran moneda corriente, y sus fiestas en la mansión Warrington se hicieron famosas en el distrito en el breve plazo de nueve años. *Sir* Harold insistía en servir champán en todas las comidas siempre que hubiera invitados, exceptuando el desayuno, y los eventos vespertinos durante el verano a menudo daban lugar a toda clase de excéntricas e hilarantes escenas.

La tarde en cuestión *sir* Harold recibía a una inmensa turba de amigos y colegas, la gran mayoría procedentes de Bradford más que de las mansiones cercanas, pues el nuevo dueño de Warrington no había tardado en descubrir que ni siquiera sus inmensas remesas de

Pommery de 1914 podían comprar el respeto de sus vecinos. En estas ocasiones, *sir* Harold acostumbraba a recibir a sus invitados vestido con chaqué, pantalones a rayas y cubrezapatos blancos, corbata color lavanda y una gardenia en el ojal, en lo alto de una corta escalinata de grandes escalones de mármol situada en el jardín, donde saludaba personalmente a todo aquel que quisiera estrechar su regia mano. Y eran muchos los que disfrutaban de este privilegio antes de dirigirse a las grandes mesas exuberantemente dispuestas bajo los robles centenarios. Por lo general, la escalinata siempre estaba menos concurrida que los jardines a medida que avanzaba la tarde. Sobre las cinco y media, justo cuando *sir* Harold estaba pensando en unirse a la multitud, un visitante tardío subió con prisa los escalones de mármol y empezó a conversar con el anfitrión. Solo fue posible encontrar a una persona de todo el nutrido grupo que por casualidad estaba mirando en esa dirección en el instante fatal. El resto había olvidado por completo a su anfitrión.

La observadora solitaria, la señora Crampton, esposa de un comerciante de lanas, declaró que no recordaba por qué estaba mirando a *sir* Harold. Sencillamente sucedió. El hombre estrechó la mano del anfitrión y hablaron durante un minuto y medio, según la estimación de la señora Crampton. Después, *sir* Harold se llevó la mano bruscamente al corazón y cayó de rodillas muy despacio antes de derrumbarse bocabajo sobre los escalones. El desconocido permaneció de pie a su lado hasta que *sir* Harold quedó inmóvil y entonces se dio la vuelta y gritó en dirección a la turba que atestaba los jardines:

—¡*Sir* Harold está enfermo! ¡Llamaré a un médico!

Acto seguido saltó sobre un macizo de flores y corrió rodeando la casa en dirección a la entrada principal.

Tras unos instantes de impávido asombro, los invitados empezaron a acercarse en tropel atravesando el césped en dirección a los escalones; con excepción de un par de ancianos caballeros que, conscientes de que poco o nada podían hacer, permanecieron donde estaban y volvieron a llenar sus copas. Los demás llegaron al pie de la escalinata como un solo cuerpo, y como tal se detuvieron, sin saber cómo ayudar a un enfermo. Una o dos personas exclamaron: «¡Apártense! ¡Déjenlo respirar!». Una aportación innecesaria, pues lo

cierto es que todo el mundo parecía decidido a mantener la distancia. Después, tras un par de incómodos minutos, un hombre de mediana edad, veterano de la última guerra, se adelantó y subió los escalones hasta donde yacía *sir* Harold. Incorporó ligeramente la cabeza y el cuerpo y empezó a aflojarle el cuello de la camisa, pero al instante se detuvo y dijo: «¡Dios mío, está muerto!». No obstante, pasó por alto el pequeño desgarro en el inmaculado chaqué por donde había entrado la bala y hubo que esperar media hora, hasta que llegó el médico y el cadáver fue trasladado al interior de la casa, para descubrir la verdad. También fue entonces cuando el pequeño cartón blanco encontrado junto al cuerpo, en el que había sido escrita la palabra «Diez», fue asociado con el asesinato.

La ausencia de detonación del disparo fue atribuida al uso de una pistola de aire comprimido en un escenario en el que se descorchaban botellas de Pommery de 1914 a ritmo de vértigo. Según el recuento oficial, había ciento setenta automóviles aparcados en los alrededores, frente al portón principal de la mansión Warrington, por lo que el coche en el que huyó el asesino no pudo ser identificado. Hay tantos propietarios de automóviles en la actualidad que ya nadie se fija en los conductores, siempre y cuando vayan bien vestidos y su coche no sea un deportivo de diez cilindros biplaza o un modelo familiar de dos cilindros con capacidad para diez pasajeros. Un conductor ha de ser muy estrambótico para llamar la atención, y era obvio que el asesino se había tomado muchas molestias con tal de evitarlo, objetivo que evidentemente había logrado.

Por supuesto, la bala presentaba la estría de rigor, lo que determinó sin lugar a duda que el asesinato formaba parte de la misma serie. El cartón también era como los demás. El hombre fallecido tenía más de sesenta años y no había motivo aparente para el crimen.

El superintendente Bone leyó el informe de la policía de Bradford con el ceño fruncido en su frente por lo general relajada. No se lo habría confesado a Dewar ni a nadie, pero estos asesinatos empezaban a ponerle contra las cuerdas... a él, el superintendente Bone, con treinta y cinco años de servicio en el cuerpo de Policía Metropolitana. Sacó un horario de trenes alfabetizado de la estantería, buscó Bradford y después lo cerró lentamente y volvió a dejarlo en su sitio meneando la cabeza.

Tocó un timbre y preguntó al agente que apareció si Dewar estaba en el edificio. Pocos minutos después Dewar se presentó en su despacho.

—¿Se ha enterado de lo ocurrido en Bradford? —preguntó, y le entregó el informe.

—No será el número diez.

—Es el número diez. Dewar, envíe un telegrama a Hitchcock, de Bradford, y pregúntele si Crawhall vivió alguna vez en Reading y si tuvo alguna relación con Box. ¿A qué se dedicaba Crawhall? ¿Le suena el nombre?

—No, señor.

—Según el informe quizá fuera un especulador y sin duda era un hombre muy rico. Puede que él y Skinner se quedaran con todo el dinero, y Box... No, maldita sea, me niego a seguir teorizando. Empiezo a decantarme de nuevo por nuestra vieja teoría de que Box está loco y dispuesto a matar a todo aquel que mirara a su esposa con buenos ojos. ¡Ah, ya estoy otra vez! Basta de teorías. Envíe ese telegrama, Dewar, y hágame saber la respuesta.

La respuesta llegó en menos de una hora: «Crawhall nació en Reading y vivió allí hasta los cuarenta y un años punto puso en marcha un pequeño negocio de tejeduría punto investigamos la segunda pregunta».

El segundo telegrama llegó dos horas después: «El hijo de Crawhall a menudo oía a su padre hablar de Box punto Harold Crawhall fue miembro del jurado en el caso Box».

¡La moneda deja de girar!

Los dos detectives leyeron el telegrama en voz alta como si estuvieran aturdidos. Después silbaron simultáneamente y dos manos se posaron al mismo tiempo sobre el auricular del teléfono.

—Llame usted, Dewar —logró gruñir el superintendente—. No sé si sería capaz de articular palabra ahora mismo. El jurado —añadió en un murmullo—. ¡El jurado! Dios santo, ¿es posible?

Se tapó la cara con las manos y gruñó. Dewar llamó a Reading y se sentó a esperar. Bone estaba inquieto y nervioso.

—Supongo que debería haberlo adivinado —seguía diciendo, y de cuando en cuando añadía—: Pero no lo hice, y dudo que hubiera llegado a conseguirlo nunca.

Pocos minutos después la operadora anunció que el inspector Avory estaba al aparato. El superintendente cogió el auricular.

—Avory, ¿es usted, Avory? ¿Puede oírme? Aquí Bone, de Scotland Yard. Sí. Escuche, Avory, quiero que deje todo lo que esté haciendo y encuentre los nombres de los jurados del caso Box; jurados, miembros del jurado, con «j» de «jorobado»... Sí, jurado, eso es. ¿Cree que habrá una lista en alguna parte? Inténtelo allá donde se le ocurra y llámeme en cuanto tenga algo. Estaré esperando. Y una cosa, Avory, hágalo tan rápido como pueda. Dos vidas dependen de ello.

—¿Dos vidas? —preguntó Dewar cuando el superintendente colgó el teléfono.

—El once y el doce. Los jurados suelen estar formados por doce miembros. No está usted muy despierto esta mañana, joven.

—Me temo que no lo he estado desde que comenzó todo esto, señor.

—Ninguno de los dos. De todos modos, esto es excepcional en mi

experiencia. Nunca he visto un caso en el que un hombre se vengara del jurado.

—Quizá no se trate de Box, señor.

—Pronto lo sabremos. Si ninguno de nuestros difuntos amigos formó parte de ese jurado, nuestra teoría se viene abajo. Pero tienen que estar, Dewar. Tienen que estar. Si no es así... —Miró con impotencia a su alrededor—. Si no están en la lista, me doy por vencido. Haré lo que no he hecho en toda mi vida. Pediré a los mandamases de arriba que transfieran el caso a otro superintendente. Hará falta un enfoque radicalmente distinto. Vuelva dentro de una hora.

Pero cuando Dewar regresó al despacho del superintendente aún no había noticias de Reading. A las seis en punto de la tarde Avory telefoneó para decir que seguían revisando las actas del juicio de Box, pero era tal el cúmulo de documentos desordenados y sin clasificar que el progreso era lento.

Bone estaba impaciente.

—Si nos damos prisa aún podemos salvar dos vidas. También podríamos haber salvado a Cullen y Crawhall si hubiéramos sido más listos, pero al menos tenemos otra oportunidad. Si Avory se da prisa. Quién sabe dónde estará ahora ese demonio con su pistola de aire comprimido.

A las diez en punto seguían sin tener noticias y Bone envió a Dewar a comer algo. El coche patrulla más rápido de Scotland Yard aguardaba hora tras hora en el Embankment mientras el inspector Avory y un grupo de policías y administrativos, hambrientos, cansados y cubiertos de polvo, trabajaban febrilmente en los sótanos mal iluminados del Ayuntamiento de Reading en busca del documento que podía salvar dos vidas inocentes. En algún lugar de Inglaterra el siniestro y despiadado asesino se estaría preparando para asestar otro de sus letales y fulgurantes ataques.

Cuando Dewar regresó, intentó convencer a su jefe para que saliera a cenar. Pero Bone se limitó a negar con la cabeza. Parecía exhausto, incluso desaliñado. Dewar lo observó mientras leía un documento hasta cinco veces sin dar muestras de entenderlo del todo. Pegó un brinco cuando sonó el teléfono y soltó un juramento al escuchar la voz del sargento de guardia, que llamaba para preguntar si querían que les

llevaran un té.

A la una y media de la madrugada el teléfono volvió a sonar. Respondió Dewar.

—Quieren hablar con usted, señor —dijo la operadora—. Es de Reading.

—Es de Reading, señor —dijo Dewar.

—Hable usted.

Segundos después se oyó la voz de Avory.

—¿Es usted, Dewar? Por fin lo encontré. Menudo embrollo endemoniado. Leeré los nombres. ¿Está preparado para apuntarlos?

—Los tiene, señor —dijo Dewar mientras cogía un lapicero—. Dispare, Avory. Estoy listo.

—El portavoz era Aloysius Skinner.

—Portavoz —repitió Dewar, al tiempo que escribía—. Portavoz, Aloysius Skinner.

Al instante vio la expresión de alivio en el rostro del superintendente y cómo las arrugas de preocupación desaparecían de su frente por arte de magia, devolviéndole su habitual expresión afable y algo anodina.

—Miembros —continuó Avory—: Edgar Rice, Harold Wilson Crawhall, Albert Cullen, Samuel Arthur Bentley, William Young Boyd, John Field, George John Wilton, Henry Bedford, George Alexander Smith, Oliver Michael Maddock y Spencer Wells. ¿Lo tiene?

—Lo tengo —respondió Dewar, escribiendo a buen ritmo—. Espere. El superintendente quiere hablar con usted.

Bone cogió el auricular y habló en tono apremiante.

—Ha estado usted espléndido, Avory, pero aún no hemos llegado a la mitad del camino. Escuche. Deme la lista, Dewar. Escuche, Avory. Hay seis nombres en esta lista suya que son desconocidos para mí. Samuel Arthur Bentley... No, un minuto. Ese debe de ser el vagabundo. Se llamaba Sam. Eso nos deja cinco. Boyd, Field, Bedford, Smith y Wells. Estoy casi seguro de que tres de los cinco ya han muerto. Y no me cabe la menor duda de que si no nos damos prisa los otros dos también morirán muy pronto. Me temo que esta noche no podrá dormir, Avory. Quiero que empiece a investigar, si es posible, cuáles han muerto de esos cinco. Dewar y yo iremos inmediatamente a Reading. En cuanto identifiquemos a los fallecidos, el siguiente paso

será localizar a los otros dos. ¿Estamos? Bien. Estaremos allí lo antes posible.

Colgó el auricular e hizo una pausa con la mano todavía en el teléfono.

—Creo que estamos en la última vuelta, Dewar. Al fin tenemos la conexión. Pero, demonios, vaya si nos ha llevado tiempo.

Eran casi las tres cuando los detectives, físicamente agotados, pero mentalmente eufóricos, llegaron una vez más a Reading. Avory los recibió.

—He encontrado a dos —fueron sus primeras palabras—, pero en ambos casos se lo debo a la suerte. Mis hombres los conocían. Tengo a un agente en la sede del periódico rebuscando entre los anuncios de necrológicas, aunque para acceder al registro creo que tendremos que esperar. El director ya se ha ido a casa y no volverá hasta por la mañana, y nadie parece saber dónde vive su ayudante. Es un nuevo empleado.

—¿Qué ha averiguado? —preguntó Bone.

—Henry Bedford murió hace unos diez años. Era un ciudadano muy conocido y el hermano de uno de mis sargentos fue chófer suyo. El otro es Spencer Wells. También con este fue cuestión de suerte, pues Wells se hizo famoso durante la guerra por alistarse en los buscaminas cuando ya tenía más de cincuenta años. Se tiñó el pelo y fingió tener treinta. Por supuesto, todos sabíamos su verdadera edad y aquello le convirtió en una celebridad. En el invierno de mil novecientos diecisiete su embarcación chocó con una mina y toda la tripulación se hundió.

—Bien. Eso nos deja únicamente a John Field, George Alexander Smith y William Young Boyd. Imagino que no estarán en la guía telefónica.

—No. Lo que parece indicar que en algún momento abandonaron el distrito.

—Eso sería terrible —respondió Bone—, pues nos pondría en una dificilísima situación. Si queremos salvarles la vida, hemos de avisar con rapidez, y si no podemos localizarlos de inmediato deberíamos anunciarlo. Por supuesto, si lo anunciamos Box se ocultará y habremos perdido la oportunidad de atraparlo. Por tanto, no tenemos más remedio que esperar. ¿Puede conseguirnos un par de sillas cómodas

hasta mañana, Avory? Entretanto, no podemos hacer nada más. Ponga a uno de sus hombres a revisar directorios locales y dígale que busque los años en que esos hombres vivieron en la ciudad.

Miró su reloj.

—Las tres y media. Tres horas y media de sueño, Dewar. Eso es todo. Desayuno a las siete y nos espera un día duro de verdad.

Los detectives londinenses durmieron tres horas y media bastante incómodos en sendas sillas de oficina, y al despertar, entumecidos y doloridos, les aguardaba el desayuno y un informe recién entregado. El agente encargado de revisar los directorios informó de que el nombre de John Field figuraba entre los años 1898 y 1917; George Alexander Smith de 1901 a 1921; y William Young Boyd de 1895 a 1919.

—No avanzaremos mucho con esto —murmuró Bone mientras se tragaba un huevo frito de un bocado.

Concluido el apresurado desayuno, Bone preguntó por el agente que había llevado a cabo la búsqueda en los archivos del periódico, pero al parecer aún no había regresado. Por tanto, decidieron ir personalmente a la sede de la publicación, donde se toparon con un agente exhausto y falto de sueño rebuscando entre carpetas repletas de ejemplares antiguos.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Bone, y el agente sacudió la cabeza.

—No hay una sola necrológica con esos nombres entre ayer y 1914 —declaró—, aunque sí he dado con ellos en otras secciones. Lo tengo todo anotado. George Alexander Smith era escocés y pronunció un discurso sobre un hombre llamado R. Burns el veinticinco de enero de 1919. John Field se retiró de su negocio y fue homenajeado por sus empleados. También formó parte del Comité de soldados y de la Asociación de familias de marineros entre 1914 y 1917. William Young Boyd donó doscientas cincuenta libras para la construcción del monumento a los caídos después de la guerra. Y eso es todo, señor.

—Bien. Ahora márchese y duerma. Lo necesita.

—¿No hay nada más que pueda hacer, señor? —preguntó el agente, mirando desilusionado al reputado inspector londinense.

—Se lo haré saber —respondió Bone, apoyando paternalmente la mano en el hombro del policía—. Lo ha hecho usted muy bien aquí.

Abandonaron la sede del periódico y se dirigieron al registro, pero la oficina no abría hasta las diez. No eran ni las ocho, de modo que regresaron a la comisaría. Avory aún no había llegado y su ayudante estaba al mando. Bone le explicó brevemente la gravedad de la situación y trazó a grandes rasgos un plan de emergencia.

—Necesito que ponga a trabajar en esto a todos los hombres que tenga a su disposición. Quiero que los distribuya por toda la ciudad para que visiten a personajes importantes de la localidad, concejales del ayuntamiento, hombres de negocios, esa clase de gente, y recaben información sobre el paradero de estas tres personas. Alguien debe saber algo. Boyd era un hombre acaudalado, Field era ingeniero y Smith era escocés, así que sin duda sería conocido —dijo mirando a un impasible Dewar— y no les costará dar con él. Envíe a un hombre en bicicleta a la factoría Castle...

—Está cerrada desde 1921, señor —señaló el subinspector.

—¡Maldita sea! No tiene importancia. Sigan con el resto. ¡Y recuerden: el tiempo es oro! Ahora, a trabajar.

Cuarenta minutos después habían recabado toda la información necesaria. George Alexander Smith había fallecido en su casa de Forfarshire, después de regresar a Escocia, en mayo de 1922. John Field vivía desde su jubilación en Witton House, en la villa de Witton, cerca de Godalming, Surrey. William Young Boyd se había mudado a una casa conocida como Greytiles, a unos ocho kilómetros de Reading en dirección a Wokingham.

Bone pidió un mapa y lo estudió con detenimiento. Después miró a Dewar.

—Yo me ocuparé del señor William Boyd y usted del señor John Field. Necesitará el coche, pues va más lejos que yo. Salga ya. Yo llamaré al cuartel general y tendrá a una unidad esperándole en Godalming. ¡Ah, aquí está Avory! Buenos días, Avory. Necesito un coche y le necesito a usted, a cuatro hombres y seis pistolas, por favor.

El nervioso señor Field

El señor John Field estaba disfrutando de su pipa después del desayuno en el jardín de Witton House, una casa de campo situada a unos diez u once kilómetros de Godalming, cuando le anunciaron la llegada del inspector Dewar. El señor Field era un caballero ya anciano de holgados medios y costumbres apacibles. Había pasado más de cuarenta años de su vida trabajando sin cesar y había tomado la firme decisión de disfrutar de los que le quedaban tan tranquila y ociosamente como le fuera posible. La existencia de un caballero de provincias le satisfacía y se había lanzado con entusiasmo a la vida del pueblo y la campiña. Era presidente del club de críquet local, capillero, miembro del consejo de distrito rural, vicepresidente del club de fútbol, mecenas de los Boy Scouts, y en dos ocasiones le habían pedido que se presentara a las elecciones como candidato conservador. En resumen, era una adquisición muy popular en la vecindad.

Al recibir una nota escrita a lápiz, firmada por «J. Dewar, inspector», en la que le solicitaba una entrevista inmediata, se incorporó con actitud alerta y dijo al mayordomo que acompañara al visitante al jardín. La visita de un agente local podía significar dos cosas: o iban a pedirle una donación para la liguilla anual de la policía —algo que siempre hacía encantado— o necesitaban su colaboración como ciudadano respetuoso de la ley, y no había otro hombre que se tomara sus responsabilidades cívicas más seriamente que el señor Field. No obstante, se llevó una sorpresa desagradable al ver la desaliñada figura del inspector Dewar, sin afeitar y cubierto de polvo, avanzando hacia él por el jardín. Lo cierto es que el señor Field no estaba acostumbrado a ver policías de paisano. Ni siquiera estaba

seguro de haber visto uno en toda su vida, y la ausencia del reluciente cinturón y la brillante botonera le impresionó de manera muy desfavorable. Además, aquel hombre iba muy desaseado. El señor Field empezaba a sentirse contrariado y ya estaba a punto de componer mentalmente las primeras frases de una carta al jefe de policía de Surrey, cuando el abrupto modo de presentarse del desconocido terminó por desatar su enfado.

—¿El señor Field? Debo hablar con usted de inmediato, en privado.

—¿Inspector..., eh..., Dewar? —preguntó el señor Field con frialdad—. ¿Y qué puedo hacer por usted?

—Debe entrar en casa sin perder un minuto, señor. —Entonces, al percatarse de la creciente tensión del anciano caballero, controló su tono de voz y se apresuró a añadir—: Es una cuestión de suma importancia, señor. Le ruego que entre en la casa de inmediato.

El cambio de tono consiguió que el señor Field se relajara un poco, se levantó de la silla y abrió la marcha sin decir palabra. Dewar no pudo evitar mirar los tupidos arbustos a su alrededor, así como los muros de poca altura que rodeaban el jardín, y murmuró entre dientes:

—En un abrir y cerrar de ojos estaría dentro. Es igual que Greenlawns, pero con los muros más bajos.

El señor Field se dirigió a la biblioteca e invitó al inspector a sentarse en una silla. Estaba a punto de abrir una cigarrera colocada junto a la ventana, cuando se detuvo y exclamó:

—¿Qué significa todo esto?

Dewar siguió su mirada y vio a dos de sus hombres ocupando posiciones tras unos macizos de rododendros que crecían entre la casa y la carretera, desde donde podían controlar el portón delantero y la entrada principal.

—Son dos de mis hombres, señor. Hay otros dos en la parte de atrás.

—Será mejor que me explique de qué va todo esto, inspector.

—Lo haré, señor. ¿El nombre de Box le dice algo?

—¿Box? Sí, lo conozco. Formé parte del jurado que declaró culpable de asesinato a un hombre llamado Box hace muchos años en Reading. Nunca olvidé cómo agitaba el puño amenazándonos mientras se lo llevaban del estrado.

—Exacto. Ese es el motivo por el que estoy aquí. ¿Sabe que de todos los miembros de aquel jurado que declaró culpable a Harry Box solo dos están vivos en la actualidad y que usted es uno de ellos?

—¿Es eso cierto? —Únicamente la durabilidad de sus compañeros del jurado pareció despertar la curiosidad del señor Field—. Soy afortunado por haber sobrevivido a los demás.

—«Afortunado» es la palabra adecuada —respondió Dewar, sombríamente—. De los otros diez, solo dos murieron plácidamente en su cama y uno se ahogó a bordo de un buscaminas durante la guerra.

—¡Ah! Ese debió ser el pobre Spencer Wells. Le conocía bien. También conocí bastante a otro jurado, aunque le sorprenda. George Smith, Sandy Smith, de Smith, Robertson y Compañía. Murió en Escocia hace algunos años. ¿Qué les sucedió a los demás?

—Bueno, señor, al parecer ese hombre, Box, se la tenía jurada a todos...

—Debería haber visto su cara cuando el portavoz pronunció la palabra «culpable». Nunca he visto semejante odio en el rostro de una persona. Y si le soy sincero, a medida que han pasado los años y me he hecho más viejo, y tal vez más sabio, me han asaltado terribles dudas sobre nuestro veredicto. Probablemente se trate de algo sentimental, ya sabe a qué me refiero...: condenar a un nombre a picar piedra en Dartmoor durante el resto de su vida mientras nosotros disfrutamos del campo, las flores y cosas por el estilo. —Hizo un gesto con la mano señalando el césped y el paisaje estival—. Pero, aparte de eso, también he tenido remordimientos. Había algo en la cara de ese hombre... En fin, ha pasado mucho tiempo y supongo que habrá salido de la cárcel hace muchos años. Al menos eso espero. ¿Sigue vivo?

—Muy vivo.

A Dewar le estaba resultando difícil explicar la situación sin asustar al señor Field. A nadie, por muy duro y valiente que sea, le agradaría saber que es el objetivo de un asesino implacable y extremadamente eficiente.

—Bien, inspector, ¿qué es lo que quiere? No irán a reabrir el caso después de tantos años, como el de ese hombre de Glasgow... ¿Cómo se llamaba? ¿Slater[9]?

—No, señor. El caso es que Box prometió vengarse de todos los que le declararon culpable. Y tenemos sólidos motivos para pensar que

está llevando a cabo su venganza desde que fue liberado.

El señor Field abrió los ojos.

—¿Es eso cierto? ¿Y cómo lo ha hecho?

—Diez miembros del jurado han muerto —dijo Dewar, con seriedad —. Solo dos murieron pacíficamente en su cama y uno se ahogó.

El señor Field hizo amago de levantarse de la silla y miró al inspector con expresión aterrada. Tenía la boca abierta.

—¿Quiere decir que...? —comenzó, y Dewar le ahorró el esfuerzo de seguir.

—Sí, señor. Eso es lo que pretendo decir. Harry Box ha buscado uno por uno a los jurados y los ha asesinado a sangre fría.

—Dios mío —gimió el señor Field—. ¡Es espantoso! ¡Terrible! ¿Está usted seguro, inspector? ¿Tiene alguna prueba de lo que dice? ¿Cómo puede saber todo eso un policía de Godalming? Esperaré a que lo confirme Scotland Yard.

—Yo soy de Scotland Yard.

El señor Field volvió a abrir la boca sin poder evitarlo y comenzó a tamborilear nerviosamente con los dedos temblorosos sobre la mesa.

—¡Dios mío! —susurró al fin, y no fue capaz de decir nada más.

El inspector decidió que lo mejor sería impedir que siguiera dándole vueltas al asunto y habló con decisión.

—Bien, señor Field, si confía plenamente en nosotros nos aseguraremos de que no le suceda nada y lograremos atrapar a Box.

—Por supuesto, por supuesto. Lo dejo todo en sus manos.

—Está bien, señor. Necesitaré una lista de todas las personas que viven aquí.

Dewar sacó un cuaderno de notas.

—Estamos mi esposa y yo y mi hija soltera.

—¿Y el personal?

—Están el mayordomo y un chófer, un jardinero y un chico que hace un poco de todo y..., y varias doncellas. No estoy seguro de cuántas. Por supuesto, hay una cocinera, pero mi esposa le detallará el resto.

—Muy bien, señor. Ahora ¿será tan amable de pedir a los cuatro hombres que se tomen dos semanas de vacaciones? Mis agentes les sustituirán.

—¡Un momento, señor inspector! —exclamó el señor Field con un

extraño brillo en los ojos—. Tengo un plan mucho mejor. Me embarcaré inmediatamente en una larga travesía por el océano mientras usted atrapa a ese canalla.

—Me temo que eso no funcionaría, señor. Hay un noventa por ciento de probabilidades de que el hombre se esconda hasta que usted regrese, incluso podría seguirle.

—Pero podrían arrestarle mientras intenta desaparecer.

—Haría falta mucha suerte, y podríamos fracasar. No tenemos la menor idea de su paradero.

—Vaya, pues eso me parece una innegable muestra de incompetencia por su parte —exclamó el señor Field alzando la voz, indignado—. Ese hombre ha cometido una docena de asesinatos.

—Todavía no —señaló Dewar sin perder la calma, y el señor Field se desinfló como un globo.

—Resulta difícil para un hombre de mi edad —dijo con voz temblorosa— aceptar la idea de que van a utilizarlo como señuelo para atrapar a un asesino desesperado. Mis nervios no soportarán la tensión. Estoy seguro.

—Señor, puedo garantizarle que emplearemos todos los recursos de Scotland Yard para su protección, y estará usted tan seguro como sea humanamente posible.

—Muy bien, sargento, muy bien. Comprendo que no tengo otra alternativa.

El señor Field miró al detective con una expresión angustiada que nada tenía que ver con la plácida confianza de la que había hecho gala en el jardín.

—Gracias, señor. ¿Sacará usted entonces de la casa a los sirvientes varones durante dos semanas? Ah, si me lo permite, he de utilizar el teléfono para llamar a Londres.

El señor Field asintió, algo aturdido, y extendió un tembloroso brazo para coger una campanilla. Enseguida entró el mayordomo.

—Ah, Parkinson —empezó a decir el amo de la casa, visiblemente nervioso—. Necesito que se tome dos semanas de vacaciones... pagadas, por supuesto. Y, por favor, dígale a George y también a Shaw y como demonios se llame ese muchacho...

—William, señor.

—Y a William. Todos deben hacer lo mismo.

—Es muy amable de su parte, señor. ¿También se marcha usted?

—No, no, no. Yo no me voy.

—En ese caso, señor, no comprendo cómo puede prescindir de todos nosotros a la vez. Y, en cuanto a mí, señor, se lo agradezco mucho, pero no necesito unas vacaciones.

—Tonterías, Parkinson. Insisto. Lo cierto es que necesito que se marchen esta misma noche y que no vuelvan hasta dentro de dos semanas. Puede coger uno de los coches para ir a la estación.

El pobre hombre probablemente había leído demasiados folletines sobre mayordomos impasibles como para permitirse manifestar el menor indicio de sorpresa, y se limitó a decir:

—Muy bien, señor. ¿Quiere que nos marchemos esta semana, señor?

—Hoy, hoy. Esta tarde.

El mayordomo hizo una reverencia y se retiró, no sin antes mirar con frialdad a Dewar, que estaba ocupado hablando por teléfono. El señor Field se dejó caer de nuevo en la silla y se tapó la cara con las manos.

—Vamos, vamos, señor —dijo Dewar, en tono amable—. Podría haber sido mucho peor. Está usted en buenas manos. Ya tiene a cinco agentes aquí y antes de que caiga la noche llegarán otros tres. No se preocupe. Además, hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que ni siquiera venga a este lugar. Mi jefe, con otro grupo de hombres, ya está en la casa del otro jurado superviviente —dijo, en tono tranquilizador, lo que no evitó que el señor Field se estremeciera—, por si decidiera ir allí antes. En cuyo caso usted no se verá afectado.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? —gimió el señor Field.

—Permanezca dentro de casa en todo momento y cierre las contraventanas —respondió Dewar, con decisión—. Ese hombre no posee poderes milagrosos. Lo único que tiene es una pistola de aire comprimido y una audacia asombrosa. Con las contraventanas cerradas no podrá llegar hasta usted. Y cualquiera que se acerque a la casa será detenido por mis hombres. Tenemos su descripción y le impediremos actuar. No debe preocuparse de nada.

—Bien, sargento, espero que tenga razón. Espero sinceramente que tenga usted razón. Para un hombre de mi edad esto es terrible. Ese asesino lleva veinticinco años planeando su venganza. Es terrible,

terrible.

Mientras el anciano divagaba, Dewar cerró las contraventanas de la biblioteca.

—Creo que todo saldrá bien, señor Field —dijo, mirándole por encima del hombro—, si le explica la situación a su esposa y procuran tomar aquí todas las comidas. No quiero que se exponga ante las ventanas sin cerrar si puede evitarlo.

—Por supuesto, por supuesto, no lo haré. ¿Qué le parece si cerramos todas las contraventanas de la casa?

—No, señor. Me temo que eso no serviría. Box pensaría que se ha marchado o que es consciente del peligro.

—Muy bien —suspiró el señor Field.

—Cuando se lo explique a su esposa, debe insistir en que no cuente nada a las doncellas. Es mejor que piensen que el hecho de enviar a sus sirvientes de vacaciones de repente y sustituirlos durante dos semanas es fruto de una mera excentricidad. Si menciona a la policía, la noticia se extenderá como la pólvora por todo el pueblo y nuestro hombre desaparecerá. Que piensen lo que quieran. No es probable que adivinen la verdad. Y si lo hicieran —añadió, con expresión lúgubre— es que no les faltan dotes para trabajar en Scotland Yard.

Dewar se dispuso a revisar la casa, comprobando los sótanos, puertas y ventanas de fácil acceso y escogiendo los puestos de observación para sus hombres. Después recorrió el jardín en busca de las zonas de ataque más probables. El jardín era perfecto para los métodos de Harry Box. Por la parte trasera discurría una vereda aún más desierta que la que había utilizado para fugarse después de disparar a Oliver Maddock. El muro era bastante más bajo que el de Greenlawns y por doquier había arbustos convenientemente situados para facilitar las andanzas de cualquier intruso. Cuanto más examinaba Dewar el entorno, más se convencía de que una vez más el asalto sería llevado a cabo en el jardín antes que en la parte delantera de la propiedad. Después de todo, reflexionó, Box no tenía motivos para sospechar que la policía le había tomado ventaja. Dado el éxito obtenido ya en dos ocasiones, sin duda volvería a intentarlo de la misma manera. Dewar llamó a uno de sus hombres y le pidió que subiera a la copa de un castaño que crecía casi pegado al lado interior del muro. El agente vestido de paisano trepó con notable habilidad

por el tronco y no tardó en desaparecer entre el exuberante follaje.

—¿Puede ver la vereda desde ahí? —preguntó Dewar.

—La mayor parte, señor.

—Debe buscar una posición desde donde pueda verlo todo.

Se escuchó el roce de las hojas y un crujir de ramas y el detective gritó desde arriba:

—Ya está, señor. Lo veo todo.

—Señale su posición y después baje.

El hombre bajó.

—Ahora vaya al pueblo y compre media docena de timbres eléctricos, baterías y un kilómetro y medio de cable —dijo Dewar—. Si no lo encuentra todo allí, tendrá que enviar a alguien a Guildford. Pero primero inténtelo en el pueblo. Después coloque un timbre en la alacena y un interruptor en esa rama. ¿Capta la idea?

—Sí, señor.

El hombre se marchó y Dewar continuó su recorrido por la finca. Dos horas más tarde la casa estaba rodeada por un cordón de vigilancia formado por varios puestos, cada uno de ellos conectado con un timbre instalado en la alacena. Los cuatro sirvientes, algo desconcertados, aunque decorosamente alegres, habían abandonado la casa, y el señor Field, sentado en su biblioteca, con todas las contraventanas cerradas, trataba de animarse tomando un *whisky* con soda bastante cargado.

El inspector Dewar aguardaba sentado en la alacena, como una araña en el centro de su tela, con los timbres ordenados en fila sobre la mesa y una pistola a su lado.

9 Condenado erróneamente por asesinato y sentenciado a muerte, Oscar Slater sería liberado después de veinte años de trabajos forzados gracias a los

esfuerzos de varios periodistas, abogados y escritores, entre ellos *sir* Arthur Conan Doyle.

25

Engañado

El largo día de verano tocaba a su fin y lentamente se fue imponiendo la oscuridad. No había ningún movimiento en las inmediaciones de Witton House. Cada vigilante permaneció silencioso en su puesto y no se escuchaba ni un ruido, salvo el zumbido de alguna abeja, trinos de pájaros y el ocasional bocinazo de un coche en la distancia. A las seis y media el superintendente telefoneó desde Greytiles, la residencia del señor John Young Boyd, para averiguar si había novedades. No había ninguna. Bone dio su visto bueno al sistema de vigilancia de Dewar y alabó especialmente los timbres eléctricos. «Podemos estar aquí semanas», fueron sus últimas palabras. Cuando cayó la noche los vigilantes del perímetro exterior entraron en la casa. Todas las contraventanas estaban cerradas, las cerraduras y candados de las puertas fueron comprobados y había detectives apostados en cada piso.

Alrededor de las dos de la madrugada alguien tocó suavemente a Dewar en el hombro para despertarle. Era uno de los centinelas.

—Hay un hombre en el jardín, señor —dijo.

Dewar se levantó de la cama al instante, como si un segundo antes no hubiera estado dormido, se puso el abrigo y guardó la pistola en el bolsillo.

—Vaya delante —dijo.

El detective bajó las escaleras de puntillas hasta la esquina del pasillo donde había estado apostado y señaló la rendija de la contraventana que había dejado abierta. Dewar miró afuera. Hacía una hermosa noche estrellada y brillaba una media luna creciente. El jardín estaba salpicado de sombras y el rocío resplandecía bajo la luz plateada. Al principio el inspector no vio nada sospechoso, hasta que

de repente una de las sombras se movió y pudo distinguir la vaga silueta de un hombre de pie entre los arbustos.

A pesar de su temple y su experiencia investigando toda clase de crímenes, Dewar no pudo contener un escalofrío. Durante varios meses su mente había estado ocupada día tras día con la imagen de aquel misterioso, siniestro y despiadado criminal. No había pensado en nada más. Durante todo ese tiempo solo había tenido un objetivo: encontrarse cara a cara con aquel letal asesino. Y ahí estaba por fin. Oscuro, misterioso y rodeado de sombras, planificando su siguiente crimen. Reconociendo el terreno para asestar un nuevo golpe. Dewar recordó súbitamente la historia que había leído en alguna parte sobre el desembarco de Napoleón en la costa inglesa para estudiar el que sería el escenario de su invasión. Su pose habría sido la misma, inmóvil bajo la tenue luz de la luna, contemplando el lugar donde pensaba atacar.

Dewar apartó la mirada de la rendija con gran esfuerzo.

—Llame a los demás —susurró—. Dos que vengan conmigo, dos que se dirijan a la vereda desde el este y dos que atraviesen la pradera para reunirse con ellos desde el oeste. ¡Rápido! Yo esperaré aquí.

El detective subió con sigilo la escalera hacia las habitaciones y Dewar volvió a mirar por la rendija. La sombra había empezado a moverse lentamente, siguiendo la línea de arbustos que discurría en paralelo a la casa. De repente se detuvo un instante y después continuó, sin acelerar el paso en ningún momento.

—Igual que un gato —murmuró Dewar—. Como un condenado gato.

Entonces oyó a sus hombres, que se aproximaban con sigilo, y no pudo evitar preguntarse si las balas de una pistola de aire comprimido podían hacer tanto daño como las de verdad. La silueta se había detenido de nuevo entre las sombras y durante un par de segundos se volvió invisible. Dewar empezaba a preguntarse si aquel hombre había vuelto a esconderse entre los arbustos cuando volvió a avanzar, y en ese preciso instante el agente que le había despertado apareció de nuevo a su lado.

—Todo en orden, señor —susurró—. Ya están en movimiento.

Dewar asintió. Después miró su reloj de pulsera.

—Les daremos tres minutos para llegar a su posición. Usted

quédese aquí y vigile la casa. Ustedes dos síganme cuando se lo diga.

Caminó hasta la puerta trasera, abrió los cerrojos sin hacer ruido y giró la llave.

—¿Listos? —susurró por encima del hombro.

Y escuchó la respuesta a dos voces:

—Sí, señor.

—Entonces, adelante.

Dewar abrió la puerta tan sigilosamente como pudo y salió. Al instante siguiente corría por el césped con los dos ayudantes pisándole los talones. Más adelante oyó un sordo crujido entre los arbustos y pudo ver las ramas de los matorrales agitándose con violencia iluminadas por la luna. Justo al llegar a los arbustos oyó el motor de un coche que arrancaba en la vereda. Cuando Dewar estaba a horcajadas en lo alto del muro el vehículo habría avanzado ya unos treinta o cuarenta metros. El inspector aguardó tratando de recuperar el aliento. En cualquier momento los dos agentes que habían dado un rodeo para interceptar su retirada le darían el alto y el motor se detendría. Acarició ansioso el gatillo de su pistola y entonces escuchó aliviado el grito de «¡Alto!». Sin embargo, el coche siguió acelerando y desapareció tras una curva de la vereda.

Dewar saltó desde el muro y corrió hacia allí. Al llegar a la curva encontró a uno de sus hombres tendido en el camino, inconsciente, y al otro reclinado contra el muro, con la frente apoyada en el antebrazo.

—Sparkes, ¿qué sucede? ¿Está herido? —gritó Dewar con agónica aprensión, al pensar que la pistola de aire había vuelto a disparar.

—Me he golpeado la cabeza —murmuró el detective con voz aturdida—. El coche nos embistió en la huida.

Dewar se agachó junto al otro hombre y descubrió con alivio que estaba vivo. Se levantó de un salto y ordenó a los dos agentes que le habían seguido a través del jardín que se ocuparan de los heridos, y después corrió de regreso a la casa y telefoneó a la policía de Guildford para dar orden de búsqueda de un hombre solo en un coche de cuatro plazas. Debían detener a todos los vehículos de esas características y transmitir el mensaje a las comisarías cercanas.

Cuando terminó, el herido ya estaba en la casa y fue examinado. El agente Sparkes, casi recuperado, explicó lo sucedido. Él y el agente

James habían llegado a la curva justo cuando el coche se aproximaba. Ambos mantuvieron sus posiciones, tratando de bloquear la calzada, y le dieron el alto. El automóvil, que aún avanzaba en marcha corta, había perdido velocidad de repente, de modo que permanecieron donde estaban. Cuando el vehículo se encontraba a un metro de distancia les pareció que iba a detenerse, pero entonces el conductor pisó a fondo el acelerador. El coche se abalanzó contra ellos como un animal salvaje y continuó a toda velocidad. Terriblemente simple.

Dewar cogió de nuevo el teléfono y tras varios minutos de espera logró que le conectaran con Greytiles. El superintendente estaba despierto y Dewar le contó lo sucedido. Bone se mostró irritado a causa de la fuga, pero no culpó a nadie.

—Por supuesto, sus hombres no podían dispararle. Lo comprendo. Pero por qué tuvo tanta prisa por ir tras él antes de haberle rodeado.

—No era fácil hacerlo con tan poco tiempo —protestó Dewar—, y temía que utilizara la pistola de aire comprimido.

Bone estaba indignado.

—Por supuesto que tenía miedo. ¿Y quién no?

—Quiero decir que temía que alguno de mis hombres resultara herido. Lo cierto es que estaba ansioso por atraparle yo mismo.

Tras una pequeña pausa, el superintendente dijo:

—Es usted un buen hombre, Dewar. Buenas noches.

Después colgó.

Poco después de las ocho de la mañana llamaron a Dewar por teléfono.

—Una llamada desde Reading —anunció la operadora cuando se puso al aparato—. Espere, por favor.

Dewar esperó.

—¿Es el sargento? —dijo la voz del otro extremo de la línea.

—No —dijo Dewar—. No lo soy.

—Radford al habla, agente Radford, señor. Llamo desde Greytiles, la residencia del señor Boyd.

—Al habla el inspector Dewar. ¿Tiene algún mensaje para mí?

—Sí, señor. Tenemos al hombre.

—¡Cómo! —exclamó Dewar, casi gritando—. ¿Le tienen?

—Sí, señor. Debió venir directamente después de huir de Witton. En cualquier caso, vino directo a nosotros.

—¿Está ahí el superintendente? Me gustaría hablar con él si es posible —exclamó Dewar, ansioso.

—El superintendente se ha marchado a Reading con el prisionero, señor. Me pidió que le telefoneara. Quiere que se reúna con él allí en cuanto pueda con todos sus hombres.

—¿Todos? ¿Está usted seguro?

—Ese es su mensaje, señor.

—Muy bien. ¿Eso es todo?

—Sí, señor.

Dewar colgó, llamó a gritos a uno de sus hombres y le ordenó que prepararan inmediatamente los coches. Después miró el teléfono. Estaba a punto de marcharse de Witton con todos sus hombres. Había algo extraño en todo aquello. Le resultaba tan abrupto, exactamente lo que a Harry Box le habría gustado que sucediera, suponiendo que Harry Box no estuviera bajo custodia en Reading sino, digamos, en un locutorio de Godalming o Farnham.

Levantó el auricular y dijo:

—Acaban de llamarme. ¿Puede decirme de dónde procedía la llamada?

—Sí, señor —respondió la operadora—. Era de Reading.

—Gracias. ¿Sería tan amable de ponerme con el 0414 de Reading?

Transcurrieron unos minutos antes de que respondieran.

—Aquí Reading. ¿Con qué número desea hablar?

—0414 —dijo Dewar.

Tras un nuevo silencio habló otra voz.

—¿Hola?

—¿Con quién hablo? —preguntó Dewar.

—Aquí Greytiles. Reading 0414.

—¿Hay ahí algún policía?

—Sí. Agente Radford al habla. ¿Quién es?

—Oh, Radford, siento molestarle. Soy Dewar, el inspector Dewar. ¿Podría repetir el mensaje que acaba de darme?

—Por supuesto, señor. El superintendente quiere que se reúna con él en Reading lo antes posible y que vaya con todos sus agentes, señor. El superintendente tiene al hombre que buscan.

—Muchas gracias, Radford. Adiós.

—Adiós, señor.

Dewar se sintió aliviado y fue enseguida al dormitorio del señor Field. El anciano, pálido y cansado, abrió la puerta y salió de la habitación en pijama.

—Todo ha terminado, señor —dijo el inspector, alegremente—. Tenemos al hombre y ya no tiene de qué preocuparse.

—¿Le han atrapado? —gritó el señor Field, llevándose una mano al corazón y apoyándose tembloroso en el marco de la puerta.

—Le tenemos, señor. Está encerrado bajo llave en este momento.

El señor Field estaba más pálido que nunca y temblaba como un flan.

—Tendrá que excusarme. Debo acostarme. A veces las buenas noticias resultan tan alarmantes como las malas.

Entró tambaleándose en la habitación y Dewar fue a reunirse con sus hombres.

Los coches estaban preparados y cinco minutos después el grupo de detectives iba de camino a Reading. Al llegar, Dewar fue directamente al despacho de Avory y le estrechó la mano.

—Bien, amigo mío —dijo con alegría—, así que al fin le tenemos.

—¿Le tenemos? —respondió Avory, impasible.

—A Harry Box, por supuesto.

El rostro de Avory se iluminó.

—¡No! Demonios, ¿es eso cierto? Me alegra saberlo.

—¿No le ha traído aquí Bone? Salió hace una hora o quizá más.

Avory negó con la cabeza.

—Bone no ha estado aquí hoy.

—¿No ha oído nada sobre Box?

—Ni una palabra.

—¡Es muy extraño! —dijo Dewar, mirando su reloj—. Son las nueve y diez. Eran aproximadamente las ocho y cinco cuando me llamaron de Greytiles.

—Se habrá averiado el coche —dijo Avory—. Tiene que ser eso. Siéntese a desayunar. Enviaré a uno de mis hombres a la cantina a buscarle algo.

Mientras daba cuenta del desayuno, Dewar contó a Avory lo sucedido la noche anterior en Witton, y justo cuanto estaba a punto de terminar se levantó de un salto y exclamó:

—Ya son las diez menos veinticinco. ¿Una hora cuarenta y cinco

minutos para recorrer diez kilómetros? Debemos llamar a Greytiles.

—Mejor aún será ir en coche en esa dirección. Solo hay un camino, de modo que nos encontraremos con ellos. Sabemos que salieron de Greytiles.

Los dos inspectores y un agente de paisano salieron en dirección a la residencia del señor John Young Boyd. De camino no encontraron ningún coche de policía averiado y enseguida se detuvieron ante el portón de la residencia.

—Ya que estamos aquí, lo mejor será entrar —dijo Dewar—. Seguro que dieron la vuelta por algún motivo.

A mitad de la avenida un hombre apareció tras el tronco de un árbol, se cuadró para saludar y volvió a esconderse. Al llegar a la entrada había otro agente sentado en los escalones. Se levantó de un salto y saludó.

—Buenos días, Brown —dijo Dewar—. Buen trabajo el de esta mañana, ¿verdad? ¿El superintendente se ha ido a Londres?

—No, señor.

Mientras hablaban, el superintendente apareció en la puerta.

—Me parece haber reconocido el acento de Dumbartonshire. Buenos días, Avory. ¿Y bien, joven? ¿Qué le trae por aquí?

—Le esperé en Reading, señor. Y entonces pensé que quizá habían sufrido una avería, de modo que vine a buscarle.

—Todo un gesto por su parte. Pero ¿con qué motivo exactamente?

—¿Con qué motivo, señor? Ninguno.

—Pero, muchacho, sin duda tendría alguna razón para marcharse de Witton y venir hasta aquí.

—Su mensaje, señor.

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje?

Dewar sintió de repente un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

—Su mensaje telefónico, señor. Radford me llamó y me dijo que le esperara en Reading.

El superintendente seguía de pie, inmóvil como una estatua.

—¿Quién es Radford?

—Supongo que uno de sus hombres, señor.

—Aquí no hay nadie con ese nombre y yo no le envié ningún mensaje.

—Dios mío —exclamó Dewar, en un susurro.

—Si ha caído en la trampa de un falso mensaje telefónico, entonces sí tiene motivos para decir «Dios mío» —dijo el superintendente con severidad—. Y será el fin de su carrera en el cuerpo, James Dewar.

—Pero no caí en ninguna trampa. Lo comprobé.

—¿Cómo?

—Sí, señor. Esperé cinco minutos y lo comprobé.

—¿Y qué sucedió?

—Me pusieron con Greytiles y hablé con Radford, que me repitió exactamente el mismo mensaje.

Bone no apartó la vista ni un segundo del rostro de Dewar.

—Dígale a Robbins que venga, Auger —dijo—. ¿A qué hora recibió ese mensaje, Dewar?

—A las ocho y cinco.

—¿Y lo comprobó a las ocho y diez?

—Serían casi y cuarto cuando terminé la llamada.

—Muy bien. ¿Robbins?

—¿Señor?

—¿Atendió usted el teléfono esta mañana?

—Sí, señor.

—¿A qué hora?

—Desde las seis en punto, señor.

—¿Recibió una llamada a las ocho y cuarto?

—No hubo ninguna llamada entre las seis y las nueve y veintidós, señor.

—¿Ninguna del inspector Dewar?

—No, señor.

—¿A qué número llamó, Dewar?

—Reading 0414, señor.

—¿Cuál es el número de esta casa, Robbins?

—Reading 0414, señor.

—¿Solo hay un teléfono?

—Así es, señor.

—Muy bien. Eso es todo, Robbins. En cuanto a usted, Dewar, será mejor que regrese a Witton inmediatamente. Yo le acompañaré. Avory, usted se queda aquí al frente de la operación. Llame por teléfono a Reading y envíe de regreso a Witton a los hombres de Dewar tan rápido como sea posible. Y ponga sobre aviso al señor

Field. Aunque apostaría diez contra uno a que ya está muerto. Vamos, Dewar.

Número once

Cualquiera que hubiera apostado contra el superintendente Bone a que el señor Field seguía con vida a las diez y media de esa mañana habría perdido la apuesta. El superintendente y el inspector recorrieron a toda velocidad el trayecto hasta Witton a través de la campiña, y a su llegada a Witton House encontraron un desolado escenario de miedo, confusión y llanto. Un hombre había aparecido súbitamente en la ventana del comedor y había disparado al señor Field mientras desayunaba. La señora Field estaba de espaldas en ese momento, leyendo una revista. Una sombra se proyectó sobre el papel y una voz dijo: «Me enviaste veinticinco años al infierno, Field. Ahora te enviaré yo allí por toda la eternidad». La señora Field pegó un brinco y se giró hacia la ventana. Había un hombre asomado con una pistola en la mano. Se escuchó un suave zumbido seguido de un estrépito, cuando el señor Field cayó de bruces sobre las tazas del desayuno. El asesino lanzó un trozo de cartón sobre la mesa y entonces la señora Field se desmayó. Eso era cuanto se sabía hasta el momento. El asesinato había tenido lugar sobre las nueve menos cuarto o pocos minutos después.

Bone tenía una expresión extremadamente lúgubre mientras escuchaba la historia al tiempo que toqueteaba el pedacito de cartón donde el asesino había escrito la palabra «Once».

—No hay nada que podamos hacer excepto ir a la oficina de correos —dijo al fin.

Los dos hombres condujeron en silencio hacia el pueblo. Había un pequeño grupo de gente esperando ante la puerta del local.

—¿Qué sucede? —preguntó Bone al salir del coche.

—La oficina está cerrada, señor —respondió cívicamente uno de los

presentes—. Abre a las ocho, pero ya son las once y media y nada. La señorita Baines debe de estar enferma.

—Vive aquí sola, ¿verdad?

—Sí, señor. En el piso de arriba.

—Vamos, Dewar —dijo el superintendente—. Hay que forzar la puerta.

Para sorpresa y admiración de los vecinos, los dos detectives comenzaron a golpear sistemáticamente la puerta, que segundos después cedió bajo sus embestidas. Desde el umbral el superintendente se dio la vuelta para dirigirse al grupo de entusiasmados mirones.

—No entren, por favor. Somos agentes de policía. ¿Podría alguno de ustedes dar aviso en la comisaría?

Después de dudar unos instantes, un muchacho echó a correr de mala gana calle abajo, mientras los demás se aproximaban a la entrada tanto como les pareció prudente.

Bone cerró la puerta a sus espaldas y enseguida escucharon un suave gemido, procedente de la habitación contigua. La puerta que separaba ambas estancias también estaba cerrada, pero los detectives no tardaron más de dos segundos en abrirla por la fuerza. Sobre un sofá se debatía espasmódicamente una figura, en el interior de un saco de arpillera marrón claro, que gemía de cuando en cuando.

Dewar sacó una navaja.

—Vamos —dijo Bone—, desátela. Es la señorita Baines, metida en una de sus sacas de correos.

En cuestión de segundos, la desafortunada encargada de correos fue liberada y en cuanto le quitaron la mordaza empezó a hablar, resarciéndose tras horas de forzoso silencio. Resumiendo, esto es lo que contó: abrió la oficina como de costumbre, a las ocho en punto y dos minutos; después entró un hombre y pidió un formulario telegráfico. Cuando ella salió del mostrador con un paquete nuevo para la jornada, el desconocido la asaltó, la ató de pies y manos, la amordazó, la metió en una gran saca de correos y la dejó sobre el sofá. Todo en cuestión de treinta segundos, o en cualquier caso eso le pareció a ella. Desde la habitación pudo escuchar una voz que hablaba de forma intermitente durante varios minutos, después el sonido de puertas que se cerraban y luego silencio hasta la llegada de los detectives.

Cuando la voluble e indignada mujer estaba concluyendo su relato llegó el policía del pueblo. Bone se presentó rápidamente, dejó la situación en sus manos, y él y Dewar regresaron al coche. Durante media hora no dijeron nada. Dewar estaba demasiado angustiado para hablar. Al final fue Bone quien rompió el silencio.

—No puede culparse, Dewar. La estratagema fue extraordinariamente ingeniosa. No me extraña que lo creyera después de haberlo comprobado. Yo mismo habría picado.

Dewar sintió un gran alivio. Las palabras de Bone significaban que no habría un informe negativo y que su carrera no estaba en peligro.

—Gracias, señor —fue cuanto se atrevió a decir.

—Pero recuerde que debemos atrapar lo antes posible a ese tipo —continuó Bone—, o de lo contrario los dos estaremos en un lío. Ahora no hay excusas para otro fracaso. Tenemos su nombre, su descripción exacta, tenemos el motivo, todo. Ha de ser cuestión de horas. Todo terminará en unas horas.

Dewar, que iba al volante, asintió sin apartar la vista de la carretera, y continuaron en silencio durante diez minutos hasta que Bone estalló de repente:

—¡Este es el peor caso de toda mi carrera! Todo ha salido mal desde el principio. Lo único que se puede decir en su favor, que yo sepa, es que el móvil del asesino es único en los anales del crimen. No recuerdo nada igual. Han asesinado a jueces por venganza, especialmente en América, incluso a fiscales. ¡Pero al jurado! Eso nunca lo había oído.

—Por supuesto, ese sujeto está loco.

—Sí, eso creo. Lo bastante para dejarse arrastrar por su obsesión, pero no tanto como para delatarse. La simplicidad de los asesinatos evidencia su locura, igual que el modo en que desaparece entre ellos. ¿Adónde va, Dewar? ¿Dónde se esconde? Alguien tiene que haberle visto, ¿no cree? Y su descripción ha estado por todas partes. Probablemente su demencia le haya llevado a esconderse en el hotel Regent Palace o en el Carlton, o en cualquier lugar donde todo el mundo pueda verle.

Bone guardó silencio de nuevo, indignado, y no volvió a hablar hasta que el coche se detuvo en Greytiles.

Avory salió a saludarlos.

—No hay novedades, ¿verdad, Avory? —preguntó Bone alzando el tono, y Dewar creyó percibir una nota de aprensión en su voz.

—No, señor, todo tranquilo —respondió el inspector de Reading en tono distendido.

Bone permaneció en el coche durante un minuto y después bajó de un salto.

—Entonces, vamos. Debemos reunirnos. ¿El señor Boyd está en casa?

—En su estudio.

El señor Boyd era un anciano de pelo blanco, tez sonrosada y ojos de color castaño claro. Atento y elegante, se levantó de la silla para recibir a los recién llegados.

—¡Ah, mis galantes defensores! —dijo—. Entren. Sean bienvenidos. Me siento como Príamo durante el asedio de Troya, sentado en el lugar más seguro de palacio mientras los jóvenes salen a librar sus batallas. Pónganse cómodos.

—Señor Boyd —comenzó el superintendente con gravedad—, es usted el último superviviente del jurado que declaró culpable de asesinato a Harry Box.

El señor Boyd escuchaba con atención.

—Quiere decir que el señor Field...

—Esta mañana. Sobre las nueve.

El señor Boyd ni siquiera parpadeó.

—Entonces, el indeseable visitante podría aparecer en cualquier momento.

—Sí. Me gustaría contarle, si me lo permite, lo que he estado pensando al respecto.

—Le escucharé encantado, superintendente. Sin duda me ha de interesar —dijo, forzando una cortés sonrisa.

—Desde mi punto de vista, la situación es la siguiente —continuó Bone—. Tenemos dos opciones. La primera es que permanezca aquí, escondido tras las contraventanas y protegido por una unidad de detectives a las órdenes del inspector Dewar, mientras buscamos a Box por toda Inglaterra. Esta opción tiene un inconveniente. Aunque personalmente creo que solo es cuestión de horas que le atrapemos, no puedo obviar la posibilidad del fracaso. El hombre está loco y los locos son impredecibles. Podrían pasar semanas o incluso meses antes de

atraparle. Ahora que sabe que está usted protegido, sin duda se mantendrá a la espera el tiempo que considere necesario antes de lanzar un nuevo ataque; lo que, claro está, nos dificulta las cosas. ¿Me sigue, señor?

—Por supuesto.

—La alternativa es que se vaya usted al extranjero, preferiblemente en una larga travesía por mar cuyo destino solo conozcamos usted y yo. Cerraría la casa, sacaría los muebles y dejaría la venta en manos de agentes inmobiliarios, explicando a sus vecinos que se marcha por razones médicas para no volver. Tarde o temprano Box sabrá que se ha ido. Para todos los demás, su repentina partida del vecindario donde ha vivido siempre será algo sorprendente e inexplicable. Solo a Box le parecerá del todo natural. Será una huida motivada por el pánico. Ya no confía usted en la ley ni en la policía para protegerle. Desea poner quince mil kilómetros de distancia entre usted y el vengador. ¿Qué sucederá entonces? Tarde o temprano Box vendrá a hacer preguntas para averiguar adónde ha ido. No se atreverá a hacerlo muy pronto por miedo a caer en una trampa, pero tampoco esperará demasiado para que las huellas de usted no desaparezcan por completo. Si no le hemos atrapado en el plazo de un mes, entonces vendrá arrastrándose para encontrar su rastro. De eso estoy seguro. Vengarse de todos los miembros del jurado se ha convertido en su obsesión, y está tan cerca de completar el trabajo que lo arriesgará todo con tal de terminarlo. Así es como lo veo.

Bone se recostó en la silla y secó el sudor de su frente. Se acaloraba hablando de ese modo.

—Ha expuesto usted la situación con claridad y franqueza —dijo el señor Boyd—. ¿Tengo que decidir inmediatamente?

—Oh, no. Pero sería de gran ayuda que lo hiciera hoy.

—¿Y qué me aconseja?

—Le aconsejo que se marche.

—¿Puedo decirle algo en media hora? Entonces podré darle una respuesta concreta.

—Por supuesto, señor.

—¿Serían tan amables de volver dentro de treinta minutos?

Media hora después, según lo convenido, los tres detectives entraron una vez más en el estudio con todas las contraventanas

cerradas.

—Caballeros —dijo el señor Boyd cuando entraron—, he tomado una decisión. Me marcharé del país. No soporto la idea de tener que pasar varios meses encerrado tras estas contraventanas.

—Sabia decisión, señor —respondió Bone—. Iré a Londres de inmediato y llevaré a cabo los trámites necesarios para organizar su partida. ¿Cree que hay alguien a quien le gustaría acompañarle?

—Tengo una sobrina que vendría, estoy seguro. Le gusta viajar y tiene pocas oportunidades de disfrutar de su afición.

—Entonces, si me da su dirección yo mismo se lo explicaré. Entretanto, ¿querrá usted dar instrucciones para que vayan preparando un par de arcones de viaje con sus pertenencias? Lo más probable es que se marche mañana por la mañana.

A la mañana siguiente los vecinos del distrito quedaron estupefactos al enterarse por el periódico local de que el señor John Young Boyd, uno de sus ciudadanos más conocidos y respetados, había abandonado súbitamente su casa de Greytiles y, siguiendo las indicaciones de su médico, se había marchado a una nueva residencia en el extranjero. Greytiles y todo lo que contenía sería puesto en venta dentro de poco. Los amigos que pasaron por allí esa mañana a pie, a caballo o en coche no podían creer que el señor Boyd se hubiera marchado sin despedirse siquiera. Los anuncios de varios agentes inmobiliarios habían empezado a aparecer como una plaga de hongos en el muro delantero. El ama de llaves de la casa ya había sido sustituida por un solemne y fornido guarda, y un camión aguardaba ante la entrada principal para cargar las pertenecías de los miembros del servicio doméstico.

Comerciantes con grandes cuentas pendientes hicieron cola en la puerta trasera y se mostraron encantados al saber que el guarda había sido autorizado para saldarlas. El médico local, que jamás había dudado de la perfecta salud física y mental del señor Boyd, quedó tan asombrado por lo sucedido como los demás, aunque naturalmente no lo reconoció. Meneó la cabeza y se limitó a decir que las apariencias engañan.

De modo que la trampa estaba lista.

La trampa está lista

Durante tres semanas no sucedió nada. La sorprendente partida del señor Boyd continuó siendo el principal tema de conversación en la vecindad a pesar de las noticias sensacionalistas de rigor. Varios posibles compradores visitaron Greytiles, pero todos se marcharon después de declarar, en voz lo bastante alta y clara para que el fornido guarda pudiera oírlos, que el precio era absolutamente desproporcionado y nadie en su sano juicio estaría dispuesto a pagar ni siquiera la mitad. La búsqueda de Harry Box continuó de forma implacable de un extremo a otro del país y toda clase de informes llegaban al despacho del superintendente Bone, con información de suma importancia sobre personajes sospechosos y arrestos que se habían efectuado o que se llevarían a cabo de forma inminente. Pero todo eran falsas alarmas. No había ni rastro de Harry Box y su coche. Entretanto, el inspector Dewar y media docena de agentes escogidos por él recorrían a diario a pie, en bicicleta y en automóvil las carreteras, caminos, bosques y prados de los alrededores de Greytiles. Todos los días, al caer la noche, el inspector entraba discretamente en la casa por la puerta trasera para escuchar el informe del guarda sobre los acontecimientos del día. Era más que probable que Box se presentara haciéndose pasar por un posible comprador para visitar la finca con la esperanza de obtener alguna información útil, por lo que el hombre elegido para el puesto de guarda era uno de los tres expertos en disfraces y maquillaje de Scotland Yard.

Un grupo de agentes de paisano recorría incansablemente en bicicleta todos los garajes cercanos a Greytiles en un radio de unos diez kilómetros. Los informes eran transferidos al guarda, que a su vez daba parte a Dewar cada noche.

Después de tres semanas de incesante y monótona vigilancia, Dewar recibió una nota de Bone escrita a lápiz que decía lo siguiente: «Estimado D. Imagino que estará empezando a hartarse. No olvide que, si no estamos equivocados, H. B. debería aparecer pronto. Atentamente, J. B., superint.».

Dewar transfirió el mensaje a sus subordinados y las patrullas de vigilancia se intensificaron. La noche siguiente al mensaje de Bone el guarda informó de un incidente inusual. A diario debía guardar todo el correo recibido en un gran sobre para reenviarlo al superintendente, que a su vez se lo hacía llegar al señor Boyd. Aunque el señor Boyd no lo sabía, el guarda también tenía órdenes de abrir con vapor todos los sobres, leer las cartas y volver a cerrarlos por si había algún mensaje amenazador o sospechoso. El día en cuestión, dos de los sobres contenían sendas cuartillas de papel en blanco. Había llevado a cabo las pruebas de rigor para detectar tinta invisible, sin obtener resultados. Dewar cogió las cartas y los sobres y los envió a Londres, por mediación de uno de sus hombres, en el último tren desde Reading. A la mañana siguiente telefonearon de Scotland Yard confirmando que las cartas no tenían tinta invisible y, efectivamente, las cuartillas estaban intactas. Esa mañana llegaron dos cartas más con papeles en blanco y fueron reenviadas a Londres con el mismo resultado. Tampoco había tinta invisible en ellas. Al día siguiente el cartero entregó otras tres cartas iguales y después, durante tres días, la misteriosa correspondencia se interrumpió. Dewar estaba inquieto, aunque no sabía explicar por qué. Era un hombre práctico y eficiente, más que preparado para arrestar a cualquier asesino, detener a un caballo desbocado o rescatar a los inquilinos de una casa en llamas, todo ello en una sola jornada de trabajo. No temía enfrentarse a cualquier situación de esa naturaleza, a personas, cosas o incidentes que podía ver y comprender. Pero la mera existencia de este asesino invisible y maniaco había llegado a atemorizarle. Había transcurrido casi un mes desde el comienzo de su vigilancia en Greytiles y no había sucedido nada, a excepción de la llegada de unas cartas en blanco. Sin embargo, estaba preocupado. Sentía que formaban parte de alguna extraña, sutil e inédita argucia, la clase de maniobra que un inspector de policía corriente y cuerdo era incapaz de comprender y combatir. Su sentido común le decía que unas cuartillas en blanco no podían

hacer ningún daño, mientras su imaginación y su subconsciente recreaban instintivamente las imágenes de alguna prodigiosa y fantástica infamia en la que aquellas inofensivas hojas desempeñaban un papel fundamental. De algún modo representaban la primera grieta en el muro, los primeros disparos del enemigo silencioso e invisible en la última batalla de su larga y despiadada lucha. No era fácil desconcertar al inspector Dewar, pero en esta ocasión el adusto escocés se vio obligado a reconocer que estaba más cerca que nunca de perder la compostura desde sus tiempos de novato policía uniformado.

Cuando volvieron a llegar cartas en blanco, tras un intervalo de tres días, Dewar telefoneó al superintendente para pedirle consejo. Bone respondió con brevedad:

—Deme tiempo para pensar, llámeme en una hora. —Y colgó.

Una hora más tarde Dewar volvió a intentarlo. En esta ocasión Bone no se mostró tan lacónico.

—Tengo una idea acerca de esas cartas —dijo—. He pensado mucho en ello, aunque no estoy seguro de que vaya a servirle de algo. ¿Puede oírme?

—Perfectamente, señor.

—Muy bien. Entonces, a ver qué le parece esto. Nuestro amigo H. B. piensa que nuestro otro amigo J. Y. B. ha huido aterrado dejando en su antigua casa únicamente al guarda encargado de reenviarle su correo. Él necesita saber adónde van esas cartas, de modo que ha decidido interceptarlas. Sin embargo, ese truco solo podrá utilizarlo una vez, así que debe asegurarse de que habrá correo el día y la hora en que planea hacerse con ellas. Por eso las envía él mismo.

—Pero ¿por qué todos los días?

—Para que el guarda se acostumbre a reenviarlas, y también ante la eventualidad de que al principio no lleven ninguna dirección. Al recibir la primera carta quizá el mismo guarda se viera en la necesidad de escribir o telegrafiar para pedir una dirección con el fin de poder reenviarlas. Por tanto, H. B. tiene que darle algo de tiempo. En fin, esta es mi contribución a sus preocupaciones. Puede hacer con ella lo que quiera.

Dewar consideró la teoría, y cuanto más lo hacía más le gustaba. Con su natural franqueza, admitió que era de su agrado, no tanto por

la probabilidad de que fuera correcta, sino porque aportaba una solución absolutamente sensata y cabal para un incidente al que, a su pesar, empezaba a atribuir cualidades de una sutileza diabólica o sobrenatural. En lugar de ser la asombrosa estrategia de un genio chiflado, las cartas en blanco se convertían así en el simple truco de un hombre inteligente y astuto. En cualquier caso, fuera o no correcta la teoría, Dewar estaba decidido a actuar apoyándose en ella. Después de hablar con Avory, y en coordinación con el jefe de correos de Reading, el cartero de Greytiles fue sustituido por un detective que se pondría su uniforme; y entretanto Dewar pasaría la noche en la oficina de correos de Greytiles, compartiendo las labores de vigilancia con el conductor de un coche patrulla. Además, trasladó su vehículo oficial, guardado en un garaje del pueblo, a un cobertizo situado a pocos metros de la oficina postal.

El flujo de cartas en blanco continuó de forma casi intermitente. Algunos días llegaban seis o siete, y otros no más de una; con diferentes caligrafías, enviadas desde distintos lugares de Londres y con los más variados tamaños, formas y calidades de papel. Cada día las direcciones eran cuidadosamente modificadas por el guarda por domicilios ficticios del Estado Libre de Irlanda y entregadas al nuevo cartero.

La búsqueda de Harry Box empezaba a perder fuelle. Los periódicos que habían llegado a ofrecer grandes recompensas a cambio de cualquier información que condujera a su arresto duplicaron su importe y después olvidaron el asunto a medida que nuevos temas atraían el interés del público, en detrimento de la funesta serie de asesinatos. El tiempo y los elementos empezaban a deteriorar los carteles con su fotografía y descripción, pero no fueron reemplazados. La búsqueda policial continuaba sin descanso, pero el público no lo sabía. Cuando la noticia dejó de acaparar titulares de prensa, los lectores dieron por hecho que el caso había sido prácticamente abandonado y que los asesinatos en serie más detestables y aberrantes desde los tiempos de Jack el Destripador habían pasado a formar parte de la demasiado larga lista de crímenes sin resolver.

Este punto de vista quedó confirmado por un breve aunque contundente artículo del *Times* que suscitó un renovado interés en el caso, interés que solo duró un par de días. Después el silencio

periodístico descendió una vez más sobre los asesinatos de los jurados de Reading.

Fue exactamente cinco semanas después de la partida del señor John Young Boyd con destino desconocido cuando el asesino hizo su última aparición.

Amada esposa de H. B.

Alrededor de las tres de la madrugada, durante uno de los turnos de vigilancia de Dewar, se escuchó un débil roce de metal contra metal en la puerta delantera de la oficina de correos de Greytiles. El inspector, que llevaba un rato sentado en una butaca, terriblemente aburrido y cansado tras largas semanas de inactividad, se incorporó en la oscuridad y escuchó con atención. Durante diez o quince segundos todo quedó en silencio, y después volvió a escucharse la suave fricción. En esta ocasión se oyó además un ligero crujido, como si alguien estuviera empujando la puerta. Dewar despertó con delicadeza a su ayudante y se sintió aliviado al comprobar que el hombre estaba lo bastante bien entrenado como para despertar sin hacer ruido. Mientras el chófer de la policía se calzaba las botas a toda prisa, Dewar se arrodilló ante la puerta ligeramente abierta que conducía a la sala pública de la oficina de correos y miró por la rendija. Las contraventanas de la oficina estaban cerradas a cal y canto y no entraba el más mínimo resquicio de luz de luna. El roce cesó nuevamente y un chasquido metálico resonó de repente en la estancia. La cerradura de la puerta principal había sido abierta desde el exterior. Hubo otro ligero crujido seguido de un brevísimo chirrido y Dewar pudo ver una larga franja de luz tenue que se fue ensanchando poco a poco hasta que por encima de ella atisbó una estrella y, justo debajo, la silueta de un árbol que se recortaba contra el cielo. Al instante siguiente ambas formas desaparecieron tras una oscura sombra que entró con sigilo en la sala sin hacer ruido; después volvieron a vislumbrarse fugazmente antes de volver a ser engullidas por la oscuridad, en cuanto la puerta se cerró. Harry Box estaba en la oficina de correos.

Dewar retrocedió al instante desde la rendija, todavía de rodillas. Un segundo después habría sido descubierto. Un fino rayo de luz recorrió en círculo la habitación hasta detenerse en la rendija y después se apagó. Los dos detectives permanecieron arrodillados en el suelo a oscuras, conteniendo el aliento. Dewar había sacado la pistola, pero no se atrevió a amartillarla. Con aquel silencio el clic habría resonado como un disparo en la habitación cerrada. Decidió que si la luz volvía a encenderse enfocando la puerta tendría que hacer lo posible para amartillar el arma y disparar simultáneamente. No iba a arriesgarse a recibir un tiro de aquella pistola de aire, letal a corta distancia. Exponerse a recibir un disparo en plena carrera a través de un jardín ya era bastante peligroso, pero en el interior de aquella oficina sería un suicidio.

Dewar contuvo el aliento hasta que empezaron a palpitarle las sienes y, justo cuando sintió que su siguiente respiración se convertiría inevitablemente en un profundo suspiro que bien podía ser el último, la puerta entre ambas habitaciones se cerró con un inconfundible chasquido cuando el pasador encajó en su ranura.

El inspector se levantó de un salto, guardó la pistola en el bolsillo y caminó de puntillas hasta la ventana. Muy lentamente, centímetro a centímetro, la abrió lo suficiente para salir por ella. Una vez fuera, esperó a que saliera su ayudante y después se aventuró a susurrar:

—¿Puede verme?

—Sí —respondió el otro.

—Entonces, sígame.

Abrió la marcha rodeando la oficina de correos en dirección a la carretera, deteniéndose un segundo cuando estaban a medio camino para amartillar la automática y susurrar al oído al chófer: «Le atraparemos cuando salga». Avanzaron con sigilo hacia la parte delantera del edificio y tomaron posiciones cada uno a un lado de la puerta por la que había entrado el desconocido, agachados como dos tigres dispuestos a lanzar un ataque mortal. Dewar se arriesgó a mirar un segundo por el ojo de la cerradura, pero no pudo ver nada excepto el reflejo de una luz tenue al otro lado. Esperaron varios minutos, tensos y alerta entre las sombras, con la mirada fija en el pomo de la puerta que apenas lograban distinguir en la oscuridad. Al fin empezó a girar, muy lentamente. Dewar se preparó para el enfrentamiento

definitivo y oyó a su ayudante tomar aire con rapidez. De repente escucharon un furioso ladrido a sus espaldas. El pomo dejó de moverse al instante y un frenético terrier, de regreso tras alguna expedición nocturna, se abalanzó sobre los detectives agazapados junto a la puerta presa de un éxtasis de rabia, furia y ruido. El audaz animal hizo todo lo posible por morderlos a ambos al mismo tiempo, y la absoluta pasividad de sus víctimas tan solo sirvió para envalentonarlo. Ninguno de los dos movió un músculo ante el inesperado y desastroso ataque. Un perro de la vecindad salió entonces de su caseta y corrió a toda velocidad hasta donde se lo permitió su larga y tintineante cadena para sumarse al alboroto, y menos de medio minuto después una docena de perros ladraban a todo volumen en las inmediaciones liderados por el furioso terrier.

Escudándose en el ruido, el inspector consiguió susurrar:

—No se mueva.

Tuvo que concentrarse al máximo para observar el pomo de la puerta en lugar de mirar al amenazador perro, que a esas alturas ya estaba firmemente convencido de que aquellos dos extraños acuclillados en la oscuridad a las tres de la madrugada no podían tramar nada bueno y parecía aún más excitado. Dewar maldijo su suerte. La suerte había jugado en su contra desde el comienzo del caso, y ahora, cuando estaba a punto de atrapar al asesino después de tantos meses, el azar volvía a actuar encarnado en aquel pequeño perro rabioso que no dejaba de ladrar. Hizo acopio de fuerzas para contenerse y no pegarle un tiro allí mismo al animal, y también para no disparar contra la cerradura antes de llevar a cabo un último y desesperado intento de atacar a Box. De repente el terrier dejó de ladrar tan abruptamente como había empezado. El inspector seguía poniendo todo su empeño en observar el pomo, pero al escuchar un agudo quejido y pasos en la carretera no pudo evitar mirar atrás por encima del hombro. Al instante se dio cuenta de que el perro había cambiado de objetivo. Una oscura figura corría en dirección a Reading con el terrier pisándole los talones. Dewar se levantó de un salto exclamando: «¡La ventana trasera!». Guardó bruscamente la pistola en el bolsillo y empezó a perseguir al fugitivo, seguido por su ayudante. El huido se había alejado unos cien metros, ocultándose tras varios cobertizos y graneros antes de volver a salir a la carretera, mientras

Dewar, cuyo cerebro corría tan rápido como sus pies, giró la cabeza hacia su ayudante gritando «¡Regrese a por el coche!», y continuó corriendo solo. En el lapso de diez segundos la conveniencia de su táctica quedó confirmada, pues un par de faros y un piloto rojo se encendieron carretera adelante. Había un coche aparcado entre las sombras, junto a una arboleda. Un instante después arrancó el motor y Dewar tanteó su bolsillo en busca de la pistola. Se encontraba a cincuenta metros del vehículo cuando este empezó a moverse, de modo que aflojó el paso dispuesto a apuntar. Justo cuando estaba quitando el seguro del arma tropezó con el terrier, que regresaba, y se precipitó de bruces contra el asfalto. La automática se disparó con ensordecedor estrépito y una pequeña rama de un árbol cercano cayó lentamente al suelo. Cuando Dewar se levantó, el coche iba en tercera y avanzaba a considerable velocidad. Ya no le serviría de mucho disparar. Dewar dio media vuelta y escrutó la oscuridad en dirección a Greytiles. El fogonazo del disparo le había cegado momentáneamente y no veía nada. Permaneció inmóvil, contando en voz alta. Al llegar a quince se preguntó qué diría el comisario; al llegar a veinte casi pudo escuchar las risas de sus colegas de Scotland Yard cuando se descubriera que un terrier le había impedido detener al asesino; cuando iba por veinticinco pensó amargamente que un disparo de la pistola de aire comprimido de Box sería preferible a ser expulsado del cuerpo; y al llegar a treinta los faros del coche patrulla emergieron lentamente del cobertizo en dirección a la carretera de Reading. Box ya les llevaba medio minuto de ventaja, pensó Dewar saltando al estribo del vehículo antes de dejarse caer en el asiento del acompañante, pero el agente Harrison era el mejor conductor del cuerpo.

Aquello equilibraba la balanza.

Al principio la persecución resultó relativamente sencilla. El fugitivo mantuvo encendidas las luces, cuyo brillo era visible a larga distancia. Tampoco había peligro de confundirlas con los faros de otros vehículos a esa hora de la mañana. El gran coche de policía, con el motor aún frío, no tardó en quedar atrás, pero poco a poco se fue calentando y ganó velocidad. El agente Harrison iba sentado al volante, tranquilo como una esfinge, y conducía con tal precisión y habilidad que Dewar no pudo contener una punzada de envidia. El

coche que iba delante giró bruscamente y se adentró en el laberinto de estrechas veredas y caminos que comunican Beech Hill y Aldermaston, y en una ocasión los perseguidores perdieron varios valiosos segundos al pasar de largo una intersección y verse obligados a retroceder. Por suerte, cuando volvieron a la carretera correcta aún consiguieron ver a los lejos los faros delanteros del vehículo. Sin embargo, tras un cuarto de hora de febril persecución, el alba empezó a despuntar a sus espaldas y Box apagó las luces al atravesar Aldermaston.

—Eso es todo —murmuró Dewar.

Y por primera vez habló el conductor:

—El ramal de la derecha conduce a Bath Road; el izquierdo hacia Kingsclere y Andover. De frente hay más opciones.

El coche de Box había desaparecido, pero un madrugador vecino de Aldermaston les indicó que había tomado el desvío hacia Bath Road. Perdieron veinte inestimables segundos al detenerse a preguntar.

—Izquierda, Newbury; derecha, Reading y Londres —comentó Harrison cuando se aproximaban a Bath Road.

—¿Newbury? —repitió Dewar—. Newbury... ¿Cree que llegaremos a Newbury?

Cuando al fin se incorporaron a la vía principal, el potente automóvil tuvo una oportunidad para recuperar parte del terreno perdido por las carreteras rurales, y entre Thatcham y Newbury durante unos segundos vieron un coche que avanzaba con rapidez en la distancia. Por primera vez, Harrison se inclinó ligeramente sobre el volante y ganaron algo de velocidad.

—Ciento quince —dijo Dewar.

—El velocímetro no está bien, señor. No vamos a más de ciento diez.

Llegaron a las afueras de Newbury y atravesaron la calle principal a sesenta y cinco kilómetros por hora. Un policía que estaba de espaldas en mitad de la calzada saltó como un conejo sobre el asfalto y la emprendió a gritos con ellos.

—Siga conduciendo —dijo Dewar—. Ha ido por ahí.

Ya casi había amanecido y cuando el coche patrulla llegó al final del pueblo los detectives vieron un coche de cuatro plazas con un solo ocupante ascendiendo la colina a gran velocidad por la carretera de Winchester.

El agente Harrison volvió a apoyarse en el respaldo y se concentró en el ascenso, mientras Dewar miraba un instante su pistola.

El hombre que iba delante volvió la vista atrás por primera vez, pero Dewar no estaba lo bastante cerca para verle la cara. Pasó otro minuto y el hombre miró de nuevo. Dewar pudo ver los pómulos marcados y las mejillas hundidas. Los detectives ganaban terreno con rapidez y menos de cincuenta metros los separaban del otro coche. En cuestión de pocos segundos lo alcanzarían.

Entonces Harry Box tuvo su último golpe de suerte. Al pasar frente a una granja, la vaca que iba a la cabeza de un rebaño que avanzaba lentamente hacia unos pastos cercanos se detuvo en mitad de la carretera en cuanto él pasó. Harrison pisó el freno casi a fondo y a punto estuvo de precipitarse a la cuneta, derrapó unos doce metros y recuperó el control del vehículo, dejando atrás al animal. La maniobra al completo quizá no había durado más de un segundo, pero la pérdida de velocidad fue suficiente para que Harry Box les ganara unos cien metros de distancia y desapareciera tras una curva. El coche de policía no tardó en recuperar el terreno perdido y veinte segundos después Harrison volvió a pisar el freno, esta vez a fondo. Había un coche frente a la entrada techada de la iglesia de Newtown y un hombre corría por el sendero en dirección al templo. Dewar saltó del coche pistola en mano y comenzó a perseguirlo. Al llegar al pórtico, en el silencioso aire de la mañana escuchó un breve zumbido amortiguado y se agachó de forma instintiva. Acto seguido siguió corriendo y pronto se encontró a solas en el cementerio. No había nadie más a la vista. Miró a su alrededor y descubrió una silueta oscura tendida sobre una tumba. Corrió hasta ella y le dio la vuelta. Era el cadáver de un hombre alto y moreno, de pómulos marcados y mejillas hundidas. En su mano derecha aferraba una pistola de extraño diseño y tenía una pequeña herida en la frente.

El inspector Dewar observó la lápida que se alzaba sobre la tumba. Leyó su inscripción: «Aquí yace Mary, hija de John Carpenter. Nacida el 4 de octubre de 1880. Fallecida el 13 de enero de 1921». Debajo alguien había arañado la piedra para añadir: «Amada esposa de H. B.».